



CHRISTUS

Revista Mensual. Aprobada y
Benedicida por el Vble.
Comité Episcopal

Registrada como Artículo de Segunda Clase en la
Admón. Central de Correos de México.
el día 3 de enero de 1936.

Año.-2 No. 24

"Omnia et in omnibus Christus"

Noviembre de 1937

El Excmo. y Rvmo. Sr. Dr.

DN. LUIS MA. MARTINEZ Y RODRIGUEZ

Dignísimo Arzobispo de México

fue nombrado el 9 de Agosto por

Ntro. Santísimo Padre el Papa Pío XI

su Delegado Apostólico en México

El Señor Presbítero Doctor

DN. MIGUEL DARIO MIRANDA Y GOMEZ

con fecha 27 de Septiembre fue nombrado por

Ntro. Santísimo Padre el Papa Pío XI

Obispo de Tulancingo

Su consagración tendrá lugar en la Basílica de Ntra. Señora de
Guadalupe el próximo 8 de Diciembre.

CHRISTUS, en nombre del Vble. Episcopado y del Clero
Mexicano, felicita de todo corazón a ambos
Excmos. y Rvmos. Prelados, y se sentirá
muy honrado en poderles servir.

La Redacción

EDITORIAL

El R. P. Juan Bautista Ferreres, S. J.

Todos los Sacerdotes de España y de la América Española, conocemos por sus libros, al esclarecido Doctor en Teología Moral, R. P. Juan Bautista Ferreres, S. J., ilustre por su ciencia y más por el testimonio que ha dado a Cristo con su muerte.

Nació el 28 de noviembre de 1861 en Ollería, de la diócesis de Valencia, en España. Después del estudio de las primeras letras se dedicó por algunos años a ayudar a sus padres en el cultivo del campo; pero encendido en ardientes deseos del sacerdocio fué al Seminario de Valencia, donde pronto sobrepujo a sus condiscípulos. Por su probada virtud y excelente ingenio demostrado en riguroso certámen, fué admitido nuestro joven candidato en el Colegio de Sto. Tomás de Villanueva en la misma ciudad, integrado por escogidos seminaristas; y aunque tuvo entre sus condiscípulos a los que llegaron a ser después Emmo. Card. Reig y Excmos. Sres. Laguarda, Villa y Demenech, pronto logró el primer lugar. No se puede dudar que el padre habría alcanzado la altísima dignidad a que llegaron estos esclarecidos varones, si no hubiese entrado en la Compañía de Jesús.

Apenas ordenado de Sacerdote y obtenido el doctorado en derecho Civil volvió las espaldas a todas estas esperanzas y prefirió la vida de obediencia en la Compañía de Jesús, abrazando la vida religiosa en el noviciado de Veruela el 30 de junio de 1888. Terminado el noviciado dos años después, y repasados sumariamente los estudios sacerdotales, enseñó las letras humanas y otras disciplinas superiores, y ejercitó algunos ministerios durante cuatro años en los colegios de Zaragoza y Orihuela. Entretanto obtuvo en la Universidad civil el doctorado en Filosofía.

Terminado el tercer año de probación acostumbrado en la Compañía, fué nombrado en 1910 profesor de Teología Moral en el Colegio Máximo de la Provincia jesuística de Aragón, entonces en Tortosa, después en Sarriá (Barcelona), cargo que tuvo el resto de su vida y fué interrumpido solamente de 1918 a 1924, ocupado como estuvo entonces en la Curia de la Compañía en la revisión del Derecho de la Compañía o cuando el trabajo de escritor reclamó todas sus energías.

Como profesor fué queridísimo de sus discípulos por su constante amor a la Iglesia y a la verdad; por su entendimiento claro, sutil, vasto y profundo; por su prodigiosa memoria; por su claridad de expresión y su

habilidad para reducirlo todo a pocos principios. No se debía ésto solamente a su excelente ingenio, sino también a la diligentísima preparación inmediata de sus clases, a la que dedicaba las más veces dos horas enteras. Procuraba con exquisita caridad que todos entendiesen bien su doctrina y se alegraba en gran manera con el buen éxito de sus alumnos.

Si sus discípulos le estimaron por ésto como eximio maestro, los eruditos y estudiosos le conocen bien por sus obras impresas: su "*Compendium Theologiae Moralis*" (basada en la obra del célebre P. J. Gury, S. J.), que ha tenido catorce ediciones y mereció una aprobación autógrafa de S. S. Pío X; la edición octava, primera después del Código de Derecho Canónico, se agotó en dos meses. Semejante éxito obtuvieron sus otras obras destinadas a las escuelas: "*Instituciones de Derecho Canónico*," "*Derecho Sacramental*," "*Derecho Penal*," "*Casos de Conciencia*," "*Edición castellana del Compendio*," etc.

Más fama le dieron aún no pocos de sus comentarios sobre cuestiones muy difíciles, publicados en la Revista "*Razón y Fé*", de Madrid, y editados después aparte: tales fueron por ejemplo los artículos sobre el salario obrero, las huelgas, ciertas operaciones bursátiles, la reparación del daño causado en una propiedad ajena asegurada, y otros muchos.

La obra más conocida sin duda, y que fué ciertamente utilísima a la salud eterna de las almas, en la que se titula: "*La muerte real y la muerte aparente en relación con los santos sacramentos*," obra que vió la luz en siete lenguas. Editó también comentarios histórico-litúrgicos o histórico-jurídicos, acerca del Breviario, del Misal, de la Curiá Romana, de los Esponsales, etc.

Como suele acaecer en semejantes varones doctísimos tan intenso trabajo de enseñar y escribir no agotó su actividad y deseo de ayudar a todos: siempre estaba dispuesto a interrumpir su trabajo para oír a los que le pedían consejo; sus cartas respondiendo a preguntas y consultas semejantes formarían muchos volúmenes.

Sin embargo, tantos estudios y trabajos no le impidieron conservar siempre su ánimo impregnado de suavísima piedad, amantísimo de la Compañía de Jesús, rectó festivo, ajeno de toda ambición de honores.

Esclarecido con tan singulares méritos y no poco debilitadas sus fuerzas corporales, se vió obligado por la revolución española a abandonar la tranquila casa religiosa, a huir de un domicilio a otro y finalmente, creciendo más el furor comunista y anarquista, a salir de Barcelona, y a acogerse (creyendo que sería allí menos el peligro) a Valencia, su país natal. Pero fué en vano: allí cayó enfermo, aunque conservó siempre su ánimo, fué encarcelado y, en diciembre de 1936 se encontraba en su camilla paralizado ya desde la cintura hasta los pies, cuando hombres impíos decretaron que debía ser fusilado.

Se hallaban ya otras víctimas en el camión que debía conducirlos a la muerte; sólo faltaba el P. Ferreres. Trataron en vano de acomodarle en el carro juntamente con su camilla, y por fin desistieron de su empeño por

no haber lugar para todos, y volvieron a conducirlo a su prisión. En ella poco después, llena su alma de singular consuelo y fortalecido con los santos sacramentos, que le fueron administrados con disimulo, expiró piadosamente en el Señor. ¡Dios quiera que así como en vida ilustró con su doctrina a tantos Sacerdotes, continúe ilustrandolos después de su muerte con este admirable ejemplo de fortaleza!

CHRISTUS, interpretando el sentir del Vble. Clero Mexicano, al mismo tiempo que da su sincero pésame a la benemérita Compañía de Jesús, la felicita por tener hijos tan eximios que "han sido dignos de padecer por el nombre de Jesús."

La Redacción.

CURIA ROMANA

Carta de N. S. P. el Papa Pío XI, al Emmo Cardenal Juan Verdier, Arzobispo de París, con motivo de la celebración del Congreso de la J. O. C.

*"A Nuestro querido Hijo, Juan Verdier, Cardenal Presbítero de la Santa Iglesia Romana, con el título de Santa Balvina, Arzobispo de París:
Pío Papa XI*

Querido Hijo; salud y bendición apostólica:

En vísperas del Congreso decenal de la Juventud Obrera Cristiana Francesa que va a verificarse en París bajo vuestros benévolos auspicios, experimenta Nuestro corazón un profundo consuelo al considerar la inmensa suma de bien de que va a dar testimonio venturoso ese jubileo.

En pos de sus hermanos mayores de Bélgica, un pequeño grupo de jóvenes obreros parisienses emprendió, hace dos lustros, reconquistar para Cristo a sus compañeros de trabajo y esos pocos GASTADORES de la primera hora han llegado a ser ahora por toda Francia, una imponente legión de militantes que, frente al comunismo ateo y al nacionalismo pagano, han jurado hacer irradiar su ideal cristiano de justicia y de caridad y sus numerosas y entusiastas falanges son una prueba irrecusable de que la gracia de Dios los ha acompañado en esta etapa; nunca se reconocerá bastante la eficacia de sus métodos de apostolado, inspirados en los principios de la Acción Católica que piden, (como Nos lo hemos expuesto en Nuestra Encíclica "Quadragesimo Anno") "que los primeros apóstoles de los obreros, los apóstoles inmediatos de los obreros, sean los obreros."

Dirigiéndose también, en ocasión parecida al Eminentísimo Cardenal Arzobispo de Malinas, no hemos vacilado en ver en la organización de la Juventud Obrera Cristiana —una forma auténtica de la Acción Católica perfectamente apropiada para el tiempo presente.

Que la sección francesa de la Juventud obrera cristiana ha respondido fielmente a su vocación, para convencerse de ello, no hay más que contemplar el impresionante cuadro de sus ramificaciones y de su vitalidad, como lo mostrará el próximo Congreso jubilar de París, del que, por lo demás, Nos hemos tenido personalmente una visión anticipada cuando, al día siguiente de Nuestro Jubileo sacerdotal, esos queridos jóvenes se empeñaron en venir en peregrinación a la Ciudad Eterna, a la Cátedra infalible del Vicario de Jesucristo y hoy como entonces, Nos complacemos en manifestar Nuestra benevolencia y Nuestra predilección por el hecho de que se muestren como discípulos tan fielmente adictos al Divino Rey quien, como ellos, se hizo obrero, confiriendo así al mundo del trabajo una incomparable dignidad.

Nos repetimos a esos nuestros amados hijos que el APOSTOLADO QUE ELLOS EJERCEN CON TANTA GENEROSIDAD Y ARDOR EN LAS FABRICAS Y EN LOS TALLERES, LES DA UNA NOBLEZA SOBRENATURAL, COMPARADA CON LA CUAL, LOS HONORES Y LAS RIQUEZAS DE LA TIERRA NO SON MAS QUE POLVO."

San Pablo, en efecto, ha dicho, a propósito del Apostolado, una frase que será siempre el honor de la humanidad creyente y militante: APOSTOLI GLORIA CHRISTI. (II Cor. VIII, 23); los Apóstoles son la gloria de Cristo y así, al consagrarse en el cuadro de la Acción Católica, a la salvación de sus hermanos de trabajo, los miembros de la Juventud Obrera Cristiana participan del apostolado jerárquico y llegan a ser, con ese hecho, la gloria misma de Cristo.

Basta decir con cuán paternal alegría Nós estaremos presentes, con el corazón y con el espíritu, en las grandes sesiones parisienses, que darán un nuevo impulso a la Juventud Obrera Cristiana; haciendo con este motivo, los votos más fervientes y para darles más eficacia, Nós os enviamos, amado Hijo, a Vos que tan gran parte habéis tenido en el feliz desarrollo de esta providencial organización, la Bendición Apostólica para que la hagáis a vuestra vez, descender sobre las nobles falanges de esos jóvenes obreros cristianos, sobre sus hijos más pequeños, sobre los mayorcitos y sobre sus hermanas de trabajo, a fin de que a todos y a todas los transforme en verdaderos apóstoles de Jesucristo.

Dado en Castelgandolfo el 8 de Junio de 1937. — Décimo sexto año de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XI.

ESTAMPAS MUY PROPIAS PARA CATECISMOS, ETC.

PAQUETES DE 100, TODAS DISTINTAS, 7 X 4 CMS. \$ 1.40

DIVERSAS IMAGENES 5 1/2 X 3 CMS. \$ 0.95

HAGA USTED PRONTO SU PEDIDO

"BUENA PRENSA" Donceles 99 A. México, D. F. Apdo. 2181.

Mensaje Radiofónico

Mensaje radiofónico que Nuestro Santísimo Padre, envió a todos los fieles católicos congregados en Lisieux, el día 11 de Julio de 1937, con motivo de la reciente dedicación del Templo a Sta. Teresa y del Congreso Eucarístico celebrado en Francia.

Hénos aquí con vosotros, al Pastor con sus queridas ovejas, al Padre con sus amados hijos.

Hénos aquí con vosotros en el santísimo nombre de nuestro divino Redentor, de nuestro amable Rey del Tabernáculo; en nombre de Santa Teresa, la que ahora más que nunca, es honra y gloria de Lisieux y de su Carmelo.

Nuestro queridísimo Hijo y Cardenal Delegado “*a latere*” os lleva nuestra Persona; os habla en Nuestro nombre, y es, con su palabra piadosa y elocuente, Nuestro intérprete.

Vamos hacia vosotros para orar con vosotros, convencidos de ser este el modo más propicio, el más necesario, para estar con vosotros en estas horas verdaderamente divinas que la bondad infinita de Dios os concede; para gozar con vosotros de esa nueva e inefable sonrisa de la Virgen Inmaculada de Lourdes y de todos vuestros santuarios que se ha servido derramar sobre vuestra y Nuestra querida Francia.

La manera más propicia —hemos dicho— en tanto que el Rey divino desde su trono eucarístico y vuestra y Nuestra querida Santa desde su glorioso sepulcro iluminan vuestros espíritus con el esplendor de la Fé e inflaman vuestros corazones con los fervores divinos de la oración.

Y añadimos: “*La más necesaria,*” pues las miserias y peligros que nos amenazan son tan numerosos que más que nunca nos hacen pensar en las palabras del divino Maestro: “*Oportet semper orare et non deficere*” (Luc. 18, 1): orad siempre sin cansaros jamás. Oremos pues, hijos muy amados: “*Oremus, oremus.*”

Oremos a nuestro divino Creador, Dueño Soberano del Cielo y de la Tierra, de pueblos y naciones.

Oremos a fin de que se sirva conceder una poca de tranquilidad en el orden y en la paz del mundo, tan alterado y trastornado; a todos esos pueblos oprimidos por las tristezas del presente y ansiosos del mañana: lo que obtendremos retornando al camino recto, es decir, por medio de la aceptación de Su divina Soberanía, obediencia a sus leyes santas, práctica de la justicia y de una caridad todavía mayor a los desheredados, a los que más padecen.

Oremos, hijos muy amados, a fin de que, así como el divino Rey del Tabernáculo ha creado nuestras almas dando por ellas toda su Sangre pre-

ciosa, se digne santificarlas y salvarlas, convirtiéndolas desde ahora, en basílicas vivientes en las que se complazca en habitar con Su gracia santificante y sus bendiciones: Basílicas hermosas, magníficas, a las que ninguna belleza del mundo pueda comparárseles, ni aún el esplendor maravilloso de la nueva basílica de Lisieux.

Oremos hijos muy amados, por todos aquellos que están al cuidado y cargo de estas basílicas vivientes, de vuestras almas, —decíamos— y de todas las almas, a fin de que, gracias a sus frecuentes oraciones, a su celo, a su habilidad y obras de apostolado, a la santidad ejemplar de su vida, se mantenga y aumente más y más en el mundo el Reino de Jesucristo, para que puedan acercarse de día en día sin temor y más bien con confianza al tribunal de Dios a dar cuenta de su misión, es decir, de todas vuestras almas.

Es recomendaros, hijos muy queridos, de rezar con piedad muy filial por Nos mismo, cuya responsabilidad es tan grande y la entrega de cuentas está tan próxima. Os decimos: "*Orate pro nobis*" "*oramus pro vobis.*" (Ias., V. 16); "*Rogad por Nos;*" "*Nos rogamos por vosotros;*" "*orad los unos por los otros para salvaros.*" Es Nuestro deber rogar por vosotros. Y cuán dulce es ese deber Nuestro y como lo comprendemos, sabiendo y acordándonos con agradecimiento de lo que habéis pedido por Nos y pedís en unión de vuestros hermanos de la gran familia católica.

Es recomendaros, hijos muy amados, de seguir orando por Nos; para obtenernos ante todo, sobre todo y a cualquier precio, la completa y perfecta conformidad con la amabilísima voluntad de nuestro divino Rey Jesucristo, con ese espíritu de rica sencillez y de infancia espiritual, es decir de abandono filial, que mereció a vuestra y a Nuestra querida Santa Teresa de Lisieux ser tan agradable al Corazón del Esposo divino.

Y ahora descienda sobre vosotros, sobre todos y cada uno, esta Bendición, eterno deseo de los buenos hijos y abnegados fieles, como soís vosotros, la bendición del Padre, del anciano Padre, a quien vuestras oraciones recondujeron al camino de la vida para una nueva etapa, hasta qué y hasta cuándo, Dios sólo sabe; la bendición del Vicario de Cristo. Este Rey divino, que se complace conversando con los sencillos de corazón y que tiene sus delicias entre los lirios (Prov., 3, 32; Can., 2, 16) no podía dejar de conceder esta otra rosa a la intercesión de Santa Teresa de Lisieux, siempre invocada —más intensamente, lo sabemos, por las hermanas de su familia natural y sobrenatural—. Que esta bendición quede con vosotros —todos y cada uno— y con todas las cosas y personas queridas, a las que queréis que alcance.

"Precibus et meritis Beatae Mariae semper Virginis, beatorum Apostolorum, Petri et Pauli et omnium Sanctorum, Benedictio Dei omnipotentis † Patris et † Filii et † Spiritus Sancti, descendat super vos et maneat semper."

El Troquel

Christian Halbinger

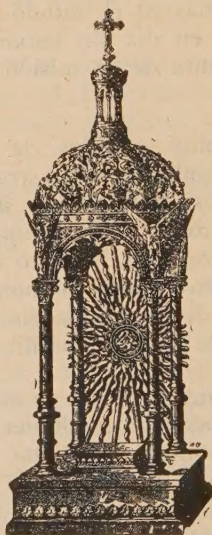
1ª Calle de Luis Moya N° 5

Teléfonos: Eric. 2-95-36

Apartado Postal N° 524

Mex. L-36-86

MEXICO, D. F.



Variadísimo surtido en material para rosarios: cuentas de todas clases, cristos, marías, cadenas de acero, latón pulido, latón dorado, metal blanco, plata fina., etc., etc.

Bejucos de metal blanco plateado (alpaca) de 60 centímetros largo desde \$ 1.00 la pieza.

TRONOS: en metal barnizado color oro:

Estilo gótico de 97 centímetros de altura	\$ 175.00
Estilo bizantino de 115 centímetros de altura	„ 300.00
Estilo bizantino de 140 centímetros de altura	„ 400.00

y en general toda clase de orfebrería para iglesia.

EL MEJOR VINO DE PURA UVA, recomendado por muchas Dignidades Eclesiásticas, para el Sacrificio de la Santa Misa.

UNICAMENTE lo encontrará Ud. en “EL TROQUEL”

PIDA UD. TODA CLASE DE DETALLES

EPISCOPADO EXTRANJERO

Carta Colectiva

de los Obispos españoles a los de todo el mundo con motivo de la guerra española

Venerables Hermanos:

1. — RAZON DE ESTE DOCUMENTO

Suelen los pueblos católicos ayudarse mutuamente en días de tribulación, en cumplimiento de la ley de caridad de fraternidad que une en un cuerpo místico a cuantos comulgamos en el pensamiento y amor de Jesucristo. Organó natural de este intercambio espiritual son los Obispos, a quienes puso el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios. España, que pasa una de las más grandes tribulaciones de su historia, ha recibido múltiples manifestaciones de afecto y condolencia del Episcopado católico extranjero, ya en mensajes colectivos, ya de muchos Obispos en particular. Y el Episcopado español, tan terriblemente probado en sus miembros, en sus sacerdotes y en sus Iglesias, quiere hoy corresponder con este Documento colectivo a la gran caridad que se nos ha manifestado de todos los puntos de la tierra.

Nuestro país sufre un trastorno profundo: no es sólo una guerra civil cruentísima la que nos llena de tribulación; es una conmoción tremenda la que sacude los mismos cimientos de la vida social y ha puesto en peligro hasta nuestra existencia como nación. Vosotros lo habéis comprendido, Venerables Hermanos, y “vuestras palabras y vuestro corazón se nos han abierto,” diremos con el Apóstol, dejándonos ver las entrañas de vuestra caridad para con nuestra patria querida. Que Dios os lo premie.

Pero con nuestra gratitud, Venerables Hermanos, debemos manifestaros nuestro dolor por el desconocimiento de la verdad de lo que en España ocurre. Es un hecho, que nos consta por documentación copiosa, que el pensamiento de un gran sector de opinión extranjera está disociado de la realidad de los hechos ocurridos en nuestro país. Causas de este extravío podrían ser el espíritu anticristiano, que ha visto en la contienda de España una partida decisiva en pro o contra de la religión de Jesucristo y la civilización cristiana; la corriente opuesta de doctrinas políticas que aspiran a la hegemonía del mundo; la labor tendenciosa de fuerzas internacionales ocultas; la antipatria, que se ha valido de españoles ilusos que, amparándose en el nombre de católicos, han causado enorme daño a la verdadera España.

Y lo que más nos duele es que una buena parte de la prensa católica extranjera haya contribuido a esta desviación mental, que podría ser funesta para los sacratísimos intereses que se ventilan en nuestra patria.

Casi todos los Obispos que suscribimos esta Carta hemos procurado dar a su tiempo la nota justa del sentido de la guerra. Agradecemos a la prensa católica extranjera el haber hecho suya la verdad de nuestras declaraciones, como lamentamos que algunos periódicos y revistas que debieron ser ejemplo de respeto y acatamiento a la voz de los Prelados de la Iglesia, las hayan combatido o tergiversado.

Ello obliga al Episcopado español a dirigirse colectivamente a los Hermanos de todo el mundo, con el único propósito de que resplandezca la verdad, oscurecida por ligereza o por malicia, y nos ayude a difundirla. Se trata de un punto gravísimo en que se conjugan no los intereses políticos de una nación, sino los mismos fundamentos providenciales de la vida social: la religión la justicia, la autoridad y la libertad de los ciudadanos.

Cumplimos con ello, junto con nuestro oficio pastoral— que importa ante todo el magisterio de la verdad— con un triple deber de religión, de patriotismo y de humanidad. De religión, porque, testigos de las grandes prevaricaciones y heroísmos que han tenido por escena nuestro país, podemos ofrecer al mundo lecciones y ejemplos que caen dentro de nuestro ministerio episcopal y que habrán de ser provechosos a todo el mundo; de patriotismo, porque el Obispo es el primer obligado a defender el buen nombre de su patria, *"terra patrum,"* por cuanto fueron nuestros venerables predecesores los que formaron la nuestra, tan cristiana como es, *"engendrando a sus hijos para Jesucristo por la predicación del Evangelio;"* de humanidad, porque, ya que Dios ha permitido que fuese nuestro país el lugar de experimentación de ideas y procedimientos que aspira a conquistar el mundo, quisiéramos que el daño se redujese al ámbito de nuestra patria y se salvaran de la ruína de las demás naciones.

2. — NATURALEZA DE ESTA CARTA

Este Documento no será la demostración de una tesis, sino la simple exposición, a grandes líneas, de los hechos que caracterizan nuestra guerra y la dan su fisonomía histórica. La guerra de España es producto de la pugna de ideologías irreconciliables; en sus mismos orígenes se hallan envueltas gravísimas cuestiones de orden moral y jurídico, religioso e histórico. No sería difícil el desarrollo de puntos fundamentales de doctrina aplicada a nuestro momento actual. Se ha hecho ya copiosamente, hasta por algunos de los Hermanos que suscriben esta Carta. Pero estamos en tiempos de positivismo calculador y frío y, especialmente cuando se trata de hechos de tal relieve histórico como se han producido en esta guerra, lo que se quiere —se nos ha requerido cien veces desde el extranjero en este sentido— son hechos vivos y palpitantes que, por afirmación o contraposición, den la verdad simple y justa.

Por esto tiene este Escrito un carácter asertivo y categórico de orden

empírico. Y ello en sus dos aspectos: el juicio que solidariamente formulamos sobre la estimación legítima de los hechos; y el de afirmación "*per oppositum*," con que deshacemos, con toda caridad, las afirmaciones falsas o las interpretaciones torcidas con que haya podido falsearse la historia de este año de vida de España.

3. — NUESTRA POSICION ANTE LA GUERRA

Conste antes que todo, ya que la guerra pudo preverse desde que se atacó ruda e inconsiderablemente al espíritu nacional, que el Episcopado español ha dado, desde el año 1931, altísimos ejemplos de prudencia apostólica y ciudadana. Ajustándose a la tradición de la Iglesia y siguiendo las normas de la Santa Sede, se puso resueltamente al lado de los poderes constituidos, con quienes se esforzó en colaborar para el bien común. Y a pesar de los repetidos agravios a personas, cosas y derechos de la Iglesia, no rompió su propósito de no alterar el régimen de concordia de tiempo atrás establecido. "*Etiam dyscolis*:" A los vejámenes respondimos siempre con el ejemplo de la sumisión leal en lo que podíamos; con la protesta grave, razonada y apostólica cuando debíamos; con la exhortación sincera que hicimos reiteradamente a nuestro pueblo católico a la sumisión legítima, a la oración, a la paciencia y a la paz. Y el pueblo católico nos secundó, siendo nuestra intervención valioso factor de concordia nacional en momentos de honda conmoción social y política.

Al estallar la guerra hemos lamentado el doloroso hecho, más que nadie, porque ella es siempre un mal gravísimo, que muchas veces no compensan bienes problemáticos, y porque nuestra misión es de reconciliación y de paz: "*Et in terra pax*." Desde sus comienzos hemos tenido las manos levantadas al cielo para que cese. Y en estos momentos repetimos la palabra de Pío XI, cuando el recelo mutuo de las grandes potencias iba a desencadenar otra guerra sobre Europa: "*Nos invocamos la paz, bendecimos la paz, rogamos por la paz*." Dios nos es testigo de los esfuerzos que hemos hecho para aminorar los estragos que siempre son su cortejo.

Con nuestros votos de paz juntamos nuestro perdón generoso para nuestros perseguidores y nuestros sentimientos de caridad para todos. Y decimos sobre los campos de batalla y a nuestros hijos de uno y otro bando la palabra del Apóstol: "*El Señor sabe cuánto os amamos a todos en las entrañas de Jesucristo*."

Pero la paz es la "*tranquilidad del orden, divino, nacional, social e individual, que asegura a cada cual su lugar y le da lo que le es debido, colocando la gloria de Dios en la cumbre de todos los deberes y haciendo derivar de su amor el servicio fraternal de todos*." Y es tal la condición humana y tal el orden de la Providencia —sin que hasta ahora haya sido posible hallarle sustitutivo— que siendo la guerra uno de los azotes más tremendos de la humanidad, es a veces el remedio heroico, único, para centrar las cosas en el quicio de la justicia y volverlas al reinado de la paz. Por esto la Iglesia, aun siendo hija del Príncipe de la Paz, bendice los enblemas de la

guerra, ha fundado las Ordenes Militares y ha organizado Cruzadas contra los enemigos de la fe.

No es este nuestro caso. La Iglesia no ha querido esta guerra ni la buscó, y no creemos necesario vindicarla de la nota de beligerante con que en periódicos extranjeros se ha censurado a la Iglesia en España. Ciertamente que miles de hijos suyos, obedeciendo a los dictados de su conciencia y de su patriotismo, y bajo su responsabilidad personal, se alzaron en armas para salvar los principios de religión y justicia cristianas que secularmente habían informado la vida de la Nación; pero quien la acuse de haber provocado esta guerra, o de haber conspirado para ella, y aun de no haber hecho cuanto en su mano estuvo para evitarla, desconoce o falsea la realidad.

Esta es la posición del Episcopado español, de la Iglesia española, frente al hecho de la guerra actual. Se la vejó y persiguió antes de que estallara; ha sido víctima principal de la furia de una de las partes contendientes; y no ha cesado de trabajar, con su plegaria, con sus exhortaciones, con su influencia, para aminorar sus daños y abreviar los días de prueba.

Y si hoy, colectivamente, formulamos nuestro veredicto en la cuestión complejísima de la guerra de España, es, primero, porque, aun cuando la guerra fuese de carácter político o social, ha sido tan grave su persecución de orden religioso, y ha aparecido tan claro, desde sus comienzos, que una de las partes beligerantes iba a la eliminación de la religión católica en España, que nosotros, Obispos católicos, no podíamos inhibirnos sin dejar abandonados los intereses de nuestro Señor Jesucristo y sin incurrir el tremendo apelativo de "*canes muti*," con que el Profeta censura a quienes, debiendo hablar, callan ante la injusticia; y luego, porque la posición de la Iglesia española ante la lucha, es decir, del Episcopado español, ha sido torcidamente interpretada en el extranjero: mientras un político muy destacado, en una revista católica extranjera la achaca poco menos que a la ofuscación mental de los Arzobispos españoles, a los que califica de ancianos que deben cuanto son al régimen monárquico y que han arrasado por razones de disciplina y obediencia a los demás Obispos en un sentido favorable al movimiento nacional, otros nos acusan de temerarios al exponer a las contingencias de un régimen absorbente y tiránico el orden espiritual de la Iglesia, cuya libertad tenemos obligación de defender.

No; esta libertad la reclamamos, ante todo, para el ejercicio de nuestro ministerio; de ella arrancan todas las libertades que vindicamos para la Iglesia. Y, en virtud de ella, no nos hemos atado con nadie —personas, poderes o instituciones— aun cuando agradezcamos el amparo de quienes han podido librarnos del enemigo que quiso perdernos, y estemos dispuestos a colaborar, como Obispos y españoles, con quienes se esfuercen en reinstaurar en España un régimen de paz y de justicia. Ningún poder político podrá decir que nos hayamos apartado de esta línea en ningún tiempo.

4.—EL QUINQUENIO QUE PRECEDIO A LA GUERRA

Afirmamos, ante todo, que esta guerra la ha acarreado la temeridad,

los errores, tal vez la malicia o la cobardía de quienes hubiesen podido evitarla gobernando la nación según justicia.

Dejando otras causas de menor eficiencia, fueron los legisladores de 1931, y luego el poder ejecutivo del Estado con sus prácticas de gobierno, los que se empeñaron en torcer bruscamente la ruta de nuestra historia en un sentido totalmente contrario a la naturaleza y exigencias del espíritu nacional, y especialmente opuesto al sentido religioso predominante en el país. La Constitución y las leyes laicas que desarrollaron su espíritu fueron un ataque violento y continuado a la conciencia nacional. Anulados los derechos de Dios y vejada la Iglesia, quedaba nuestra sociedad enervada, en el orden legal, en lo que tiene de más sustantivo la vida social, que es la religión. El pueblo español que, en su mayor parte, mantenía viva la fe de sus mayores, recibió con paciencia invicta los reiterados agravios hechos a su conciencia por leyes iníquas; pero la temeridad de sus gobernantes había puesto en el alma nacional, junto con el agravio, un factor de repudio y de protesta contra un poder social que había faltado a la justicia más fundamental, que es la que se debe a Dios y a la conciencia de los ciudadanos.

Junto con ello, la autoridad, en múltiples y graves ocasiones, resignaba en la plebe sus poderes. Los incendios de los templos en Madrid y provincias, en Mayo de 1931, las revueltas de Octubre de 1934, especialmente en Cataluña y Asturias, donde reinó la anarquía durante dos semanas; el período turbulento que corre de Febrero a Julio de 1936, durante el cual fueron destruidas o profanadas 411 iglesias y se cometieron cerca de 3,000 atentados graves de carácter político y social, presagiaban la ruína total de la autoridad pública, que se vió sucumbir con frecuencia a la fuerza de poderes ocultos que mediatizaban sus funciones.

Nuestro régimen político de libertad democrática se desquició, por arbitrariedades de la autoridad del Estado y por coacción gubernamental que trastrocó la voluntad popular, constituyendo una máquina política en pugna con la mayoría de la nación, dándose el caso, en las últimas elecciones parlamentarias, Febrero de 1936, de que, con más de medio millón de votos de exceso sobre las izquierdas, obtuviesen las derechas 118 diputados menos que el Frente Popular, por haberse anulado caprichosamente las actas de provincias enteras, viciándose así en su origen la legitimidad del Parlamento.

Y a medida que se descomponía nuestro pueblo por la relajación de los vínculos sociales y se desangraba nuestra economía y se alteraba sin tino el ritmo del trabajo y se debilitaba maliciosamente la fuerza de las instituciones de defensa social, otro pueblo poderoso, Rusia, empalmando con los comunistas de acá, por medio del teatro y el cine, con ritos y costumbres exóticas, por la fascinación intelectual y el soborno material, preparaba el espíritu popular para el estallido de la revolución, que se señalaba casi a plazo fijo.

El 27 de Febrero de 1936, a raíz del triunfo del Frente Popular, el Komintern ruso decretaba la revolución española y la financiaba con exorbitantes cantidades. El 1º de Mayo siguiente centenares de jóvenes postulaban públicamente en Madrid *"para bombas y pistolas, pólvora y dinamita para la próxima revolución."* El 16 del mismo mes se reunían en la Casa del Pueblo de Valencia representantes de la U. R. S. S. con delegados españoles de la III Internacional, resolviendo, en el 9º de sus acuerdos: *"Encargar a uno de los radios de Madrid, el designado con el número 25, integrado por agentes de policía en activo, la eliminación de los personajes políticos y militares destinados a jugar un papel de interés en la contrarrevolución."* Entre tanto, desde Madrid a las aldeas más remotas aprendían las milicias revolucionarias la instrucción militar y se las armaba copiosamente, hasta el punto de que, al estallar la guerra, contaban con 150,000 soldados de asalto y 100.000 de resistencia.

Os parecerá, Venerables Hermanos, impropia de un Documento Episcopal la enumeración de estos hechos. Hemos querido sustituirlos a las razones de derecho político que pudiesen justificar un movimiento nacional de resistencia. Sin Dios, que debe estar en el fundamento y a la cima de la vida social; sin autoridad, a la que nada puede sustituir en sus funciones de creadora del orden y mantenedora del derecho ciudadano; con la fuerza material al servicio de los sin-Dios ni conciencia, manejados por agentes poderosos de orden internacional, España debía deslizarse hacia la anarquía, que es lo contrario del bien común y de la justicia y orden social. Aquí han venido a parar las regiones españolas en que la revolución marxista ha seguido su curso inicial.

Estos son los hechos. Cotéjense con la doctrina de Santo Tomás sobre el derecho a la resistencia defensiva por la fuerza y falle cada cual en justo juicio. Nadie podrá negar que, al tiempo de estallar el conflicto, la misma existencia del bien común, —la religión, la justicia, la paz—, estaba gravemente comprometida; y que el conjunto de las autoridades sociales y de los hombres prudentes que constituyen el pueblo en su organización natural y en sus mejores elementos reconocían el público peligro. Cuanto a la tercera condición que requiere el Angélico, de la convicción de los hombres prudentes sobre la probabilidad del éxito, la dejamos al juicio de la historia: los hechos, hasta ahora, no le son contrarios.

Respondemos a un reparo, que una revista extranjera concreta al hecho de los sacerdotes asesinados y que podría extenderse a todos los que constituyen este inmenso transtorno social que ha sufrido España. Se refiere a la posibilidad de que, de no haberse producido el alzamiento, no se hubiese alterado la paz pública: *"A pesar de los desmanes de los rojos —leemos— queda en pie la verdad de que si Franco no se hubiese alzado, los centenares o millares de sacerdotes que han sido asesinados hubiesen conservado la vida y hubiesen continuado haciendo en las almas la obra de Dios."* No podemos suscribir esta afirmación, testigos como somos de la situación de España al estallar el conflicto. La verdad es lo contrario; porque es cosa documentalmente probada que en el minucioso proyecto de la revolución marxista

que se gestaba, y que habría estallado en todo el país, si en gran parte de él no lo hubiese impedido el movimiento cívico-militar, estaba ordenado el exterminio del clero católico, como el de los derechistas calificados, como la soviétización de las industrias y la implantación del comunismo. Era por Enero último cuando un dirigente anarquista decía al mundo por radio: *"Hay que decir las cosas tal y como son, y la verdad no es otra que la de que los militares se nos adelantaron para evitar que llegáramos a desencadenar la revolución."*

Quede, pues, asentado, como primera afirmación de que este Escrito, que un quinquenio de continuos atropellos de los súbditos españoles en el orden religioso y social puso en gravísimo peligro la existencia misma del bien público y produjo enorme tensión en el espíritu del pueblo español; que estaba en la conciencia nacional que, agotados ya los medios legales, no había más recurso que el de la fuerza para sostener el orden y la paz; que poderes extraños a la autoridad tenida por legítima decidieron subvertir el orden constituido e implantar violentamente el comunismo; y, por fin, que por lógica fatal de los hechos no le quedaba a España más que esta alternativa: o sucumbir en la embestida definitiva del comunismo destructor, ya planeada y decretada, como ha ocurrido en las regiones donde no triunfó el movimiento nacional, o intentar, en esfuerzo titánico de resistencia, librarse del terrible enemigo y salvar los principios fundamentales de su vida social y de sus características nacionales.

5. — EL ALZAMIENTO MILITAR Y LA REVOLUCION COMUNISTA

El 18 de Julio del año pasado se realizó el alzamiento militar y estalló la guerra que aún dura. Pero nótese, primero, que la sublevación militar no se produjo, ya desde sus comienzos, sin colaboración con el pueblo sano, que se incorporó en grandes masas al movimiento que, por ello, debe calificarse de cívico-militar; y segundo, que este movimiento y la revolución comunista son dos hechos que no pueden separarse, si se quiere enjuiciar debidamente la naturaleza de la guerra. Coincidentes en el mismo momento inicial del choque, marcan desde el principio de la división profunda de las dos Españas que se batirán en los campos de batalla.

Aun hay más: el movimiento no se produjo sin que los que lo iniciaron intimaran previamente a los poderes públicos a oponerse por los recursos legales a la revolución marxista inminente. La tentativa fué ineficaz y estalló el conflicto, chocando las fuerzas cívico-militares, desde el primer instante, no tanto con las fuerzas gubernamentales que intentarían reducirlo como con la furia desencadenada de unas milicias populares que, al amparo, por lo menos, de la pasividad gubernamental, encuadrándose en los mandos oficiales del ejército y utilizando, a más del que ilegítimamente poseían, el armamento de los parques del Estado, se arrojaron como avalancha destructora contra todo lo que constituye un sostén en la sociedad.

Esta es la característica de la reacción obrada en el campo gubernamental contra el alzamiento cívico-militar. Es, ciertamente, un contra

ataque por parte de las fuerzas fieles al Gobierno; pero es, ante todo, una lucha en comandita con las fuerzas anárquicas que se sumaron a ellas y que con ellas pelearán juntas hasta el fin de la guerra. Rusia, lo sabe el mundo, se injertó en el ejército gubernamental tomando parte en sus mandos, y fué, a fondo aunque coservándose la apariencia del Gobierno del Frente Popular, a la implantación del régimen comunista por la subversión del orden social establecido. Al juzgar de la legitimidad del movimiento nacional, no podrá prescindirse de la intervención, por la parte contraria, de estas "*milicias anárquicas, incontrolables,*" —es palabra de un ministro del Gobierno de Madrid— cuyo poder hubiese prevalecido sobre la nación.

Y porque Dios es el más profundo cimiento de una sociedad bien ordenada —lo era de la nación española— la revolución comunista, aliada de los ejércitos del Gobierno, fué, sobre todo, antidiuina. Se cerraba así el ciclo de la legislación laica de la Constitución de 1931 con la destrucción de cuanto era cosa de Dios. Salvamos toda intervención personal de quienes no han militado conscientemente bajo este signo; sólo trazamos la trayectoria general de los hechos.

Por esto se produjo en el alma nacional una reacción de tipo religioso, correspondiente a la acción nihilista y destructora de los sin-Dios. Y España quedó dividida en dos grandes bandos militantes; cada uno de ellos fué como el aglutinante de cada una de las dos tendencias profundamente populares; y a su rededor, y colaborando con ellos, polarizaron, en forma de milicias voluntarias y de asistencias y servicios de retaguardia, las fuerzas opuestas que tenían dividida la nación.

La guerra es, pues, como un plebiscito armado. La lucha blanca de los comicios de Febrero de 1936, en que la falta de conciencia política del gobierno nacional dió arbitrariamente a las fuerzas revolucionarias un triunfo que no habían logrado en las urnas, se transformó, por la contienda cívico-militar, en la lucha cruenta de un pueblo partido en dos tendencias: la espiritual, del lado de los sublevados, que salió a la defensa del orden, la paz social, la civilización tradicional y la patria, y muy ostensiblemente, en un gran sector, para la defensa de la religión; y de la otra parte, la materialista, llámese marxista, comunista o anarquista, que quiso sustituir la vieja civilización de España, con todos sus factores, por la novísima "*civilización*" de los soviets rusos.

Las ulteriores complicaciones de la guerra no han variado más que accidentalmente su carácter: el internacionalismo comunista ha ocurrido al territorio español en ayuda del ejército y pueblo marxista; como, por la natural exigencia de la defensa y por consideraciones de carácter internacional, han venido en ayuda de la España tradicional armas y hombres de otros países extranjeros. Pero los núcleos nacionales siguen igual, aunque la contienda, siendo profundamente popular, haya llegado a revestir caracteres de lucha internacional.

Por esto, observadores perspicaces han podido escribir estas palabras sobre nuestra guerra: "*Es una carrera de velocidad entre el bolchevismo y la civilización cristiana.*" "*Una etapa nueva y tal vez decisiva en la lucha enta-*

ludada entre la Revolución y el Orden.” “Una lucha internacional en un campo de batalla nacional; el comunismo libra en la Península una formidable batalla, de la que depende la suerte de Europa.”

No hemos hecho más que un esbozo histórico, del que deriva esta afirmación: El alzamiento cívico-militar fué en su origen un movimiento nacional de defensa de los principios fundamentales de toda sociedad civilizada; en su desarrollo, lo ha sido contra la anarquía coaligada con las fuerzas al servicio de un gobierno que no supo o no quiso tutelar aquellos principios.

Consecuencia de esta afirmación son las conclusiones siguientes:

Primera: Que la Iglesia, a pesar de su espíritu de paz, y de no haber querido la guerra ni haber colaborado en ella, no podía ser indiferente en la lucha: se lo impedían su doctrina y su espíritu, el sentido de conservación y la experiencia de Rusia. De una parte se suprimía a Dios, cuya obra ha de realizar la Iglesia en el mundo, y se causaba a la misma un daño inmenso, en personas, cosas y derechos, como tal vez no lo haya sufrido institución alguna en la historia; de la otra, cualesquiera que fuesen los humanos defectos, estaba el esfuerzo por la conservación del viejo espíritu español y cristiano.

Segunda: La Iglesia, con ello, no ha podido hacerse solidaria de conductas, tendencias o intenciones que, en el presente o en lo porvenir, pudiesen desnaturalizar la noble fisonomía del movimiento nacional, en su origen, manifestaciones y fines.

Tercera: Afirmamos que el levantamiento cívico-militar ha tenido en el fondo de la conciencia popular un doble arraigo: el del sentido patriótico, que ha visto en él la única manera de levantar a España y evitar su ruina definitiva; y el sentido religioso, que lo consideró como la fuerza que debía reducir a la impotencia a los enemigos de Dios, y como la garantía de la continuidad de su fe y de la práctica de su religión.

Cuarta: Hoy por hoy, no hay en España más esperanza para reconquistar la justicia y la paz y los bienes que de ellas derivan, que el triunfo del movimiento nacional. Tal vez hoy menos que en los comienzos de la guerra, porque el bando contrario, a pesar de todos los esfuerzos de sus hombres de gobierno, no ofrece garantías de estabilidad política y social.

6. — CARACTERES DE LA REVOLUCION COMUNISTA

Puesta en marcha la revolución comunista, conviene puntualizar sus caracteres. Nos ceñimos a las siguientes afirmaciones, que derivan del estudio de hechos plenamente probados, muchos de los cuales constan en informaciones de toda garantía, descriptivas y gráficas, que tenemos a la vista. Notamos que apenas hay información debidamente autorizada más que del territorio liberado del dominio comunista. Quedan todavía bajo las armas del ejército rojo, en todo o parte, varias provincias; se tiene aún escaso conocimiento de los desmanes cometidos en ellas, los más copiosos y graves.

Enjuiciando globalmente los excesos de la revolución comunista española afirmamos que en la historia de los pueblos occidentales no se conoce un fenómeno igual de vesania colectiva, ni un cúmulo semejante, producido en pocas semanas, de atentados cometidos contra los derechos fundamentales de Dios, de la sociedad y de la persona humana. Ni sería fácil, recogiendo los hechos análogos y ajustando sus trazos característicos para la composición de figuras de crimen, hallar en la historia una época o un pueblo que pudieran ofrecernos tales y tantas aberraciones. Hacemos historia, sin interpretaciones de carácter psicológico o social, que reclamarían particular estudio. La revolución anárquica ha sido *"excepcional en la historia."*

Añadimos que la hecatombe producida en personas y cosas por la revolución comunista fué *"premeditada."* Poco antes de la revuelta habían llegado de Rusia 79 agitadores especializados. La Comisión Nacional de Unificación Marxista, por los mismos días, ordenaba la constitución de las milicias revolucionarias en todos los pueblos. La destrucción de las iglesias, o a lo menos de su ajuar, fué sistemática y por series. En el breve espacio de un mes se habían inutilizado todos los templos para el culto. Ya en 1931 la Liga Atea tenía en su programa un artículo que decía: *"Plebiscito sobre el destino que hay que dar a las iglesias y casas parroquiales;"* y uno de los Comités provinciales daba esta norma: *"El local o locales destinados hasta ahora al culto se destinarán a almacenes colectivos, mercados públicos, bibliotecas populares, casas de baños o higiene pública, etc., según convenga a las necesidades de cada pueblo."* Para la eliminación de personas destacadas que se consideraban enemigas de la revolución se habían formado previamente las *"listas negras."* En algunas, y en primer lugar, figuraba el Obispo. De los sacerdotes decía un jefe comunista, ante la actitud del pueblo que quería salvar a su párroco: *"Tenemos orden de quitar toda su semilla."*

Prueba elocuentísima de que la destrucción de los templos y la matanza de los sacerdotes, en forma totalitaria, fué cosa premeditada, es su número espantoso. Aunque son prematuras las cifras, contamos unas 20,000 iglesias y capillas destruidas o totalmente saqueadas. Los sacerdotes asesinados, contando un promedio del 40 por 100 en las diócesis devastadas —en algunas llegan al 80 por 100— sumarán, sólo del clero secular, unos 6,000. Se les cazó como perros; se les persiguió a través de los montes; fueron buscados con afán en todo escondrijo. Se les mató sin juicio las más de las veces, sobre la marcha, sin más razón que su oficio social.

Fué *"cruelísima"* la revolución. Las formas de asesinato revistieron caracteres de barbarie horrenda. En su número: se calculan en número superior a 300,000 los seglares que han sucumbido asesinados, sólo por sus ideas políticas y especialmente religiosas: en Madrid, y en los tres meses primeros, fueron asesinados más de 22,000. Apenas hay pueblo en que no se haya eliminado a los más destacados derechistas. Por la falta de forma: sin acusación, sin pruebas, las más de las veces sin juicio. Por los vejámenes: a muchos se les han amputado los miembros o se les ha mutilado espantosamente antes de matarlos; se les han vaciado los ojos, cortado la lengua, abierto en canal, quemado o enterrado vivos, matado a hachazos.

La crueldad máxima se ha ejercido con los ministros de Dios. Por respeto y caridad no queremos puntualizar más.

La revolución fué “inhumana.” No se ha respetado el pudor de la mujer, ni aun la consagrada a Dios por sus votos. Se han profanado las tumbas y cementerios. En el famoso monasterio románico de Ripoll se han destruido los sepulcros, entre los que había el de Vifredo el Velloso, conquistador de Cataluña, y el del Obispo Morgades, restaurador del célebre cenobio. En Vich se ha profanado la tumba del gran Balmes y leemos que se ha jugado al fútbol con el cráneo del gran Obispo Torras y Bages. En Madrid y en el cementerio viejo de Huesca se han abierto centenares de tumbas para despojar a los cadáveres del oro de sus dientes o de sus sortijas. Algunas formas de martirio suponen la subversión o supresión del sentido de humanidad.

La revolución fué “bárbara,” en cuanto destruyó la obra de civilización de siglos. Destruyó millares de obras de arte, muchas de ellas de fama universal. Saqueó o incendió los archivos, imposibilitando la rebusca histórica y la prueba instrumental de los hechos de orden jurídico y social. Quedan centenares de telas pictóricas acuchilladas, de esculturas mutiladas, de maravillas arquitectónicas para siempre deshechas. Podemos decir que el caudal de arte, sobre todo religioso, acumulado en siglos, ha sido estúpidamente destrozado en unas semanas, en las regiones dominadas por los comunistas. Hasta al Arco de Bará, en Tarragona, obra romana que había visto veinte siglos, llevó la dinamita su acción destructora. Las famosas colecciones de arte de la Catedral de Toledo, del Palacio de Liria, del Museo del Prado han sido torpemente expoliadas. Numerosas bibliotecas han desaparecido. Ninguna guerra, ninguna invasión bárbara, ninguna conmoción social, en ningún siglo, ha causado en España ruína semejante a la actual, juntándose para ello factores de que no se dispuso en ningún tiempo: una organización sabia, puesta al servicio de un terrible propósito de aniquilamiento, concentrado contra las cosas de Dios, y los modernos medios de locomoción y destrucción, al alcance de toda mano criminal.

Conculcó la revolución los más elementales principios del “*derecho de gentes*.” Recuérdense las cárceles de Bilbao, donde fueron asesinados por las multitudes, en forma inhumana, centenares de presos; las represalias cometidas en los rehenes custodiados en buques y prisiones, sin más razón que un contratiempo de guerra; los asesinatos en masa, atados los infelices prisioneros e irrigados con el chorro de balas de las ametralladoras; el bombardeo de ciudades indefensas, sin objetivo militar.

La revolución fué esencialmente “*antiespañola*.” La obra destructora se realizó a los gritos de “¡Viva Rusia!”, a la sombra de la bandera internacional comunista. Las inscripciones murales, la apología de personajes forasteros, los mandos militares en manos de los jefes rusos, el expolio de la nación en favor de extranjeros, el himno internacional comunista, son prueba sobrada del odio al espíritu nacional y al sentido de patria.

Pero, sobre todo, la revolución fué “*anticristiana*.” No creemos que en

la historia del Cristianismo y en el espacio de unas semanas se haya dado explosión semejante, en todas las formas de pensamiento, de voluntad y de pasión, del odio contra Jesucristo y su religión sagrada. Tal ha sido el sacrilego estrago que ha sufrido la Iglesia en España, que el delegado de los rojos españoles enviado al Congreso de los “*sin-Dios*,” en Moscú, pudo decir: “*España ha superado en mucho la obra de los Soviets, por cuanto la Iglesia en España ha sido completamente aniquilada.*”

Contamos los mártires por millares; su testimonio es una esperanza para nuestra pobre patria; pero casi no hallaríamos en el Martirologio romano una forma de martirio no usada por el comunismo, sin exceptuar la crucifixión; y en cambio hay formas nuevas de tormento que han consentido las sustancias y máquinas modernas.

El odio a Jesucristo y a la Virgen ha llegado al paroxismo, y en los centenares de Crucifijos acuchillados, en las imágenes de la Virgen bestialmente profanadas, en los pasquines de Bilbao en que se blasfemaba sacrilegamente de la Madre de Dios, en la infame literatura de las trincheras rojas, en que se ridiculizan los divinos misterios, en la reiterada profanación de las Sagradas Formas, podemos adivinar el odio del infierno encarnado en nuestros infelices comunistas. “*Tenía jurado vengarme de tí*” --le decía uno de ellos al Señor encerrado en el Sagrario—; y encañonando la pistola disparó contra él, diciendo: “*Ríndete a los rojos; ríndete al marxismo.*”

Ha sido espantosa la profanación de las sagradas reliquias: han sido destrozados o quemados los cuerpos de San Narciso, San Pascual Bailón, la Beata Beatriz de Silva, San Bernardo Calvo y otros. Las formas de profanación son inverosímiles, y casi no se conciben sin sugestión diabólica. Las campanas han sido destrozadas y fundidas. El culto, absolutamente suprimido en todo el territorio comunista, si se exceptúa una pequeña porción del norte. Gran número de templos, entre ellos verdaderas joyas de arte, han sido totalmente arrasados: en esta obra inicua se ha obligado a trabajar a pobres sacerdotes. Famosas imágenes de veneración secular han desaparecido para siempre, destruidas o quemadas. En muchas localidades la autoridad ha obligado a los ciudadanos a entregar todos los objetos religiosos de su pertenencia para destruirlos públicamente: pondérese lo que esto representa en el orden del derecho natural, de los vínculos de familia y de la violencia hecha a la conciencia cristiana.

No seguimos, venerables Hermanos, en la crítica de la actuación comunista en nuestra patria, y dejamos a la historia la fiel narración de los hechos en ella acontecidos. Si se nos acusara de haber señalado en forma tan cruda estos estigmas de nuestra revolución, nos justificaríamos con el ejemplo de San Pablo, que no duda en vindicar con palabras tremendas la memoria de los profetas de Israel y que tiene durísimos calificativos para los enemigos de Dios; o con el de nuestro Santísimo Padre que, en su Encíclica sobre el Comunismo ateo habla de “*una destrucción tan espantosa, llevada a cabo, en España, con un odio, una barbarie y una ferocidad que no hubiese creído posible en nuestro siglo.*”

Reiteramos nuestra palabra de perdón para todos y nuestro propósito de hacerles el bien máximo que podamos. Y cerramos este párrafo con estas palabras del *"Informe Oficial"* sobre las ocurrencias de la revolución en sus tres primeros meses: *"No se culpe al pueblo español de otra cosa que de haber servido de instrumento para la perpetración de estos delitos"*. . . Este odio a la religión y a las tradiciones patrias, de las que eran exponente y demostración tantas cosas para siempre perdidas, *"llegó de Rusia, exportado por orientales de espíritu perverso."* En descargo de tantas víctimas, alucinadas por *"doctrinas de demonios,"* digamos que al morir, sancionados por la ley, nuestros comunistas se han reconciliado en su inmensa mayoría con el Dios de sus padres. En Mallorca han muerto impenitentes sólo un dos por ciento; en las regiones del sur no más de un veinte por ciento, y en la del norte no llegan tal vez al diez por ciento. Es una prueba del engaño de que ha sido víctima nuestro pueblo.

7. — EL MOVIMIENTO NACIONAL: SUS CARACTERES

Demos ahora un esbozo del carácter del movimiento llamado *"nacional."*

Creemos justa esta denominación. Primero, por su espíritu; porque la nación española estaba disociada, en su inmensa mayoría, de una situación estatal que no supo encarnar sus profundas necesidades y aspiraciones; y el movimiento fué aceptado como una esperanza en toda la nación; en las regiones no liberadas sólo espera romper la coraza de las fuerzas comunistas que le oprimen. Es también nacional por su objetivo, por cuanto tiende a salvar y sostener para lo futuro las esencias de un pueblo organizado en un Estado que sepa continuar dignamente su historia. Expresamos una realidad y un anhelo general de los ciudadanos españoles; no indicamos los medios para realizarlo.

El movimiento ha fortalecido el sentido de patria, contra el exotismo de las fuerzas que le son contrarias. La patria implica una paternidad; es el ambiente moral, como de una familia dilatada, en que logra el ciudadano su desarrollo total; y el movimiento nacional ha determinado una corriente de amor que se ha concentrado alrededor del hombre y de la sustancia histórica de España, con aversión de los elementos forasteros que nos acarrearón la ruína. Y como el amor patrio, cuando se ha sobrenaturalizado por el amor de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, toca las cumbres de la caridad cristiana, hemos visto una explosión de verdadera caridad que ha tenido su expresión máxima en la sangre de millares de españoles que la han dado al grito de *"¡Viva España!"* *"¡Viva Cristo Rey!"*

Dentro del movimiento nacional se ha producido el fenómeno, maravilloso, el martirio —verdadero martirio, como ha dicho el Papa— de millares de españoles, sacerdotes, religiosos y seglares; y este testimonio de sangre deberá condicionar en lo futuro, so pena de inmensa responsabilidad política, la actuación de quienes, depuestas las armas, hayan de construir el nuevo Estado en el sosiego de la paz.

El movimiento ha garantizado el orden en el territorio por él dominado. Contraponemos la situación de las regiones en que ha prevalecido el movimiento nacional a las dominadas aún por los comunistas. De estas puede decirse la palabra del Sabio: "*Ubi non est gubernator, dissipabitur populus*," sin sacerdotes, sin templos, sin culto, sin justicia, sin autoridad, son presa de terrible anarquía, del hambre y la miseria. En cambio, en medio del esfuerzo y del dolor terrible de la guerra, las otras regiones viven en la tranquilidad del orden interno, bajo la tutela de una verdadera autoridad, que es el principio de la justicia, de la paz y del progreso que prometen la fecundidad de la vida social. Mientras en la España marxista se vive sin Dios, en las regiones indemnes o reconquistadas se celebra profusamente el culto divino y pululan y florecen nuevas manifestaciones de la vida cristiana.

Esta situación permite esperar un régimen de justicia y paz para el futuro. No queremos aventurar ningún presagio. Nuestros males son gravísimos. La relajación de los vínculos sociales; las costumbres de una política corrompida; el desconocimiento de los deberes ciudadanos; la escasa formación de una conciencia íntegramente católica; la división espiritual en orden a la solución de nuestros grandes problemas nacionales; la eliminación, por asesinato cruel, de millares de hombres selectos llamados por su estado y formación a la obra de la reconstrucción nacional; los odios y la escasez que son secuelas de todo guerra civil; la ideología extranjera sobre el Estado, que tiende a descuajarle de la idea y de las influencias cristianas; serán dificultad enorme para hacer una España nueva injertada en el tronco de nuestra vieja historia y vivificada por su savia. Pero tenemos la esperanza de que, imponiéndose con toda su fuerza el enorme sacrificio realizado, encontraremos otra vez nuestro verdadero espíritu nacional. Entramos en él paulatinamente por una legislación en que predomina el sentido cristiano en la cultura, en la moral, en la justicia social y en el honor y culto que se debe a Dios. Quiera Dios ser en España el primer bien servido, condición esencial para que la nación sea verdaderamente bien servida.

8. — SE RESPONDE A UNOS REPAROS

No llenaríamos el fin de esta Carta, Venerables Hermanos, si no respondiéramos a algunos reparos que nos han hecho desde el extranjero.

Se ha acusado a la Iglesia de haberse defendido contra un movimiento popular haciéndose fuerte en sus templos y siguiéndose de aquí la matanza de sacerdotes y la ruina de las iglesias. —Decimos que no. La irrupción contra los templos fué súbita, casi simultánea en todas las regiones, y coincidió con la matanza de sacerdotes. Los templos ardieron porque eran casas de Dios. Y los sacerdotes fueron sacrificados, porque eran ministros de Dios. La prueba es copiosísima. La Iglesia no ha sido agresora. Fué la primera bienhechora del pueblo, inculcando la doctrina y fomentando las obras de justicia social. Ha sucumbido —donde ha dominado el comunismo anárquico—, víctima inocente, pacífica, indefensa.

Nos requieren del extranjero para que digamos si es cierto que la Igle-

sia en España era propietaria del tercio del territorio nacional, y que el pueblo se ha levantado para librarse de su opresión. —Es acusación ridícula. La Iglesia no poseía más que pocas e insignificantes parcelas, casas sacerdotales y de educación, y hasta de esto se había últimamente incautado el Estado. Todo lo que posee la Iglesia en España no llenaría la cuarta parte de sus necesidades, y responde a sacratísimas obligaciones.

Se le imputa a la Iglesia la nota de temeridad y partidismo al mezclarse en la contienda que tiene dividida a la nación. —La Iglesia se ha puesto siempre del lado de la justicia y de la paz, y ha colaborado siempre con los poderes del Estado, en cualquier situación, al bien común. No se ha atado a nadie, fuesen partidos, personas o tendencias. Situada por encima de todos y de todo, ha cumplido sus deberes de adoctrinar y exhortar a la caridad, sintiendo pena profunda por haber sido perseguida y repudiada por gran número de sus hijos extraviados. Apelamos a los copiosos escritos y hechos que abonan estas afirmaciones.

Se dice que esta guerra es de clases, y que la Iglesia se ha puesto del lado de los ricos. —Quienes conocen sus causas y naturaleza saben que no. Que aun reconociendo algún descuido en el cumplimiento de los deberes de justicia y caridad, que la Iglesia ha sido la primera en urgir, las clases trabajadoras estaban fuertemente protegidas por la ley, y la nación había entrado por el franco camino de una mejor distribución de la riqueza. La lucha de clases es más virulenta en otros países que en España. Precisamente en ella se han librado de la guerra horrible gran parte de las regiones más pobres, y se ha ensañado más donde ha sido mayor el coeficiente de la riqueza y del bienestar del pueblo. Ni pueden echarse en olvido nuestra avanzada legislación y nuestras prósperas instituciones de beneficencia y asistencia pública y privada, de abolengo español y cristianísimo. El pueblo fué engañado con promesas irrealizables, incompatibles no sólo con la vida económica organizada. Aquí está la bienandanza de las regiones indemnes, y la miseria, que se adueñó ya de los que han caído bajo el dominio comunista.

La guerra de España, dicen, no es más que un episodio de la lucha universal entre la democracia y el estatismo; el triunfo del movimiento nacional llevará a la nación a la esclavitud del Estado. La Iglesia de España —leemos en una revista extranjera— ante el dilema de la persecución por el Gobierno de Madrid o la servidumbre a quienes representan tendencias políticas que nada tienen de cristiano, ha optado por la servidumbre. —No es éste el dilema que se ha planteado a la Iglesia en nuestro país, sino éste: La Iglesia, antes de perecer totalmente en manos del comunismo, como ha ocurrido en las regiones por él dominadas, se siente amparada por un poder que hasta ahora ha garantizado los principios fundamentales de toda sociedad, sin miramiento ninguno a sus tendencias políticas.

Cuanto a lo futuro, no podemos predecir lo que ocurrirá al final de la lucha. Sí que afirmamos que la guerra no se ha emprendido para levantar un Estado autócrata sobre una nación humillada, sino para que resurja el espíritu nacional con la pujanza y la libertad cristiana de los

tiempos viejos. Confiamos en la prudencia de los hombres de gobierno, que no querrán aceptar moldes extranjeros para la configuración del Estado español futuro, sino que tendrán en cuenta las exigencias de la vida íntima nacional y la trayectoria marcada por los siglos pasados. Toda sociedad bien ordenada se basa sobre principios profundos y de ellos vive, no de aportaciones adjetivas y extrañas, discordes con el espíritu nacional. La vida es más fuerte que los programas, y un gobernante prudente no impondrá un programa que violenta las fuerzas íntimas de la nación. Seríamos los primeros en lamentar que la autocracia irresponsable de un parlamento fuese sustituida por la más terrible de una dictadura desarraigada de la nación. Abrigamos la esperanza legítima de que no será así. Precisamente lo que ha salvado a España en el gravísimo momento actual ha sido la persistencia de los principios seculares que han informado nuestra vida y el hecho de que un gran sector de la nación se alzara para defenderlos. Sería un error quebrar la trayectoria espiritual del país, y no es de creer que se caiga en él.

Se imputan a los dirigentes del movimiento nacional crímenes semejantes a los cometidos por los del Frente Popular. *“El ejército blanco, leemos en acreditada revista católica extranjera, recurre a medios injustificables contra los que debemos protestar... El conjunto de informaciones que tenemos indica que el terror blanco reina en la España nacionalista con todo el horror que presentan casi todos los terrores revolucionarios... Los resultados obtenidos parecen despreciables al lado del desarrollo de crueldad metódicamente organizada de que hacen prueba las tropas.”* —El respetable articulista está malísimamente informado. Tiene toda guerra sus excesos; los habrá tenido, sin duda, el movimiento nacional; nadie se defiende con total serenidad de las locas arremetidas de un enemigo sin entrañas. Reprobando en nombre de la justicia y de la caridad cristianas todo exceso que se hubiese cometido, por error o por gente subalterna y que metódicamente ha abultado la información extranjera, decimos que el juicio que rectificamos no responde a la verdad, y afirmamos que va una distancia enorme, infranqueable, entre los principios de justicia, de su administración y de la forma de aplicarla entre una y otra parte. Más bien diríamos que la justicia del Frente Popular ha sido una historia terrible de atropellos a la justicia, contra Dios, la sociedad y los hombres. No puede haber justicia cuando se elimina a Dios, principio de toda justicia. Matar por matar, destruir por destruir; expoliar al adversario no beligerante, como principio de actuación cívica y militar: he aquí lo que se puede afirmar de los unos con razón y no se puede imputar a los otros sin injusticia.

Dos palabras sobre el problema del nacionalismo vasco, tan desconocido y falseado y del que se ha hecho arma contra el movimiento nacional. —Toda nuestra admiración por las virtudes cívicas y religiosas de nuestros hermanos vascos. Toda nuestra caridad por la gran desgracia que les aflige, que consideramos nuestra, porque es de la patria. Toda nuestra pena por la ofuscación que han sufrido sus dirigentes en un momento grave de su historia. Pero toda nuestra reprobación por haber desoído la voz de la Iglesia y tener realidad en ellos las palabras del Papa en su Encíclica sobre el co-

munismo: “Los agentes de destrucción, que no son tan numerosos, aprovechándose de estas discordias (de los católicos), las hacen más estridentes, y acaban por lanzar a la lucha a los católicos los unos contra los otros.” — “Los que trabajan por aumentar las disensiones entre los católicos toman sobre sí una terrible responsabilidad, ante Dios y ante la Iglesia.” — “El comunismo es intrínsecamente perverso, y no se puede admitir que colaboren con él, en ningún terreno, los que quieren salvar la civilización cristiana.” — “Cuanto las regiones, donde el comunismo consigue penetrar, más se distingan por la antigüedad y grandeza de su civilización cristiana, tanto más devastador se manifestará allí el odio de los “sin-Dios.”

En una revista extranjera de gran circulación se afirma que el pueblo se ha separado en España del sacerdote porque éste se recluta en la clase señorial; y que no quiere bautizar a sus hijos por los crecidos derechos de administración del Sacramento. —A lo primero respondemos que las vocaciones en los distintos Seminarios de España están reclutadas en la siguiente forma: Número total de seminaristas en 1935: 7,401; nobles, 6; ricos, con un capital superior a 10,000 pesetas, 115; pobres, o casi pobres, 7,280. A lo segundo, que antes del cambio de régimen no llegaban los hijos de padres católicos no bautizados al uno por diez mil; el arancel es modicísimo, y nulo para los pobres.

9. — CONCLUSION

Cerramos, Venerables Hermanos, esta ya larga Carta rogándoos nos ayudéis a lamentar la gran catástrofe nacional de España, en que se han perdido, con la justicia y la paz, fundamento del bien común y de aquella vida virtuosa de la Ciudad de que nos habla el Angélico, tantos valores de civilización y de vida cristiana. El olvido de la verdad y de la virtud, en el orden político, económico y social, nos ha acarreado esta desgracia colectiva. Hemos sido mal gobernados, porque, como dice Santo Tomás, Dios hace reinar al hombre hipócrita por causa de los pecados del pueblo.

A vuestra piedad, añadid la caridad de vuestras oraciones y las de vuestros fieles; para que aprendamos la lección del castigo con que Dios nos ha probado: para que se reconstruya pronto nuestra patria y pueda llenar sus destinos futuros, de que son presagio los que ha cumplido en siglos anteriores; para que se contenga, con el esfuerzo y las oraciones de todos, esta inundación del comunismo que tiende a anular al Espíritu de Dios y al espíritu del hombre, únicos polos que han sostenido las civilizaciones que fueron.

Y completad vuestra obra con la caridad de la verdad sobre las cosas de España. “*Non est addenda afflictio afflictis;*” a la pena por lo que sufrimos se ha añadido la de no haberse comprendido nuestros sufrimientos. Más, la de aumentarlos con la mentira, con la insidia, con la interpretación torcida de los hechos. No se nos ha hecho siquiera el honor de considerarnos víctimas. La razón y la justicia se han pesado en la misma balanza que la sinrazón y la injusticia, tal vez la mayor que han visto los siglos. Se ha dado el mismo crédito al periódico asalariado, al folleto procaz o al escrito

del español prevaricador, que ha arrastrado por el mundo con vilipendio el nombre de su madre patria, que a la voz de los Prelados, al concienzudo estudio del moralista o a la relación auténtica del cúmulo de hechos que son afrenta de la humana historia. Ayudadnos a difundir la verdad. Sus derechos son imprescriptibles, sobre todo cuando se trata del honor de un pueblo, de los prestigios de la Iglesia, de la salvación del mundo. Ayudadnos con la divulgación del contenido de estas Letras, vigilando la prensa y la la propaganda católica, rectificando los errores de la indiferente o adversa. El hombre enemigo ha sembrado copiosamente la cizaña: ayudadnos a sembrar profusamente la buena semilla.

Consentidnos una declaración última. Dios sabe que amamos en las entrañas de Cristo y perdonamos de todo corazón a cuantos, sin saber lo que hacían, han inferido daño gravísimo a la Iglesia y a la Patria. Son hijos nuestros. Invocamos ante Dios y en favor de ellos los méritos de nuestros mártires, de los diez Obispos y de los miles de sacerdotes y católicos que murieron perdonándoles, así como el dolor, como de mar profundo, que sufre nuestra España. Rogad para que en nuestro país se extingan los odios, se acerquen las almas y volvamos a ser todos unos en el vínculo de la caridad. Acordaos de nuestros Obispos asesinados, de tantos millares de sacerdotes, religiosos y seglares selectos que sucumbieron sólo porque fueron las milicias escogidas de Cristo; y pedid al Señor que dé fecundidad a su sangre generosa. De ninguno de ellos se sabe que claudicara en la hora del martirio; por millares dieron altísimos ejemplos de heroísmo. Es gloria inmarcesible de nuestra España. Ayudadnos a orar, y sobre nuestra tierra, regada hoy con sangre de hermanos, brillará otra vez el iris de la paz cristiana y se reconstruirán a la par nuestra Iglesia, tan gloriosa, y nuestra Patria tan fecunda.

Y que la paz del Señor sea con todos nosotros, ya que nos ha llamado a todos a la gran obra de la paz universal, que es el establecimiento del Reino de Dios en el mundo por la edificación del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, de la que nos ha constituido Obispos y Pastores.

Os escribimos desde España, haciendo memoria de los Hermanos difuntos y ausentes de la patria, en la fiesta de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, 1º de Julio de 1937.

† ISIDRO Card. GOMÁ Y TOMÁS, Arzobispo de Toledo. — Siguen las firmas de todo el Vble. Episcopado Español.

CARTA PASTORAL COLCTIVA
DEL EPISCOPADO MEXICANO SOBRE LA
MORALIZACION DE LAS COSTUMBRES
Magnífico DOCUMENTO desconocido de muchos CATOLICOS.

Millar \$ 25.00 - Ciento \$ 3.00 - 25 ejemplares \$ 1.00

Libre de Gastos de Correo

"BUENA PRENSA" Donceles 99 A. Apdo. 2181. México, D. F.



Fábrica Mexicana de Velas, S. A.

JUAN J. PAZ - Dir. Gte.

BAHIA STA. BARBARA 16

MEXICO, D. F.

Velas de Cera "Véritas"
Siempre las Mejores

ERIC. 6-00-70

Mex. L-13-39

El Devocionario Ideal es el

Misal Diario y Vespéral arreglado por D. Gaspar Lefebvre, O. S. B.

*El mejor, el más valioso, el
más útil regalo que usted pue-
de hacer.* — *

Un elegante volumen, de 9½

*x 16 cms., impreso en papel
indiana, profusamente ilustra-
do y con más de mil quinien-
tas páginas.* — *

En tela, cortes rojos	\$ 10.00
En tela, cortes dorados	„ 11.00
En piel, cortes dorados	„ 13.50
En chagrín, cortes dorados	„ 15.00
En chagrín, cortes sobre rojo	„ 16.00

*PRECIOS SUJETOS A DESCUENTO ACOSTUMBRADO,
SALVO VARIACIONES SIN PREVIO AVISO Y DE-
BIENDO ENTENDERSE POR SEPARADO LOS
GASTOS QUE ORIGINE EL ENVIO*

LIBRERIA DEL SAGRADO CORAZON

Edmundo de la Isla (h) S. A.

Av. Madero 44.

Apartado N° 35.

QUERETARO, Qro.

CASUISTICA

Solución a los Casos propuestos en Agosto

DERECHO CANONICO

Petra, Superiora de una Comunidad de Religiosas, se olvidó de avisar al Prelado que iban a ser admitidas algunas postulantes al noviciado y novicias a la profesión; consultó a Federico su capellán y éste, la tranquilizó diciendo que no era tan necesaria la escrutación; más tarde, otro sacerdote le aseguró que serían inválidas esas admisiones y Petra no sabiendo qué pensar acude a Evaristo. — ¿Qué hay qué decirle?

SOLUCION

Principios. — El canon 552 en el párrafo primero prescribe a la superioridad de una Comunidad religiosa, aunque sea exempta, que dé aviso al Ordinario del lugar, por lo menos con dos meses de anticipación, de la admisión de las aspirantes al noviciado o a la profesión, ya sea temporal, ya sea perpetua.

El canon 2412 manda al Ordinario, castigar, en conformidad con la gravedad de la falta, aún con la suspensión del oficio, a la Superiora que omitiera el aviso al Ordinario del lugar. Ya el Concilio Tridentino decretaba: "*Quod si præfecta certiores Episcopum non fecerit, quamdiu Episcopo videbitur, ab officio suspensa sit.*" Se trata de una cosa grave y delicada, como es la de salvaguardar la libertad de las aspirantes a una Religión.

El mismo canon en el párrafo segundo, manda al Ordinario del lugar que explore la voluntad de la que va a ser admitida al noviciado o a la profesión, siquiera treinta días antes, para cerciorarse si sabe lo que va a hacer, si lo hace libremente, etc., y si consta la libre voluntad de la interesada, entonces puede ser admitida al noviciado o a la profesión respectivamente. Esta exploración de la voluntad debe ser gratuita, según consta por la respuesta de la Comisión del día 20 de Mayo de 1922: "*An consuetudo* (y en el caso existía una costumbre de 400 años) *exigendi taxam pro exploratione voluntatis Religiosarum sustineatur.*" Resp. Negative. Esta exploración puede hacerla el Ordinario por medio de otro sacerdote, según lo expresa el canon ya que según la regla del Derecho n. 68: "*potest quis per alium quod potest facere per seipsum.*"

Esta disposición del Código la encontramos expresada en el Concilio Tridentino: "*Libertati professionis virginum Deo dicatarum prospiciens S. Synodus statuit, ut puella habitum regularem non suscipiat, ... nec professio-*

nem emittat antequam exploraverit Episcopus, vel, eo absente vel impedito, eius vicarius, aut aliquis eorum sumptibus ab eis deputatus, virginis voluntatem diligenter, an coacta, an seducta sit, an sciat quid agat; et si voluntas eius pia, ac libera cognita fuerit... libere ei profiteri liceat; eius professionis tempus ne Episcopus ignoret, teneatur præfecta monasterio eum ante mensem certiore facere."

Sin embargo el canon 11 señala expresamente cuáles son las leyes irritantes o inhabilitantes. En lo que se refiere a la validez para la admisión al noviciado y a la profesión, hay que tener presentes las disposiciones de los cánones 542 y 572. Por lo tanto:

Al Caso. — Petra hizo mal en no haber avisado al Ordinario del lugar que iban a ser admitidas algunas postulantes al noviciado y novicias a la profesión y debe ser castigada según la gravedad de su culpa. En cuanto a la respuesta de Federico, hay que decir que tué bastante ligera, ya que se trata de algo delicado que tiende a salvaguardar la libertad de las aspirantes en una materia muy delicada. En cuanto a lo tercero, no son inválidas esas admisiones; y ya tendrá buen cuidado Petra de que no vuelva a ocurrir semejante cosa.

M. Gómez.

M O R A L

Petrus, parochus in diœcesi A venit quadam die, animi relaxandi causa, in Sanctuarium in diœcesi B situm, et ibi magnum populi concursum invenit, quorum multi confessionem instituere desiderant.

A parochus ditionis in qua est Sanctuarium invitatur ad confessiones audiendas. Petrus renuit, eo quod ibi jurisdictionem non habeat. Cui parochus: Tu, tanquam parochus, jurisdictionem personalem habes. Ego insuper, quia parochus, facultatem habeo ordinariam, quam proinde tibi delegare possum et volo. Sed præsertim, sufficit ut in confessionali sedeas et ipso facto Ecclesia supplet, cum tot sint qui confessionem instituere velint.

QUÆRITUR: — 1) Quomodo obtineatur juridictio ad audiendas confessiones? — 2) Quid sit illud: "Ecclesia supplet." — 3) Quid ad casum?

SOLUCION

Jurisdiction dicitur, potestas superioris in subditos. Jurisdiction vero ad audiendas confessiones, est potestas illa remittendi vel retinendi peccata, id est potestas in foro interno et sacramentali qua, solummodo sacerdotes rite ordinati gaudent. Sed præter potestatem ordinis, alia est necessaria ut sacerdotes possint absolvere peccatores, nempe potestas jurisdictionis, vi cujus, sacerdos jam potestate sacramentali indutus, subditos in quos illam exercere valeat, obtinet.

Hæc potestas jurisdictionis duplex est: potestas jurisdictionis ordinaria, si officio a jure adnectitur; et potestas jurisdictionis deleta, si comissa est personæ.

Ordinaria potestate jurisdictionis ad confessiones audiendas pollent: 1°.—R. Pontifex et Cardinales pro Universæ Ecclesiæ fidelibus, religiosi personis non exceptis. 2°.—Ordinarius loci, parochi alique qui loco parochi sunt, pro suo territorio in omnes fideles, extra territorium pro suis subditis tantum; quæ dici possunt de canonico pœnitentiario ecclesiæ sive cathedralis, sive collegialis. 3°.—Superiores religiosi exempti pro suis subditis ad normam constitutionum, (cfr. I C. 873, et 239 § 1).

Jurisdictionem delegatam ad recipiendas confessiones quorumlibet sive sæcularium sive religiosorum confert sacerdotibus, tum sæcularibus tum religiosis etiam exemptis, Ordinarius loci in quo confessiones excipiuntur; sacerdotes autem religiosi eadem ne utantur sine licentia, saltem præsumta, sui superioris, firmo tamen prescripto can. 519. Ita se habet can. 874 § 1. Ergo jurisdictio ordinaria a jure est et recepto officio accipitur, delegata vero ab Ordinario loci confertur.

Actio suppletoria jurisdictionis habetur cum Ecclesia, per modum actus, concedit jurisdictionem sacerdoti illam non habenti, in sequentibus: a) In periculo mortis; ita ut sacerdotes omnes, licet ad confessiones non aprobat, valide et licite absolunt quoslibet pœnitentes a quibusvis peccatis aut censuris, quantumvis reservatis et notóriis, etiamsi præsens sit sacerdos approbatus, salvo præscripto can. 884, et 2252. (can. 882). b) In errore communi, i. e. si error sit omnium vel complurium alicujus loci fidelium, insciis aliis, Ecclesia certo supplet, sive adsit titulus coloratus, sive secus. (cfr. can. 209). Ex quo omnes confessiones apud sacerdotes carentes jurisdictionis, sunt validæ si fideles *ex adjunctis* existiment sacerdotes, de quibus agitur, habere jurisdictionem. c) In dubio positivo et probabili, sive facti, Ecclesia certo supplet. Ergo valide et licite absolvit sacerdos qui dubio positivo, —i. e., si adsint fundamenta dubitandi,— se facultatem habere dubitet; utrum tale peccatum, in talibus adjunctis, sit reservatum cum aliunde careat facultate ad reservata, vel si tempus pro quo jurisdictione gaudebat elapsum fuerit, vel utrum hoc peccatum sit hic reservatum.

AD CASUM. — Parochus ditionis in qua est Sanctuarium erronee primo arguit. 1°.—Quia etiamsi Petrus habeat jurisdictionem personalem immo et ordinariam, hæc es limitata a jure pro suo territorio et extra territorium pro suis subditis tantum. 2°.—Quia etsi parochus habeat jurisdictionem ordinariam ad audiendas confessiones, eam delegare non valent, (can. 199.) Cur? Quia delegatio hæc pertinet ad Ordinarium loci ubi excipiuntur confessiones et quidem unice. Ad id vero quod sufficiat ut Petrus sedeat in confessionali ut ipso facto Ecclesia supleat, cum tot sint qui confessiones instituere vellint, existimatur esse doctrinam ad mentem Ecclesiæ sub titulo de Errore Communi supra expositam. Nam fideles eo ipso quod Petrus sedeat in confessionali, parochus ditionis adquiescente, logice putare debent hujusmodi Petrum habere potestatem absolvendi, et necessitas exorians ex magno concurso fidelibus excusat Petrum a peccato.

Heriberto García Cantú, Pbro.

Non erit inutile quædam addere ad solutionem præcedentem:

Ante Codicem multi probabilius censebant Ecclesiam non supplere ni-

si in casu erroris communis cum titulo colorato. Titulus coloratus dicebatur titulus de se exigens jurisdictionem, quam de facto non exigebat, quia, etsi colorem veri tituli haberet, occulto vitio erat titulus falsus, ex parte conferentis, recipientis vel ipsius actus collationis. Nunc vero, etsi titulus coloratus desit, dummodo habeatur error communis, Ecclesia supplet.

Sed, ut error dicatur communis, requiritur ne factum ipsum erroris multorum vel sufficit ut adsit fundamentum unde error multorum necessario sequatur? Si enim multi decipiuntur, cum Ecclesia suppleat in bonum fidelium et non in gratiam confessarii, merito quæri potest utrum etiam in tali casu velit Ecclesia supplere.

Si Ecclesia etiam in isto casu fundamenti positi ad errorem vult supplere, supplet ne statim, an post numerum determinatum pœnitentium? Videretur quod statim suppleat.

Insuper, in errore communi usus jurisdictionis semper validus erit, quia Ecclesia supplet ob bonum fidelium. Sed non ideo statim licite se geret confessarius, cum Ecclesia quodammodo contra suam voluntatem cogatur ad supplendum. Immo Ecclesia stricte prohibet ne quis procedat ad absolutionem, si non antea recepit jurisdictionem: "*Sacerdos, qui sine necessaria jurisdictione præsupserit sacramentales confessiones audire, est ipso facto suspensus a divinis.*" (can. 2366). Mihi videtur sacerdotem, qui illicite errorem communem creaverit, primo valide absolvere, ob bonum commune fidelium, sed post transeuntem illam concessionem jurisdictionis, suspensum manere a divinis.

Quia tamen ad hanc pœnam incurrendam requiritur præsumptuosa voluntas, puto tamen parochos, de quibus sermo est, non debuisse errori occasionem dare, sed propter bonam fidem validitas fuisse illas confessiones atque etiam licitas.

José González Brown.

RUBRICAS

"Con ocasión de la Conferencia eclesiástica, Paulino, joven párroco, consulta a su Vicario Foráneo sobre los siguientes puntos: 1) El titular de su parroquia es S. Bernardo; en cierta ocasión le pidieron para tal día una Misa de aniversario por el padre de un insigne bienhechor, muerto precisamente el 20 de Agosto del año anterior. Siendo doble de I clase tal día, dijo Paulino que la celebraría el día 21. Estando ya para salir a decir la Misa, le rogaron que aplicara por un moribundo; cambió el ornamento negro por el morado y aplicó por el moribundo. No creyó poder celebrar la Misa de aniversario sino hasta el día 25, fiesta de S. Luis Rey de Francia, de rito semidoble. 2) El día 16 de Diciembre del año anterior murió un feligrés y los deudos pidieron a Paulino un novenario de Misas; el día 17 hizo las Exequias, y todos los demás días menos el 21 y el 25, cantó Misa cotidiana de Requie, pues el rito no permitía la rezada, con una sola oración y Secuencia.

Se pregunta: Cuál debió ser la contestación del Vicario Foráneo a Paulino y en qué se fundó para darla así?"

SOLUCION

Para mayor claridad vamos a invertir el orden, proponiendo primero la doctrina general y haciendo luego la aplicación a las consultas de Paulino.

I.—La primera consulta es sobre la Misa de aniversario de un difunto. Como ya se trató en el caso anterior de este punto, omitimos por brevedad exponer las leyes litúrgicas correspondientes y remitimos a nuestros benévolo lectores a "CHRISTUS", mes de Octubre, pág. 895 y sgs.

II.—La segunda consulta es sobre las Misas cotidianas de Requie.

Se entienden por Misas cotidianas las que se celebran en días no privilegiados, sean rezadas, cantadas o solemnes, esto es, tengan o no solemnidad extrínseca. Todas son de rito simple.

Acerca de estas Misas he aquí lo que prescriben las Rúbricas:

"Missæ quotidianæ Defunctorum quæ celebrantur in cantu, permittuntur singulis diebus in quibus non fiat Officium duplex, neque occurrat Dominica, licet, Vigiliis vel Octavis privilegiatis. Missæ vero quotidianæ Defunctorum sine cantu, iis tantum permittuntur diebus in quibus fiat Festum semiduplex, Officium de die infra Octavam communem, de Feria VI Ascensionis, de Feria maiori Adventus, de Sancta Maria in Sabbato, de Festo simplici et de Feria minori per annum: dummodo Octavæ privilegiatæ, Ferie Quatuor Temporum, Feria II Rogationum, Ferie Antiphonarum maiorum a die 17 ad 23 Decembris inclusive, aliqua Vigilia, aut dies Octava simplex non occurrant, nec primo resumenda sit Missa alicuius Dominicæ impeditæ..." (Adiciones y variaciones a las Rubricas del Misal, Tít. III, n. 9.)

Distingue la Rúbrica entre Misas cotidianas rezadas y con canto. Estas últimas pueden celebrarse siempre que el Oficio fuere:

1) de una Fiesta semidoble, fuera de las Octavas de Navidad, Ascensión y Sagrado Corazón;

2) de la Feria VI después de la Octava de la Ascensión;

3) de Feria mayor no privilegiada (por tanto en Adviento, Cuaresma, desde el jueves siguiente al miércoles de Ceniza hasta el sábado de la semana de Pasión, en la Feria II de Rogaciones, menos en las iglesias en que hay una sola Misa, si se hace la Procesión, y en las Ferias de los Cuatro Tiempos de Septiembre);

4) de Vigilia común, fuera de la Vigilia de la Ascensión en las iglesias que tienen una sola Misa, si se hace la Procesión;

5) del día octavo de Octava simple;

6) de Sta. María en Sábado;

7) de Fiesta simple;

8) de Feria menor, menos en la Feria III de Rogaciones en las iglesias que tienen una sola Misa, si hay Procesión.

En estas Misas con canto se dicen tres oraciones, pues son Misas de rito simple, y el celebrante no puede ad libitum añadir otras; se dice también la Secuencia (Adiciones y Variaciones, Tit. III, nn. 10 y 11).

Las Misas cotidianas sin canto están aún restringidas y sólo se permiten:

1) en la Feria VI después de la Octava de la Ascensión, si se reza de ella el Oficio;

2) en Fiestas semidobles, menos en las Octavas privilegiadas, a no ser que en aquéllas hubiera que hacer conmemoración: a) de las Ferias de los Cuatro Tiempos, b) de la Feria II de Rogaciones, c) de las Ferias de Adviento del 17 al 23 de Diciembre inclusive, d) de una Vigilia común, e) del día octavo de Octava simple.

3 en el Oficio de Sta. María en Sábado;

4) en Fiesta simple;

5) en Feria menor, a no ser que en ella se reasuma la Misa de la Dominica anterior impedida, y también en la Feria III de Rogaciones, si hay Procesión, en las iglesias que tienen una sola Misa.

Nada decimos aquí del número de oraciones que se pueden decir en las misas cotidianas sin canto, pues no es punto que considere el caso.

III.—Respuesta del Vicario Foráneo.

1) A la primera consulta.

Por la misma enunciación del caso se ve que la Misa le fué pedida a Paulino antes del día 20. Ahora bien, pudiendo computarse el aniversario o desde el día de la muerte o desde el del entierro, la solución será un poco diversa, según se siga uno u otro modo.

a) Primera hipótesis. — Si se computa el aniversario de la primera manera, como parece lo computaban los deudos del difunto, siendo el día 20 Fiesta del Titular, no pudo en tal día celebrar Paulino la Misa de Aniversario, sino anticiparla para el 19 o trasladarla para el 21; pero en este caso la Misa ya no debía ser rezada sino cantada. Paulino computó también el aniversario de esta manera e hizo bien en trasladar para el día 21 la Misa, pues era el primer día libre; pero parece que él creía que podía ser rezada esta Misa, cosa que es falsa. Parece que los deudos que pidieron a Paulino la Misa no asistieron a ella, pues no se dice en el caso que él los hubiera consultado para cambiar la intención de la Misa. No es de condenar a Paulino en este cambio de intenciones, pues supuso racionalmente que los peticionarios de la Misa de aniversario habrían cedido sus derechos, para que se pudiera aplicar la Misa por el moribundo, cosa mucho más urgente; pero sí hizo mal en haber cambiado el ornamento negro por el morado, pues esto supone que no dijo la Misa del día sino "*pro quacumque necessitate*." Debía haber dicho la Misa del día y aplicarla por el moribundo. Si Paulino pertenecía a la Pía Unión del Tránsito de S. José, podía decir la Misa votiva "*pro morientibus*," pero como privada, y por tanto, el día 21 estaba impedida por la Fiesta doble.

Una vez que Paulino no celebró la Misa de aniversario el día 21, que era el primer día libre, ya no pudo hacer uso de los privilegios concedidos a esta Misa, e hizo bien en esperar hasta el día 25, Fiesta de rito sémidoble, para aplicarla, ya sea rezándola o cantándola.

b) Segunda hipótesis. — Si Paulino hubiera computado el aniversario desde el día del entierro, que se supone fué el 21 de Agosto, aún hay lugar a distinción. Según fuere la costumbre, puede incluirse o no en el cómputo del aniversario del día del entierro (cosa que también vale para el día de la muerte); si la costumbre era que se incluyera tal día, el aniversario recurría precisamente el 21 de Agosto, y como tal día dijo Paulino la Misa por un moribundo, debió esperar hasta el 25 para celebrar de Requie y aplicar por el difunto. Si empero la costumbre era que no se incluyera el día del entierro, entonces el aniversario recurría el día 22 y en tal día debió Paulino cantar o rezar la Misa del aniversario.

2) A la segunda consulta.

Paulino hizo bien en celebrar las Exequias el día 17 de Diciembre, a no ser que en ese día hubiera caído la dominica III de Adviento y no hubiera podido por medio de algún otro sacerdote cumplir con la obligación de la Misa parroquial, pues en este caso debió haberla diferido para el día 18.

Aun cuando no se dice en el caso si los deudos pidieron a Paulino expresamente las Misas de los días 3º y 7º, sin embargo, como tales días quedan comprendidos en el novenario, mejor que cantar la Misa cotidiana debió Paulino haber dicho la Misa correspondiente a ellos. Los días 3º y 7º pudieron ser el 19 o 20 y el 22 o 23, según que se computaran desde la muerte o desde el entierro.

El día 24 de Diciembre es la Vigilia privilegiada de Navidad y no debió Paulino cantar la Misa cotidiana, pues estaba prohibida.

Finalmente, en cuanto al número de las oraciones se equivocó Paulino, pues debió haber dicho tres y no una sola, siendo de rito simple las Misas cotidianas, aunque con canto.

J. Díez.

Casos propuestos para Diciembre

DERECHO CANONICO

Julio, Sacerdote secular, por causa de salud, y con permiso de su Prelado se fué a X, pintoresco balneario; en él se encontró con Rufo, Sacerdote Regular que también había ido a tomar las frescas aguas del balneario. En su conversación sobrevino una disputa, pues Julio creía que con la licencia que traía de su Prelado y con la carta que el mismo Prelado había escrito al de la Diócesis a la cual pertenecía el balneario, no tenía que hacer más; en cambio Rufo le citó casi de memoria —la tenía magnífica— un documento

apostólico del cual dedujo que por encontrarse en el balneario podía el Ordinario del lugar hasta castigarlos con penas canónicas si hacían algo que las ameritase.

SE PREGUNTA: 1º.—Existe alguna legislación canónica especial para los Sacerdotes que por causa de salud, o por vía de descanso se encuentran fuera de su Diócesis?

2º.—¿Qué es lo ordenado y qué lo prohibido?

3º.—*Quid ad Casum?*

M O R A L

Nepotiana, plus sexaginta annos habens, accedit ad Theophilum sacerdotem et interrogat: Pater, nuper audiui, fideles, qui sexagesimum annum expleverunt, ipso facto dispensatos esse a ieiunio eucharistico et proinde posse aliquid per modum potus sumere ante Eucharistiæ receptionem. Equidem id feci sine ulla mora; sed postea novi talem dispensationem petendam esse a sacerdote, qui, omnibus perpensis, indicabit utrum sit concedenda necne. Et tunc, quoniam de hac re sermo mihi est, peto etiam utrum bene procedat medicus qui, statim ac advocatur ad infirmum, cuius morbus non sit omnino levis et præterea per plures dies protrahendus, suadet utilitatem Viatici suscipiendi, ut postea infirmus possit pergere in comunicando etiam non ieiunius.

QUÆRITUR: Quale sit ieiunium eucharisticum?

Quisnam dispenset vel quando non obliget?

Quid ad Casum?

R U B R I C A S

Crisógono celebra el día 3 de Mayo la fiesta del Titular de su iglesia, San Juvenal Obispo y Confesor, y el día 7 de Octubre la del Patrón del pueblo, San Sergio Mártir. Siendo fiesta del Señor el 3 de Mayo, traslada la del Titular para el día siguiente y reza de la Octava hasta el 11 inclusive. La fiesta del Patrón sí la celebra en su día, con la conmemoración del SSmo. Rosario, de S. Marcos, Prefacio común y último Evangelio de S. Juan. Con relación a la Misa del Santo Patrón no sabe qué hacer, pues su Misal no tiene la Misa de este Santo y le estorban los demás compañeros de S. Sergio. Al fin se decide a rezar la Misa del Común de un Mártir, con las oraciones del mismo Común, omitiendo hacer mención de los demás compañeros del Patrón.

SE PREGUNTA: 1) ¿Qué se entiende por Titular y qué por Patrón?

2) ¿Qué rito tienen estas fiestas y cómo hay que regularse en la ocurrencia con otras fiestas de rito más alto?

3) Cuando el Patrón tiene algún compañero ¿qué debe uno hacer con relación a la Misa y oraciones?

4) *Quid ad Casum?*

ACCION CATOLICA

Formación Apostólica

A Cargo del Secretariado Social Mexicano.

NOVIEMBRE

- 1.—*Jaculatoria para todo el mes.* ¡Dáles Señor el descanso eterno y alumbrelles la luz eterna. (Salmo 64).
- 2.—*Evangelio del mes.* La voluntad del PADRE. (S. Juan VI, 37-39).
- 3.—*Virtud que se ha de practicar.* Vencer las dificultades que se presentan en el cumplimiento del deber.
- 4.—*Intención de la Comunión del grupo.* Pedir las últimas gracias para los moribundos.
- 5.—*Intención de la Hora Santa.* Implo-
rar las bendiciones de Dios para los
componentes las nuevas Juntas y Co-
mités.
- 6.—*Sugestión de organización:*
 - 1).—Preparar un pequeño programa de actividades para todo el año.
 - 2).—La CAMPAÑA PRO TESE-
RA: la tésera lo más pronto y
al mejor precio.
 - 3).—Las Comisiones para organizar la Navidad de los pobres.
- 7.—*Sugestión Social:*
 - 1).—Una misa por los socios difuntos.
 - 2).—Visitas a los Grupos vecinos.
- 8.—*Sugestión Religiosa.* Conmemoración de los Fieles difuntos (2 de nov.)
- 2.—*Jaculatoria para todo el mes.* Virgen Santísima de Guadalupe, Reina de México, consérvanos la fe y salva nuestra Patria.
- 3.—*Virtud que se ha de practicar.* La alegría cristiana.
- 4.—*Intención de la Comunión del Grupo.* Agradecer por los que no agradecen.
- 5.—*Intención de la Hora Santa.* (es de desearse que se haga el día 31) Ac-
ción de gracias por los beneficios de todo el año.
- 6.—*Sugestión de organización.* Los cur-
sos de instrucción para los dirigen-
tes.
- 7.—*Sugestiones sociales.*
 - a) posadas cristianas;
 - b) un "Nacimiento" en cada casa cris-
tiana;
 - c) reuniones cristianas de Navidad.
 - d) la canasta para la Navidad de las
familias pobres.
 - e) las felicitaciones cristianas de año
nuevo.
- 8.—*Sugestiones religiosas.*
 - a) la Inmaculada Concepción;
 - b) la Sma. Virgen de Guadalupe;
 - c) la Noche Buena;
 - d) el retiro de fin de año;
 - e) la acción de gracias el 31 de di-
ciembre.

DICIEMBRE

- 1.—*Evangelio del mes.* Gloria y Paz. (S.
Lucas del 1 al 14).

R. Dávila.

La Junta Parroquial

DISTRIBUCION DE CARGOS DENTRO DE LA JUNTA

Dicen los Estatutos:... — Estando formada la Junta Parroquial aná-
logamente a la Diocesana y a la Central, por el Presidente que designa el
Párroco, los presidentes de los cuatro Comités como miembros de derecho

más otras personas que no excedan el número de cuatro, nombradas también por el párroco, se procede a la distribución de los cargos. Arts. 91 y 93).

Cojín de ascuas y abrojos para el Asistente y Presidente de cualquier lugar, dígnese Dios iluminarlos.

Según los Estatutos, la Junta contará con un Presidente, un Secretario, un Tesorero, y si es posible los suplentes de estos cargos, más un número de vocales que no exceda de tres.

El presidente elegirá al secretario y pro-secretario oído el parecer de los demás miembros. Puede el secretario ser escogido fuera de los ocho; en este caso tendrá sólo voto consultivo. (Art. 7).

La experiencia enseña... — Las demás atribuciones están indicadas o se deducen de la naturaleza de la misma Junta; ya con los Estatutos se nombra a los vocales, como personal en disponibilidad. Corresponde a la Junta determinada actividad que mira al bien común de que sale garante la A. C., como la Moral Pública, la Buena Prensa, etc.; lo que es señalado por Civardi como de la "*competencia*" de la misma Junta. Los esquemas de estas labores están plasmados entres nosotros en las Comisiones.

Existen al presente dos Comisiones de índole nacional cuyo influjo llega hasta la parroquia donde halla sus sucursales: la Comisión Central de Instrucción Religiosa y la de Censo y Propaganda. Tenemos dos Diocesanas: la de Piedad y la Escolar, con sus correspondientes parroquiales; y ya que no ha vuelto a ponerse a flote en la práctica la que funcionó en un tiempo, de Conferencistas.

Para dirigir dichas Comisiones la Junta utiliza los servicios de sus ocho de marras, pudiendo, si el caso lo exigiera, ampliar el número, nombrando miembros auxiliares, acogiéndose a la facultad que los Estatutos conceden a la Junta Central. (Art. 64-5).

En este caso superado ya el número que marcan los Estatutos para constituir la Junta, se deduce que los miembros auxiliares sufren una restricción en las franquicias del voto, evitándose así fraudes y trapionadas muy humanos y ante todo, nacionales. No echenios en saco roto la advertencia de Civardi cuando nos indica el inconveniente de nutrir demasiado de personal las sesiones de la Junta.

No faltarán empero... — No faltarán por esas urbes, villorios o rancherías, Asistentes y Presidente, que lo absorban y lo dispongan todo, como que está de moda el fascismo, distribuyendo cargos a discreción y sin ella, atropellando protocolos, lesionando derechos más que sentimientos, trasegando personas cual si fuesen bolas de billar dóciles al enérgico tacazo, esperando de ellas el "*efecto*" matemático, chocando en efecto, pero contra la realidad, nada matemática, que no en los esquinazos de goma de unas suaves barandas.

Cualidades y virtudes... — Si escribió Balmes que cada hombre para cumplir en este mundo una misión aporta por herencia o por donación di-

vina un conjunto de cualidades que con su cultivo personal constituyen su vocación, infantil sería esperar que todos los miembros de la Junta sirvieran para todo.

Un socio maduro, piadoso, apostólico, constante, enérgico, prudente, parece pregonarnos pese a su modestia, la curul nada apetecible de un puesto de responsabilidad, pongamos la presidencia.

El de facilidad en la expresión, expedición en el desarrollo de los temas, constante, discreto (varón por más señas), sería el indicado para depositario de confidencias, consejero o secretario. Raro, más suele aparecer por nuestras sesiones, el varón previsor, industrioso y honrado, máxime si a una mujer nos referimos, psicológica y moralmente superior en la minucia de las cuentas, en el ingenio para acrecentar dentro de lo cristianamente lícito, rehacia y de rotundas negativas cuando de "*echar la casa por la ventana*" se empeñan;... una mente cuasi infantil como si de una sencilla adivinanza se tratara, nos diría, candidato para la tesorería.

No seré quien suscriba la opinión que nos instruye acerca del prurito femenino a escarbar y no para hallar tesoros; pero creo no están lejanos del cierto los que tal nos susurran. De ahí la conveniencia, amén de goce de tiempo y otras menudencias psíquicas, de escoger de entre *ellas* un condidato para la presidencia de la Comisión de Censo y Propaganda.

Pide la Comisión de Instrucción Religiosa una persona, varón de preferencia, ducha en organizar y actuar personalmente en la enseñanza a los socios y al pueblo de las verdades religiosas, mediante, conferencias, lecciones, catequesis, etc.

Si según S. Pablo "*pietas ad omnis utilis*," nadie a más y mejor que la mujer dotada de piedad, representativo por excelencia del "*devoto femenino sexu*," como nos documenta el Oficio Divino. La Comisión de Piedad sacará de entre ellas su candidato.

Puesto de gran entereza, dinamismo, abnegación, pericia, reclama una persona en toda la extensión, la Comisión Escolar. La labor es inaplazable. Acaso un hombre, tal vez una mujer.... "*rogate Dominum mesis*."

El humano sentido práctico, pero más que todo, las luces del Espíritu de Sabiduría inclinarán hacia el justo atisbo en la marcha armónica, en la consecución sincronizada de cargos y sujetos.

Hétenos aquí delante de la ciencia de gobierno, la política, según la primitiva y sana acepción aristotélica, no la del sentido deturpado por los demagogos del malabarismo contemporáneos y nacionales.

Ciencia y experiencia... nutrida lectura de libros (testamentos de la inteligencia), trato prudente para lograr sondeos profundos en el corazón humano, oración, mucha oración, ante todo.... Vaya acierto, vaya escuela para Asistentes y Dirigentes...!

U. C. M.

COMO DEBE FUNCIONAR EL GRUPO DE LA U. C. M. DENTRO DE LA PARROQUIA

CIRCULOS DE ESTUDIO

Es necesario distinguir perfectamente cual es el fin de las juntas propiamente dichas y el fin de Círculos de Estudios, pues en realidad no han faltado pocos lugares en los cuales ha habido cierta confusión entre unos y otros.

Las juntas desde luego no se celebran sino una vez por mes, disfrutando de absoluta libertad cada grupo para elegir el día y la hora más apropiada y adecuada con el fin de obtener mayor número de socios que se interesan por conocer la marcha general del grupo.

Ya se ha dicho y es de todos bien sabido que las juntas tienen como objeto principal rendir los informes generales sobre la marcha interior y exterior del grupo; estos informes serán rendidos tanto por los presidentes de cada grupo como también por cada uno de los colaboradores, que según le presente organización, son los presidentes de cada sección los cuales se esforzarán siempre por estar ligados con el presidente general del grupo para desarrollar una labor efectiva y de perfecta coordinación en todas las actividades encaminadas y ordenadas a la realización de los ideales de la Acción Católica.

Los Círculos de estudios, por el contrario, verifican con mayor frecuencia, al menos una vez por semana, tienen como fin principal la instrucción cuidadosa de cada uno de los miembros del grupo.

NATURALEZA DE ESTOS CIRCULOS

El Círculo de Estudios no debe ser otra cosa que una reunión de amigos que se celebra periódicamente, con el fin exclusivo de estudiar en común, —y mediante la aportación del esfuerzo personal de cada uno de los socios—, los diversos temas o problemas de actualidad, v. g. religiosos, económico-sociales, problemas de trabajo, etc., etc.

Estas reuniones de estudios han de ser como el mejor complemento del trabajo emprendido individualmente sea en la escuela, o en algunos otros cursos regulares de formación, no hay que perder de vista que estos círculos de estudios constituyen el medio más universal y eficaz para una formación sólida encaminada al apostolado.

Lo esencial en estos círculos es: a) el estudio; b) y el trabajo en común.

a) *Estudio*. — Es tan necesario el que al reunirse los socios de la U. C. M. se trabaje y se estudie, que cuando falta alguna de estas dos cosas se puede decir, sin temor de equivocarse, que la vida del grupo ha empezado a fracasar.

La primera vez que se nos llamó a los hombres para alistarse a las filas de la Acción Católica, se les prometió llevarlos a otra esfera distinta de aquella en que antes se encontraban, se les prometió instrucción religiosa, social y moral, una formación social encaminada a hacer más fácilmente llevadero al estado del matrimonio y hasta se les prometió darles normas encaminadas a solucionar los problemas de trabajo. Mas sucede y no pocas veces que al pasar el tiempo nada se ha logrado, poca o casi ninguna instrucción se les ha administrado, y los socios de la U. C. M. desilusionados por el espejismo de las promesas se dispersan y la vida del grupo ha fracasado.

Es necesario por consiguiente el trabajo y antes que todo el estudio metódico y perfectamente preparado.

Cuando se empieza un Círculo de Estudios, sin el tema que se ha de tratar, ya determinado de antemano, y suficientemente preparado y al alcance de todos los oyentes, esa reunión se ve muy pronto embarazada del tedio y el fastidio.

Se ha de procurar, por consiguiente, como base de orden y de método empezar el Círculo de Estudios a una hora exacta y determinada de común acuerdo para tener el mayor número de asistencia, se ha de terminar igualmente después de transcurrida una hora justa, no será conveniente prolongarla más tiempo pues el espacio de una hora bien distribuida bastará para expresar los puntos antes determinados y además por entrar el cansancio de los socios, pues no hay que perder de vista que estas reuniones suelen tener lugar por la noche y después de los trabajos duros del día.

b) *Trabajo Común*. — En las actuales circunstancias o sea en el período de formación en que nos encontramos, pues no estamos ya en el período de perfeccionamiento, como debieran estar los socios de la U. C. M. se ha de contentar la persona que dirige estos Círculos con transmitir las enseñanzas doctrinales solamente, ha de procurar sin embargo que esta enseñanza no sea fastidiosa sino que procurará hacerla amena y alegre por medio de comparaciones y confirmando además estas enseñanzas con ejemplos de la vida práctica de los socios de la U. C. M.

No obstante la falta de formación perfecta en cada uno de los socios del grupo, la persona que dirige estas enseñanzas, no debe perder de vista que un estudio meramente pasivo, suele cansar y hasta fastidiarán, por el contrario, cuando los oyentes toman parte, el Círculo tiene mayor interés. Estos Círculos de Estudios además de ser en común no deberán ser exclusivamente pasivos, sino muy particularmente activos, pues manifiestan la vida y la comprensión de todos los oyentes.

U. F. C. M.

REMEDIO URGENTISIMO

En el corazón y en la mente de todos, buenos y malos, está el problema del momento: Los *NIÑOS*.

En ellos piensan las organizaciones políticas, se ocupan de ellos las organizaciones cívicas; punto principal es de las actividades antirreligiosas de cuantos desean llevar adelante un programa de destrucción y de odio. Y en verdad, todos, reconocen este principio: *lo que es el niño, eso será la Patria de mañana.*

Y ¿nosotros los hijos de la luz?

Es verdad que POCOS de aquellos que tienen la obligación de atender este problema y de encontrar su solución, han emprendido trabajos de conjunto en lo que se refiere a la instrucción de los niños.

Sin embargo, con toda franqueza debemos confesar que el problema de la verdadera educación de los niños se ha visto con angustia y verdadero sufrimiento, se han calculado los desastrosos efectos y se mira con horror el porvenir y para que no nos faltara se ha oído la voz del Sumo Pontífice en su Carta Apostólica llamando la “*atención sobre el necesario, imperioso e imprescindible cuidado de los niños a cuya inocencia se tienden asechanzas;*” pero en la práctica no se ha determinado nada en líneas generales que pudiera ser aprovechado por los Comités Diocesanos y Parroquiales, para mover las conciencias de los fieles.

¡Urge hacer algo! ¡hacer mucho!

Esta es la razón porque creemos que la iniciativa de Guadalajara y más tarde la de Aguascalientes convertidas en realidad por un acuerdo del Comité Central de la U. F. C. M. —ya del conocimiento de los Comités Diocesanos— en el que se les invita a estudiar el problema de la formación apostólica de los niños para defenderlos y hacerlos apóstoles de los otros niños, debe haber sido recibido con entusiasmo.

¿Por qué la U. F. C. M. ha de tomar a su cargo la formación de los niños? ¿no toca este cuidado a la A. C. J. M.?

Para responder a estas preguntas, conviene hacer notar que la U. F. C. M. se encargará de los niños antes de los 10 años y la A. C. J. M. según sus Estatutos (art. 26) tiene a su cargo las Vanguardias que cuida de los niños de los 10 a los 15 años.

No hay ninguna oposición a los trabajos que puedan desarrollar éstas dos organizaciones fundamentales.

Se preguntará ¿por qué las Sras. y Sritas. de la U. F. C. M. se van a encargar de los niños hasta los 10 años? ¿por qué no se da ese encargo a los jóvenes, de la misma manera que se dió a las socias de la J. C. F. M. el cuidado de las niñas en sus Secciones Preparatorias? Hay muchas razones para ello. Una de ellas es que la edad infantil masculina necesita del apoyo y delicadeza del corazón femenino acostumbrado a curar las heridas del pequeño, alentar al que camina bien, a levantar al caído, a apaciguar los ánimos de los valientes en ciernes, a llevar de la mano hasta los más indóviles; este trabajo no podría ser desempeñado en toda su extensión y perfección por los jóvenes que a la falta de experiencia aunarían la falta de la delicadeza que necesitan los niños. Además, y sería otra razón, el corazón formado de la mujer tiene la intuición de ciertos problemas infantiles que son desconocidos para los jóvenes.

Una tercera razón es que estudiado el problema, la Junta Central de la A. C. M. encomendó estas actividades al Comité Central y por medio de él a toda la U. F. C. M.

El programa es práctico y sencillo; los métodos son atrayentes.

Lástima que el poco espacio de que dispongo me impida comentarlo; lo haré en la siguiente oportunidad. Si alguien se interesa por él, haría bien en dirigirse al Comité Central de U. F. C. M. quién tendrá verdadero gusto en remitírselo.

Lo esencial es que ya existe una pauta práctica para los trabajos de formación, defensa y debida asistencia para los niños.

A esa actividad están llamadas las socias de la U. F. C. M.

Por consiguiente el remedio urgentísimo de la defensa y asistencia de la niñez están en las manos y en el corazón de las abnegadas socias de la U. F. C. M. y en la discreción que según la mente de Su Santidad el Papa, deben dar los Asistentes Eclesiásticos.

Tenemos programa práctico, socias entusiastas y Asistentes esforzados ¿qué esperamos para los trabajos de defensa de los niños?

R. Dávila V.

A. C. J. M.

LA FORMACION INTEGRAL Y PROFUNDA DE NUESTROS JOVENES DE ACCION CATOLICA

En forma breve trataremos de exponer las causas de algunos males y los remedios que podemos aplicar, en orden a la formación de un buen Grupo parroquial de la A. C. J. M.

I.—¿Por qué a veces trabajamos por formar un Grupo de la A. C. J. M. y después de algún tiempo, cuando ya esperábamos fruto sufrimos un desengaño?

Este hecho tiene diversas causas: I.—A veces descuidamos dar a los jóvenes una VERDADERA FORMACION ESPIRITUAL. Nos contentamos con invitarlos para que asistan a algunos actos de culto, a que hagan una comunión y basta. II.—No procuramos que tengan un DIRECTOR ESPIRITUAL, siendo Asistentes de ellos, nos contentamos con darles asistencia en los Círculos de Estudio, no les ayudamos individualmente a su formación, y lo que es peor aún, nos limitamos a organizar el Grupo y lo abandonamos a su propia suerte. III.— Si damos algún Círculo de Estudio, frecuentemente no lo preparamos como se debe, improvisamos y así no despertamos interés en los jóvenes, de allí que a poco veamos que van faltando a sus reuniones de estudio hasta quedarnos sin oyentes.

II.—¿Por qué no explicamos con claridad, profundida y sencillez la Doctrina de Jesucristo?

Porque muchos Señores Párrocos y Asistentes, debido al exceso de trabajo en otros ministerios, no tienen tiempo para preparar sus Círculos, o porque carecen de una biblioteca adecuada, o aun teniéndola, no es tan fácil preparar una lección sobre ciertas materias, que contenga todas aquellas ideas y datos que la puedan hacer interesante y agradable.

III.—¿Cómo remediar este mal?

Los Asistentes Centrales y Diocesanos estamos obligados a prestar servicios eficaces a nuestros hermanos, los que se fatigan en otros ministerios, los que carecen de medios, de tiempo y aun a veces de la preparación próxima; debemos prepararles temas un tanto desarrollados; basándonos en planes de estudio bien meditados y proveer a todas las parroquias de ellos, a fin de que facilitemos la obra formativa de los jóvenes.

Si contamos en los Comités diocesanos con jóvenes preparados y con cooperadores, aunque no sean socios, que puedan ir desarrollando una serie de esquemas sobre alguno de los aspectos de la formación integral de nuestros jóvenes, debemos aprovecharnos. Lo importante es que publiquemos material adecuado y que no tenga carácter enciclopédico, desconectado entre sí, que no tenga un nexo, el que debe dar unidad a todas las ciencias en la mente del joven, para que pueda apreciarse el influjo de las verdades cristianas en todas las actividades humanas, o en otras palabras, para que podamos recristianizar la vida paganizada de nuestros jóvenes.

IV.—¿Cuál debe ser el principio fundamental que nos sirva de norma en la formación integral de nuestros jóvenes?

Debemos partir del Precepto que Jesucristo nos señaló como causa inmediata y razón de toda la ley divina, y explicación de su Providencia especial para con la humanidad: AMARAS AL SEÑOR TU DIOS, 1º CON TODO TU CORAZON; 2º CON TODA TU ALMA; 3º CON TODAS TUS FUERZAS, AMARAS A TU PROJIMO, COMO A TI MISMO.

Se ama a Dios cuando se le conoce; de allí que debamos dar una esmerada formación RELIGIOSA. No nos contentaremos con explicar en teoría el catecismo, sino que iremos a la parte práctica, importa sobre manera que se entienda y se viva el ORDEN SOBRENATURAL, la importancia y la manera de vivir la VIDA INTERIOR, los EFECTOS DE LA GRACIA, NUESTRA INCORPORACION AL CUERPO MISTICO DE CRISTO.

Podemos servirnos para esta materia del Silabario del Cristianismo, de Mons. Olgiati.

Sólo cuando nuestros jóvenes aprendan a SOBRENATURALIZAR TODA SU VIDA, lograremos darles en este aspecto de ella una formación profunda y una manera fácil para santificarse.

Deberemos hacerles notar que Dios nos pide honor y culto con nuestras potencias espirituales, con nuestros afectos y con nuestro cuerpo.

Del amor al prójimo se desprende la necesidad de formarlos SOCIALMENTE, ya que no bastará una preparación basada en conocimientos y actos humanos, sino que deben ser elevados todos los servicios que prestemos a nuestro prójimo, a la sociedad y a la Patria a un orden sobrenatural puesto que la sanción en el juicio final será dada con fundamento en el espíritu con que hicimos nuestros actos: *"Tuve hambre y ME DISTEIS DE COMER... ESTABA DESNUDO Y ME VESTISTEIS, etc..."*

Del amor que nos debemos tener a nosotros mismos se desprende la necesidad de nuestra FORMACION MORAL, a fin de que nuestros jóvenes entiendan en qué consiste y cómo se practica benéficamente tal amor, para que no sea desordenado ni engañoso.

Y como por medio de la Iglesia hemos sido incorporados al CUERPO MISTICO DE CRISTO, como aquella ha sido instituida para nosotros y nosotros también le pertenecemos, debemos dar una ESPECIAL FORMACION APOSTOLICA, tanto más cuanto que en la Acción Católica todo debe ordenarse al apostolado seglar. El éxito de este dependerá de la formación y preparación que NOSOTROS MISMO demos a esos futuros apóstoles, como el éxito de un Grupo depende del cuidado que tengamos de él después de haberlo organizado.

De todo esto se desprende que nada hemos hecho cuando organizamos un Grupo; si nos contentamos con visitarlo alguna vez, con ayudarlo económicamente, con asistir en alguna ocasión a las reuniones, con saludar a los jóvenes como se saluda a una persona conocida, no estamos FORMANDO APOSTOLES, y no nos llamará la atención el fracaso si no trabajamos como debemos.

V.—¿Podrá hoy día obtenerse material adecuado para dar esa formación?

Se puede obtener en la Ciudad de México, en resúmenes claros, profundos y sencillos, pidiéndolos al que suscribe: Schultz 97.

José Villalón.

PREDICACION

Domínica vigésima quinta después de Pentecostés

(Evang. según S. Mateo, XIII, 24-30)

EL PECADO, DEVASTADOR DEL REINO DE DIOS EN LA TIERRA

Jesucristo, fuente de luz y de vida, sembró un campo (la Iglesia y la conciencia individual), lo enriqueció de virtudes y lo llenó de bendiciones. Pero el demonio, el *hombre enemigo* vencido en la redención, siempre como león rugiente en busca de presa qué devorar, llegóse al campo por la noche mientras todos dormían, y con astucia refinada arrojó vilmente la zizaña del pecado en las inteligencias y corazones. Cuando las dos semillas nacieron nadie sospechó la maldad cometida, pues la zizaña en sus principios se asemeja mucho al trigo; pero al crecer ambos vióse a aquella dar unos frutos negros que causan vértigos y convulsiones y pueden acabar aún con la vida. Entonces parece que la mala yerba sofoca al trigo, cuando van apareciendo las herejías, los escándalos y todos los vicios que se ven en todas partes tomar incremento. Y admirados los ángeles de ver sentada la maldad al lado de la virtud, los lobos paciende entre los corderos, los malos entre los buenos y tener aquéllos muchas veces la preponderancia sobre éstos, admirados preguntan: Señor: ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Pues cómo es que tienes zizaña? ¿Quieres que la arranquemos? Al impío que te odia, al mal cristiano que te vuelve las espaldas, al soberbio que usurpa tus derechos, Señor, destrúyelos. ¡Oh misterio insondable y terrible, oh planes callados de la justicia de Dios! —No arranquéis ahora esta semilla maldita —dice a sus ministros— pues está unida al trigo: malos y buenos tienen íntimas relaciones y éstos necesitan de aquéllos para ejercitar la virtud. ¿Cómo arrancar la zizaña sin poner en peligro al trigo? Además, en el orden espiritual la zizaña puede convertirse en trigo y viceversa: díganlo una Magdalena, un Zaqueo, un Pablo, un Andrés Corsino. Así pues, esperad a que entrambos crezcan; que a la hora de la siega yo diré a mis segadores: extirpad la zizaña y en haces arrojadla al fuego. Yo soy paciente y tolero los insultos del villano, pues tengo toda la eternidad para vengar la injuria. *Deus non irridetur*. Dejadlo que se sacie, que desoiga los impulsos de mi gracia, que viva feliz en medio de los vicios más repugnantes; cada cosa a su tiempo: sonará al fin mi hora y entonces le diré: ¡Id, maldito, al fuego eterno. —¡Cristiano! ¿Quieres que un día Dios te hable así?"

Esa zizaña a que se refiere el Evangelio es el pecado que, según Sto. Tomás, es un alejarse de Dios para volverse a las criaturas; o bien, es un desorden moral contra la ley divina, que causa tinieblas y confusión en el espíritu; es una serpiente asquerosa que nos incita a desobedecer a Dios y a decirle como Lucifer: *Non serviam*; es un camino árido y triste que conduce a la perdición. ¡Oh espantoso pecado! Tú eres el autor de los sufrimientos del Hijo de Dios; y no es posible hablar de tí sin acordarse del Getsemaní, del Pretorio y del Calvario. Darte cabida en el corazón es vender el alma al demonio, es destruir los planes misericordiosos que Dios tiene sobre nosotros, es despreciar y hacer inútiles su Sangre y su muerte, es cometer una ingratitud contra aquél que no merece tal pago; por lo que el Señor puede justamente quejarse de los pecadores: "*Hijos crié y ennoblecí y ellos me despreciaron.*" (Is. I, 2) Echa una ojeada a toda tu vida; mira cuántos beneficios has recibido y aun esperas recibir de las manos de Dios. ¿Y así le pagas, ingrato? Con razón Él se queja por boca de Jeremías, diciendo: *¡Cielos, asombraos! "Dos males hizo mi pueblo: me abandonó a mí, fuente de agua viva, y fabricóse cisternas, aljibes rotos que no pudieron contener las aguas."* (II, 13). Todas las criaturas están sometidas a su Creador y en admirable concierto cantan la gloria de Dios, como dice el Rey Profeta. Sólo el hombre, que debía ser el más agradecido, es el único que desprecia sus sabias leyes.

¿Os acordáis, cristianos, de aquel triste día en que fuisteis perjudicial zizaña con vuestros graves escándalos, con vuestras venganzas inhumanas, con vuestras calumnias tan sin piedad? *Es el hombre enemigo quien ha hecho todo esto* por su odio contra Dios y por su envidia contra el hombre, a quien ve destinado a ocupar los puestos de gloria que él perdió. Mas Dios nos invita y ayuda al arrepentimiento sincero y quiere que de zizaña, nos hagamos trigo provechoso; de lobos, corderos, según aquello de San Pablo: "*Esta es la voluntad de Dios: que os santificuéis.*" (I Thes. IV, 3). No desoigáis la voz de la gracia en la conciencia, no la hagáis ineficaz, no cometáis la acción diabólica de sembrar la zizaña en los corazones, mucho menos en los de los niños, con vuestro mal ejemplo. Extirpad los vicios propios y estad vigilantes para que jamás el demonio vuelva a sembrar en vosotros la zizaña. Los medios que deberéis emplear son: vigilancia, oración y huir las ocasiones de pecado. ¡Cuántos lloran su inocencia perdida por no haber adoptado estos medios que el Evangelio de hoy nos ofrece! Y nadie diga: hasta aquí llegaré solamente; no cometeré otro pecado más que éste. Porque astuto es el común enemigo para alhagar nuestras malas inclinaciones y perdernos.

Domínica vigésima sexta después de Pentecostés

(Evang. según San Mateo, XIII, 31-35)

SOBRE LA NECESIDAD DE OIR LA PALABRA DE DIOS

El reino de los cielos, o sea, la palabra de Cristo sembrada en el campo del mundo, es comparable a una semilla de mostaza al principio insigni-

ficante, pero que después toma proporciones extraordinarias. ¿Qué cosa es para nosotros esta palabra de Dios? Es la vida del alma por la que somos semejantes a Dios, espíritu puro; y la palabra de Dios la alimenta, la vigoriza, la rejuvenece, la impele a ir en busca de la suprema Verdad para cuyo fin fué creada. En muchas ocasiones, cuando los hombres se concentran en sí mismos y piensan en su suerte ultraterrena, al preguntarse: ¿de dónde vengo? ¿a dónde voy? ¿por dónde camino?, sólo la palabra de Dios les puede dar satisfactoria respuesta. De ahí la necesidad de escuchar esta divina palabra que se halla en la ley natural escrita en la conciencia de cada hombre: *“Apártate del mal y haz el bien,”* y en la Sagrada Escritura explicada por el magisterio infalible de la Iglesia Católica. Y así *todo escriba* (y lo mismo hemos de decir de todo cristiano) *instruido en* (la doctrina de) *el reino de los cielos, es semejante a un padre de familias que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas antiguas* (Mat. XIII, 52). Es decir: del tesoro de su doctrina referente a este reino, saca normas para su conducta, según las diversas circunstancias, logrando llevar una vida rica en ejemplos de virtud. Si sufre, si ríe, si empobrece, si enriquece, la palabra de Dios es su tesoro y su sostén.

¡Hombres que váis peregrinando en pos de un lenitivo que calme vuestro hastío, vuestros dolores! ¿Por dónde váis? ¿Queréis hallar ese lenitivo en las criaturas? Mas yo os aseguro que no lo encontraréis fuera de Dios, único que puede serenar vuestro sufrimiento y dar a vuestros corazones paz, esperanza en su bondad y amor; porque sólo El tiene palabras de vida eterna. Y sin embargo, ¿quiénes se preocupan por conocer y meditar a fondo esta divina palabra? Muy pocos; por eso ella, en sí siempre fecunda y activa, ya no produce los frutos de santidad de otros tiempos; ya nada tiene qué hacer en las almas, porque no es escuchada. Y de aquí proviene que, cuando los enemigos de nuestra verdadera Religión trabajan por engrandecer sus filas, encuentran cosecha abundante entre estos cristianos de nombre que se venden a ellos incondicionalmente, porque les falta el convencimiento de la Religión santa que abandonan, pues nunca gustaron de oír la palabra de Dios. Siempre atentos únicamente a sus intereses materiales, arrojaron a los cerdos las margaritas y vendieron su herencia por un plato de lentejas. Causa espanto y desaliento ver que la mayoría de las gentes manifiesta hoy grande indolencia para oír esta palabra de Dios, que es la que las ha de salvar, y llevan una vida muelle, frívola, liviana, no distinguiendo entre el Creador y la criatura. Paganas son y no cristianas, porque más imitan la conducta de aquellos, que la de los primitivos cristianos, de los cuales pudo decir Tertuliano: *“Con más facilidad da un cristiano la vida por su fé, que un gentil, por todos los dioses, un pedazo de su capa.”* Pero lo que más espanta es ver que los más encarnizados enemigos de esta divina palabra son generalmente aquellos que nunca la han conocido, porque nunca se tomaron el trabajo de meditarla a fondo; de manera que combaten lo que no conocen y niegan lo que no entienden.

¿Queréis volver vosotros al fervor del cristianismo y conseguir vuestra salvación? Sed solícitos en oír la palabra de Dios y dóciles a ella; pues Cristo Jesús lo ha dicho: *Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios*

y la practican. Si esa palabra fuera una farsa, una impostura, bien haríais en despreciarlo; pero si no le falta sinceridad, ni ciencia, ni autoridad por ser Dios quien habla y quien revela, ¿por qué desoirla? *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* (Io. VIII 46) Sobre todo hoy, cuando todas las gentes se muestran ávidas de ciencia para vivir con honra entre la culta sociedad; en estos tiempos en que los inventos se multiplican, se profundizan las ciencias inferiores y en las espirituales yerran los hombres y las desvirtúan porque ignoran o aplican mal sus principios básicos, produciéndose así gran trastorno de ideas; si el católico no está bien cimentado en su Religión por medio de un estudio concienzudo de ella, nada vale ese hombre desde el punto de vista religioso y lleva gran peligro de ser arrebatado por las corrientes turbias del error, si Dios no resucita en él su divina palabra.

¡Oh, Señor! *¿A dónde hemos de ir, si sólo Tú tienes palabras de vida eterna?* Nos hacen temblar vuestras palabras: *El que es de Dios, oye la palabra de Dios. Por eso vosotros no la oís, porque no soís de Dios.* Verdad terrible que nosotros procuraremos que no nos sea aplicada; sino que con nuestra solicitud en oír vuestra voz, esperamos ser del número de aquellos de quienes dijisteis: *El que me ama guardará mi palabra; y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos mansión en él* (Io. XIV 23).

Domínica vigésima séptima después de Pentecostés

(Evang. según S. Mateo, XXIV, 15-35)

DEL FIN DEL MUNDO Y DEL JUICIO FINAL

Jesús predice la terrible destrucción de Jerusalén acaecida pocos años después de su muerte: *No pasará esta generación sin que todo esto suceda;* y aduce el testimonio del profeta Daniel para indicar los acontecimientos que deberán preceder a la ruina de la ciudad, esto es: *la abominación de la desolación en el lugar santo.* Pero antes y después de esta predicción anuncia Jesús el fin del mundo, de que la ruina de Sión fué figura, y el cual será terrible como si Dios quisiera, por medio del sufrimiento de los hombres en aquellos días, limpiar la tierra del sinúmero de maldades en ella cometidas. A esto deberá preceder la conversión de los judíos a la verdadera fe (Rom. XI, 25) y la venida del Anticristo (II Thess. II). Se levantará un pueblo contra otro y un reino peleará contra otro reino y habrá pestes, hambres, terremotos; abundará la iniquidad y, por lo tanto, se enfriará en muchos la caridad; aparecerán falsos cristos y muchos pseudo-profetas que, con sus falsos milagros y prodigios, harán defeccionar a muchos en su fé; si fuera posible, aún a los elegidos. Por lo cual si alguno entonces os dijere: Venid, aquí está el Cristo, o ahí, no vayáis; además, el Evangelio será predicado en todo el orbe y entonces vendrá el fin: el sol se oscurecerá, la luna no nos iluminará, los astros del cielo (los aerolitos, bólidos, etc.) caerán y las virtudes de los cielos (o sean las fuerzas que mantienen el equilibrio de los astros), se conmoverán. Y entonces aparecerá en el cielo

la señal del Hijo del hombre (la cruz en que nos redimió), y llorarán de espanto todos los pueblos de la tierra, y verán venir al Hijo del hombre con la rapidez del relámpago sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. Y El enviará a sus ángeles, quienes al sonido de los clarines reunirán a los elegidos de los cuatro puntos del globo, desde una extremidad hasta otra del cielo; y éstos se congregarán con el ansia del desterrado al volver a su patria (Intr.), o como se reúnen las águilas en derredor de su presa. (Évang.)

En esta última semana del ciclo litúrgico la santa Iglesia pone a nuestra consideración este Évangelio, para que recordemos el fin de nuestra vida y de todo el mundo; a fin de que, con el recuerdo espantoso de este terrible día y de la incertidumbre y vanidad de lo presente, evitemos el pecado según aquello del Ecli.: *Acuérdate de tus postrimerías y nunca pecarás* (VII, 40), y llevemos una vida tan cristiana, que en aquél día en que todos resucitaremos con nuestros propios cuerpos, podamos contarnos entre los elegidos.

Tendrá que suceder la destrucción del actual estado del mundo por el natural y constante enfriamiento de la tierra, a causa de la disminución de irradiación solar; si es que Dios no determina esta destrucción por otro medio, v. gr. la conflagración. Pero antes vendrá ese juicio universal que por temible negaron en la antigüedad los Gnósticos y los Cátaros, los Albigenses en la edad media, y hoy los Racionalistas y toda esa turba de incrédulos que no quieren comprender cómo Dios castigue un día sus culpas. La Iglesia Católica, empero, propone a sus hijos esta verdad como dogma de fe expresa claramente en la Escritura, y nos recuerda aquellas palabras de Cristo: *Vigilad, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor* (Math. XXI, v. 42). Entonces, cuando El venga, con una sola mirada examinará toda vuestra vida. *Feliz el siervo aquel a quien el Señor encontrare vigilante. En verdad os digo que le encomendará el gobierno de toda su hacienda* (Idem. 46-47). Pero si no encuentra otra cosa que pecados, obras vacías de mérito, juventud loca, virilidad ocupada en lo material puramente, vejez en los malos hábitos, ansias de fausto, de desenfreno, de gloria mundana ¡oh! entonces oiréis la sentencia del Juez de vivos y muertos, contra la cual no se da apelación: *Discedite: Apártate de mí...* —*Quid sum, miser, tum dicturus?* ¿Qué he de decir entonces yo, miserable? ¿A quién me he de acoger cuando apenas el justo se creará seguro? (Sequent.) ¡Esperad, Señor, que me enmendaré! —Ya no es tiempo... apártate... al fuego eterno...

¡Oh, si al menos en este tiempo que os queda de vida conociérais lo que puede traeros la felicidad! Cuando veáis pasas veloces las horas de fiesta que os fueron tan agradables, cuando veáis declinar el día, acercarse el invierno crudo y caer las hojas de los árboles mustios; cuando veáis marchitarse las flores de los campos o fenecer a vuestros parientes y amigos; recordad entonces que vosotros también un día, como ellos, tendréis que rendir vuestro tributo a la muerte, porque todos somos como arroyos que vamos caminando hacia el océano que es Dios. Y entonces, primero

en particular y después en unión de todos los hombres, seréis juzgados minuciosamente. — *Recordare, Iesu pie, quod sum causa... Inter oves locum præsta...* (Sequent).

Domínica Primera de Adviento

(Evang. según S. Lucas, XXI, 25-33)

SOBRE EL FIN DEL HOMBRE

Hoy que hemos llegado a las puertas de un nuevo año litúrgico, la Santa Iglesia como madre solícita vuelve a hacer incapié en el último **avvenimiento** del divino Juez, quien ya se acerca y nos llama: "*Ecce sto ad ostium et pulso*" (Apoc. III, 20). Y esto lo hace con el fin de que consagremos a Dios desde las primicias de este año eclesiástico, como para ofrecerle un sacrificio matutino, y para que sus hijos, comprendamos mejor el verdadero sentido de la vida, esto es: que nuestro fin no está en las criaturas, sino en Dios; pues el hombre tiende por su misma naturaleza a la perfecta felicidad, y las criaturas, como transitorias que son, no lo pueden saciar plenamente. (Vamos a desarrollar este pensamiento fundamental de la vida cristiana; mas, si al predicador le parece, puede escoger como tema de su homilía el Juicio final o el fin del mundo, y tomar para esto algunos conceptos de los que dejamos apuntados en la dominica próxima pasada.)

Hace unos cuantos lustros que nosotros no existíamos: pertenecíamos al mundo de los posibles sin la facultad de salir de él por nuestras propias fuerzas, que eran nulas. Cuando he aquí que Dios, amándonos desde la eternidad y contemplándonos en aquel mísero estado, compadecido nos sacó de la nada valiéndose de un cúmulo de circunstancias al parecer ocasionales, pero previstas y enlazadas por El para bien nuestro. En tanto que dejaba en la nada a muchos seres que hubieran podido darle grande gloria y que, sin embargo, nunca existirán, a nosotros nos creó criaturas racionales, es decir, capaces de conocerlo, de amarlo y de gozarlo sin fin; superiores a los demás seres y sólo un poco inferiores a los ángeles, coronándonos de gloria y de honor: "*Fecisti eum paulo minus ab angelis, gloria et honore coronasti eum*" (Ps. VIII, 6). Mas no nos creó para abandonarnos al acaso, como quien lanza al viento una piedra o un globo sin rumbo fijo; sino que nos señaló un fin determinado. ¿Acaso será éste el pleno, ciego y desmedido goce de las criaturas? No. Ellas, como transitorias y materiales, le parecieron muy bajas y degradantes para tí, sér inmortal; y así este goce lo reservó para las bestias. Para su criatura privilegiada se constituyó El mismo su felicidad y su corona, poniendo a los pies de ella todo lo creado, a fin de que de ello se sirva para alcanzar su destino, es decir, de una manera racional. Por eso notas que cuanto más te entregas a las criaturas, ellas más te fastidian, te causan náusea y desasosiego; es que perviertes el orden: no fuiste hecho para ellas, sino ellas para tí. ¿O no es cierto que cuando serviste al mundo y a la carne como vil es-

clavo, te pagaron como ellos saben: con desprecios, burlas, enfermedades y exigencias tiránicas? Díme si alguna vez una de esas criaturas te llegó saciar de manera que jamás desearas mayor felicidad... Esa desilusión y ese fastidio que causan ya los experimentó San Agustín cuando iba en pos de ellas, por eso pudo decir: ¡Señor! nos hiciste para tí, y nuestro corazón andará inquieto mientras no descansen en Tí.

De todo esto debes sacar una conclusión: puesto que Dios es tu fin y puesto que *"ya es hora de que te levantes del sueño, rechazando las obras de las tinieblas"* (Epist.), sube, criatura inmortal, hasta Dios. Mira que ya viene el Esposo, como nos lo recuerda este tiempo de Adviento; sal a recibirlo: *"Ecce sponsus venit; exite obviam ei"* (Mat. XXV, 6). Para ir a El tienes los medios necesarios: su voz divina natural y positiva, que constituye tu norma y tu camino; la voz interior de la conciencia, que aprueba tus buenas acciones y reprende las malas; la Iglesia Católica, que constituye tu guía; el tiempo muy breve, pero muy precioso, y las penas de esta vida con que has de comprar el cielo; por fin, los Sacramentos y ciertos acontecimientos que te impresionan profundamente, que son tu fortaleza y que te despiertan en tus letargos.

Hoy que la Iglesia nos recuerda en este ciclo el advenimiento del Mesías Salvador y que nos invita a prepararnos para recibirlo, resolvamos seguirlo de una vez para siempre; si ya no por El únicamente, al menos también porque de El esperamos el premio eterno. Ya se acerca su venida: esperémosla con el ansia con que suspiraban por ella los Patriarcas y Profetas. *"No andemos tras las glotonerías y embriagueces, no en sensualidades e impurezas, no en contenciones ni envidias; sino revestidos (del espíritu) de Nuestro Señor Jesucristo (Epist.) Regem venturum Dominum, venite adoremus."* (Invit.) Mas antes de recibirlo como Niño, conviene que lo consideremos en la majestad de su gloria como justo Remunerador; para que purificadas nuestras almas con el santo temor del último día, nos preparemos mejor a celebrar su venida pacífica; *"porque todos los que te esperan no quedarán confundidos"* por eso *"yo elevé a Tí mi alma; Dios mío, en Tí confío; no quede yo avergonzado."* (Intr.)

Salvador de la Vega, S. S. J.

Adela Sanabria

Donceles 99

Despacho 118

Tel. Eric. 2-89-27

MEXICO, D F

Tengo el gusto de ofrecer a Ud. Otra nueva partida de Breviarios de la edición de 1937 a precios muy reducidos. Así como un surtido de Manteles de puro lino, Corporales, Amitos, Purificadores, Mantejos, Cortes de Alba y de Cotas de encaje, muy bonitos dibujos desde \$ 18.00.

Pida Ud. datos.

Libros recibidos últimamente:

Puntos de Catecismo en 3 tomos por R. Vilariño, S. J.

CATEQUESIS

Pláticas para la Primera Comunión

TERCERA. — EL GRAN DÍA. — (*Antes de Comulgar*)

Jesucristo resucita y aparece en medio de sus Apóstoles: “*La paz, —les dice— sea con vosotros, Yo soy, no temáis.*”

Pero ellos atónitos, creen ver un espíritu. Y les dijo: “*Mirad mis manos y mis pies; yo mismo soy: palpad y considerad que un espíritu no tiene huesos y carne como vosotros véis que yo tengo.*”

Pidió algo que comer y habiendo comido con ellos, díjoles por segunda vez: “*La paz sea con vosotros. Como mi Padre me ha enviado, así yo os envío.*” Después de esto, echó sobre ellos el aliento y añadió: “*Recibid el Espíritu Santo; quedan perdonados los pecados de aquellos a quienes los perdonáreis, y retenidos a quienes los retuviéreis.*”

Esta aparición del divino Redentor, amados niños, es figura de la sagrada Comunión, de esta primera Comunión que estáis por recibir dentro de breves instantes.

Los Apóstoles se encontraban retirados del bullicio de la Ciudad, temerosos de que los enemigos que habían dado muerte al Maestro, buscaran ahora a los discípulos para hacerlos víctimas de su odio. Ellos tristes por la muerte de Jesús y llenos de temor, sin embargo se consolaban con la esperanza de que se cumpliera lo que el Maestro les había predicho: que el tercer día resucitaría. Siendo así, ¡oh con cuánta alegría volverían a ver al Señor!

El niño cristiano para comulgar digna y provechosamente debe hacer lo que los discípulos de Cristo; éstos se encontraban todos juntos, ocultos de los malos, de los que habían dado muerte al Maestro. Vosotros niños cuidad de evitar las compañías de niños malos, de los que pecando dan muerte a Cristo, de esos compañeros que dicen o hacen cosas indecentes, de los que hablan feo. En cambio sean vuestras compañías niños que aman a Jesús, niños buenos, de lo contrario, los malos con su ejemplo os arrastrarán al pecado, con lo que darán muerte a vuestra alma; ya sabéis que el pecado mortal así se llama porque dá muerte al alma. ¡Temed los compañeros viciosos, buscad verdaderos amigos que con la palabra y con el ejemplo os hagan vivir en piedad y virtuosamente!

La esperanza de ver nuevamente al Redentor sostenía el ánimo triste de los Apóstoles. Vosotros no esperáis ver al Señor, pues con los ojos de la fé, lo véis bajo las especies eucarísticas; lo véis y lo recibís real y verdaderamente: al comulgar recibís el pan que no es pan, sino todo Jesucristo, conforme a sus palabras: "*Tomad y comed, este es mi cuerpo.*" "*Tomad y bebed esta es mi sangre,*" Gozáis de la vista del Señor, mejor aún, vivís la vida del Señor, según nos dice San Pablo: "*Cristo vive en mí.*"

También habla Jesús al niño que comulga, como a sus Apóstoles. *No temáis*, les decía; a vosotros os dice también: *no temáis*, hijos míos, no temáis sino el pecado; observad mis mandamientos, para ello tened confianza en Mí; acordaos que sin Mí nada podéis hacer.

Las llagas sacratísimas que Jesús mostró a sus discípulos fueron las señales de su pasión y muerte que sufrió por amor a los hombres. A vosotros, niños, os enseña su infinito amor aplicando a vuestras almas sus méritos adquiridos mediante tanto sufrimiento; esos méritos por los cuales podemos lograr nuestra salvación, llegar al cielo.

Jesús confiere a sus Apóstoles la potestad de perdonar los pecados. En la sagrada Comunión os perdona los pecados veniales y limpia vuestra alma de toda reliquia, o restos, de pecados; la embellece de tal manera que la hace objeto del amor infinito de Dios.

Jesús da la paz a sus discípulos. Los niños que reciben la sagrada Comunión también gozan de mucha paz y tranquilidad de alma; pues saben que están con Jesús y Jesús con ellos; que con Jesús nada verdaderamente malo les puede pasar. Es tanta la alegría de que el Señor inunda vuestras almas, que bien podéis exclamar: "*el día de Comunión es día de cielo.*"

Jesús vendrá a vosotros muy contento si, como os decía, os alejáis de hacer el mal y practicáis el bien; si hacéis la voluntad de Dios cumpliendo con su santa ley y contrariáis vuestras malas inclinaciones; si así os portáis tenedlo por cierto Cristo estará siempre con vosotros, sacramentalmente cuando comulgéis, por su santa gracia constantemente. Los discípulos se encontraban en una habitación cuyas puertas se hallaban bien cerradas. Así deben estar las puertas de vuestro corazón, cerradas al pecado, a las malas inclinaciones. La mala inclinación os hace ser desobedientes, soberbios, vengativos, perezosos, impuros. Abrid vuestro corazón para que entre Jesús y entonces os sentiréis inclinados al bien, el corazón del niño que palpita junto al Corazón de Cristo, se hace humilde, diligente, caritativo y, sobre todo, muy puro. El niño lejos de Jesús fácilmente cae en el vicio; en cambio, con Jesús, cuán fácilmente vence y ama y practica la virtud.

Los Apóstoles al mirar a Jesús entre ellos, se llenaron de alegría, olvidaron que habían abandonado a su Maestro, que lo habían negado, que habían pecado! Así vosotros, amadísimos niños, hoy que recibís por vez primera a Jesús en la Comunión, siempre que en adelante le recibáis, ¡oh cuánta alegría experimentaréis en vuestra alma!

He aquí cómo en la Comunión encontráis la paz, perdón, gracia para ser buenos y dulce alegría: sí, niños, vuestro amigo, vuestro hermano, vues-

tro Redentor ya viene a vosotros, en recibíéndolo, escuchad su voz que, como a los Apóstoles, os dice allá en lo íntimo de vuestras almas: "*La paz sea con vosotros.*"

Comulgad, niños, digna y frecuentemente; cada vez que comulgáis, Jesús vendrá a colmaros de bienestar y de dicha.

Vosotros, padres, si de verdad amáis a vuestros hijos, no les impidáis, sino por lo contrario procurad que gocen esta dicha; cuidadlos a fin de que Cristo que hoy toma posesión de sus tiernos corazones, viva siempre en ellos, así ellos, un día formarán la corona de gloria que espera en el cielo a los padres que supieron cumplir con la divina misión que Dios les encomendara sobre la tierra.

Para vosotros también, no sólo para estos niños, Jesucristo ha venido a visitarnos en la comunión; mas tal vez no os ha comunicado la paz y la alegría. ¿Sabéis por qué? Recoged más a lo interior los afectos de vuestro corazón; despertad en él la fé y la devoción; no busquéis en las cosas ilícitas la dicha, y Dios os comunicará de nuevo la paz y el gozo; paz y gozo que os acompañará en todos los días aquí sobre la tierra hasta oír la dulce voz del Salvador: "*ven, siervo bueno y fiel penetra en el gozo eterno, participa de la dicha sin fin de tu Señor y de tu Dios.*"

Rafael Plancarte Ygartúa.

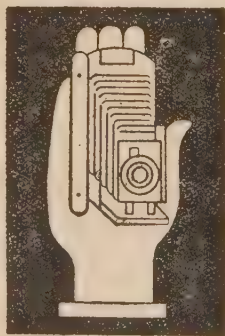


foto Mantel

Sucr. Rudolf Rudiger

**Cámaras
Revelado
Impresiones**

Ven. Carranza 11
México, D. F.
Apdo. 1459

Vidrieras Artísticas

para Iglesia

Vidrios de todas Clases

Pídanos precios
y presupuestos

Felipe Pardinas

Tabasco 151

Mex L 89-32 México, D F

Las Escuelas de verano en California

Aunque las diócesis de los Estados Unidos cuentan con numerosos y magníficos establecimientos católicos de enseñanza, todavía tienen que afrontar constantemente un interesante problema: el de los niños católicos inscristos en las escuelas públicas. Para éstos hay que disponer esmeradamente un especial sistema de instrucción y educación religiosa, que suplante la atmósfera fría de los institutos oficiales. Papel que con toda formalidad está encomendado a la Confraternidad de la Doctrina Cristiana, cuya directiva es en todo rigor un formal dicasterio de la Curia Diocesana.

Dejando a un lado la labor catequística que se desarrolla durante el año, ya en escuelas dominicales, ya en estudio durante los días de trabajo, queremos tan sólo presentar a nuestros lectores el efectivo sistema de Escuelas Religiosas de Verano, tal como las hemos estudiado en las Arquidiócesis de Los Angeles, California.

Esta Arquidiócesis desde luego tiene el honor de haber sido la primera en incorporar el sistema de Clases de Verano en su ordinario programa de instrucción religiosa. Las "*Escuelas Diarias de Religión durante las Vacaciones*" (*the Daily Religious Vacation School*) ya no son un simple ensayo. Son una firme institución que, trascendiendo de la Arquidiócesis ha sido llevada a muchas ciudades grandes y pequeñas de la Unión Americana con positivos resultados. Su objeto es aprovechar las vacaciones de las escuelas públicas para traer a los niños que ahí cursaron el año escolar, a una escuela catequística diaria, de tres horas de trabajo cotidiano, durante cuatro o más semanas, cultivo intensivo que repara gloriosamente todas las deficiencias religioso-escolares del año entero.

El primer atractivo para los párrocos consiste en que no se sienten embarcados en una obra de iniciativa privada ni local, ni abandonados a su particular celo o destreza; sino que son movidos por la palanca central de la Diócesis, en medio de un plan maduramente pensado y sostenido, que cubre uniformemente todas las parroquias. Y aun dado el caso de que el párroco, debido a otras ocupaciones, trate de relegar a segundo término las Clases de Verano, siente oportunamente el firme y cortés aliciente de la Directiva de la Confraternidad de la Doctrina, en la que se trasluce la persona misma del Prelado respaldando y subrayando la importancia y gravedad que el asunto se merece.

El párroco recibe el primer toque de atención sobre las Escuelas de Verano con CUATRO MESES de anticipación. Este toque consiste en una carta circular, emanada de la Oficina Diocesana, en la que se sacude al párroco con estas preguntas *ex abrupto*: “¿Está usted ya planeando su ESCUELA DIARIA DE VACACIONES? ¿Tiene usted algunas ideas especiales en favor de los alumnos de escuelas superiores? ¿Quién va a dirigir su Escuela de Verano? ¿En qué forma quiere usted que esta Oficina Diocesana para la Escuela de Verano, lo ayude a usted?”

Y como la famosa *Chancery Office* lleva exacta cuenta de sus cuestionarios, y del caso que se les hace, de ahí es que éstos se escapan de ir a dar prematuramente al cesto.

Dos meses después de este toque de tentación, y dos antes de las Escuelas de Verano, un nuevo “*alerta*” se da a los párrocos, en la forma más efectiva. La misma Curia Diocesana cita a unas juntas que se celebran simultáneamente en todas las Vicarías Foráneas de la Arquidiócesis. Cada una de estas juntas es conducida por el respectivo Vicario Foráneo, que viene ya bien estudiado de la cuestión. Asisten los párrocos acompañados de sus religiosas de enseñanza, de sus catequistas y demás representaciones parroquiales que tengan algo que ver con las Escuelas de Verano. Ahí a todo mundo se le entrega su cartilla sobre las Clases de Verano. A cada Vicaría viene algún líder de la Capital de la Diócesis, y se escuchan reportes de dos minutos, de cada párroco, sobre lo que hizo el pasado año, y lo que piensa hacer el presente. Esta junta se lleva sus cuatro horas: preparación indispensable de ideas y de alientos. El párroco pasa los siguientes días y noches repasando cuidadosamente su cartilla, para dar los mejores retoques a su próxima escuela.

La dicha cartilla o manual, que el año pasado venía en mimeógrafo, y hoy ya vino impresa, dice y sugiere, entre otras cosas, las siguientes:

“ORGANIZACION GENERAL. — TIEMPO Y LUGAR. — TIEMPO: Señale usted exactamente el día de empezar y el de acabar. Lo usual es abrir el lunes siguiente al cierre de las escuelas públicas. — LUGAR. Su Salón de Juntas, el atrio de su iglesia si tiene sombra, o EN ULTIMO CASO, la iglesia misma.

PROFESORES. — Asegure usted el servicio de religiosas de enseñanza, a ser posible. En muchos casos se necesitan otros profesores seculares para que ayuden a las religiosas. Arregle con tiempo el profesorado, para que puedan los profesores prepararse también.

TRANSPORTES. — Es necesario asegurar bien el transporte de las religiosas y de las profesoras de sus casas a la escuela.

PUBLICIDAD. — Esta debe comenzar por lo menos un mes antes de abrir la escuela, para levantar el entusiasmo de parte de los niños. Los medios usuales sean: Anuncios desde el púlpito, semana por semana, distribución de carteles, noticias en los periódicos locales. Y el más efectivo para despertar interés, VISITAS PERSONALES A LAS CASAS. Déjese en la casa que se visita una tarjeta con el día y las horas de la escuela. Tómense

se los nombres de los que prometen ir, y sígaseles visitando si fallan. Obsérvense sus problemas religiosos."

En la pequeña parroquia de campo en que vivimos, quisimos enfocar el trabajo de verano sobre un grupo especial de niños que por esto o por lo otro, nunca se acercaban a la iglesia. Limitamos nuestras inscripciones a cincuenta alumnos, rehusándolas de propósito a los niños ya asiduos al catecismo. Estos nuevos catecúmenos en su mayor parte viven en lejanas casas de campo, aisladas y escondidas entre bosques, y en este caso el problema del transporte de estos niños tomaba capital importancia. Niños entre doce y catorce años, que no sabían ni quién ha creado el mundo, y a quienes hubo de mandárseles automóvil diario para que los recogiera de sus casas. Afortunadamente ellos y sus padres correspondieron al interés, y hubo de aumentar las inscripciones hasta sesenta y tres, en vez de las cincuenta propuestas: ¡Verdadera "*realada*" de ovejuelas selváticas!

Para profesoras escogimos las renombradas religiosas de Notre Dame, cuyo más cercano convento está a media hora de rápido automóvil. Para conseguir las haciéndolas venir diariamente, hubo que aprovechar los servicios de la Oficina Central Diocesana, que se carteó con la Casa Madre, etc.

Para la marcha diaria de la Escuela de Verano la Superioridad Diocesana provee la serie de bien meditados planes diarios, para cada grado. Los grados corresponden con los de la escuela pública. La mente es que año por año, los niños vayan siguiendo su curso religioso en verano, al paso que siguen su instrucción profana en la escuela. Nosotros este año distribuimos a nuestros alumnos nada más en dos grados, que fueron el Segundo Grado (Preparación para la Primera Comunión) y el Cuarto Grado (Estudio especial de los Mandamientos.)

La alarma de las tres horas diarias de esta escuela se disipa al leer la distribución del tiempo. Héla aquí:

A las 9 a. m., entrada, Oraciones. — A las 9.10 Estudio de Historia Sagrada frente a las láminas grandes. — A las 9.30 Texto de la Doctrina y Conducta Religiosa. — A las 10.10 Recreo, Juegos Catequísticos. — A las 10.30 Canto. — A las 10.45 Liturgia. — A las 11 Trabajos manuales: dibujos, álbum catequístico, altarcitos, etc. A las 11.50 Preparación para salir, oraciones, salida.

Y como todas estas actividades están enderezadas al punto del programa del día, se obtiene el mejor provecho del alumno sobre cada punto de instrucción, a la vez que descanso por la variedad. ¡A los chicos se les hace la mañana un soplo!

Como práctico coronamiento de la Escuela de Verano viene una nueva circular cuestionario, emanada también de la Curia Diocesana. En ella se pide el exacto informe de lo realizado en la Escuela de Verano: total de horas de instrucción, asistencias, grados, nacionalidades, número de pri-

meras comuniones; también se pregunta qué ideas de mejoramiento del sistema se sugieren, qué nuevos planes se han pensado para el año entrante, y qué providencias se toman para sostener durante el año, el fruto obtenido en la temporada de la Escuela de Verano.

Cuánto más urgente es en nuestra tierra aprovechar de esta manera el tiempo en que las malignas escuelas oficiales sueltan a los niños; centralizar entonces toda la atención pastoral sobre unas formales escuelas religiosas, aprovechando aunque sea el mismo templo, ya que ni quien sueñe en los anexos; no tener escrúpulo en plantar ahí pizarrones y cuadros catequísticos, mover bancos y poner mesas, y, con perdón del Sagrado Depósito, convertir nuestro último reducto en escuela religiosa por unas semanas. ¡Qué grande labor podrían ejecutar los miembros abnegados de la Acción Católica, entrenados durante el año pacientemente, en círculos catequísticos; de qué grande valor sería la ayuda, aun pagada, de tantas profesoras católicas hoy retiradas, que podrían en esta temporada darse gusto en la enseñanza religiosa eliminado el prudente temor de toparse con las leyes civiles!

¡Cuán conveniente sería el hacer todos los sacrificios económicos posibles en cada diócesis, para prepararse sin mezquindades a los gastos que imponen estos cursos de verano, y en ellos, echar la casa por la ventana, con el fin de proveer algo más a esa necesidad capital de nuestros niños: la de su instrucción y educación religiosa!

David G. Ramírez.

Hacia Dios

por el Dr. Ramiro Camacho, Pbro.

El libro de los directores de espíritu.

Un libro que puede suplir la falta de director espiritual.

270 páginas de texto.

Precio del ejemplar con pasta de cartoncillo \$ 2.00 neto

Librería del Sagrado Corazón

Edmundo de la Isla (h) S. A.

Av. Madero 44.

Apartado N° 35.

QUERETARO, Qro.

Mi Reino

LAS "NOTAS" DE LA IGLESIA

El argumento positivo

Hecha esta salvedad, examinemos si la Iglesia en virtud de sus principios religiosos nos muestra el florecimiento de la santidad social, de la santidad familiar, de la santidad individual, de la santidad heroica en el individuo, que nos enseña el evangelio debe ser una de las notas distintivas de la verdadera Iglesia.

Y al llegar a este punto, os confieso que la mente se pierde en el extenso panorama y en el complicado problema. Se necesitaría desvestirnos de toda nuestra ideología, porque aun los incrédulos y malvados de nuestro tiempo no pueden deshacerse del sedimento, que veinte siglos de cristianismo han dejado en nuestras ideas y concepciones; sería preciso revestirse de una mentalidad completamente pagana, es decir completamente ignorante de Jesucristo y de la influencia de la religión cristiana en las manifestaciones todas de la vida; para ser apto para juzgar el fenómeno social, que en el orden moral es y significa el cristianismo, es a saber, los principios morales de Jesús, conservados, predicados e impuestos a las sociedades modernas por el catolicismo.

Yo revuelvo el evangelio, y en sus luminosas páginas, encuentro esas cimas de perfección moral que varias veces he intentado hacer lucir ante vuestros ojos: los principios que a los hombres enseña Jesucristo y que pueden reducirse a renunciarlo todo antes que perder la santidad interior, antes que violar los derechos de los demás, antes que apacentar el odio en el corazón, antes que injuriar al Padre celestial; son indudablemente principios morales que exceden con muchos las lucubraciones más bellas y más levantadas de los hombres. Sería pueril intentar insistir en algo más claro que la luz del día. Aun los enemigos más decididos del catolicismo están de acuerdo en subrayar que nada hay que se parezca a la moral de Jesucristo. Y abro los tratados de moral de la Iglesia católica, así los destinados a los especialistas, como los que se enseñan a los fieles, y me encuentro que esta confesión religiosa con una tenacidad sin ejemplo, con una constancia jamás desmentida, aun en las épocas de mayor decadencia, señala, predica e impone a los hombres esos mismos preceptos morales, y declara

héroes de la virtud a aquellos de sus hijos que se acomodan a los principios más levantados, y llama malos cristianos a los que se apartan de esos principios morales. Todo fiel cristiano sabe que tiene que amar a sus enemigos, todo fiel cristiano sabe que no puede ser absuelto de sus pecados si conserva odio a su enemigo, todo fiel cristiano sabe que es necesario para estar bien con Dios, perdonar las injurias, guardar su integridad hasta el punto de cuidar de los más recónditos y breves pensamientos, cumplir determinados principios aun a costa de la pobreza y pérdida de los bienes de la tierra. Es decir todo fiel cristiano sabe que los principios morales más levantados del evangelio, no son letra muerta de documentos históricos pasados de moda, sino que son el código moral que está en vigor en su religión. Los principios aptos para producir la santidad, están en vigor en la Iglesia católica, y tal como están en los evangelios, sólo en la Iglesia católica están en vigor.

Y en los veinte siglos que la Iglesia católica lleva de existencia poneos a buscar una sólo época, aun aquellas de las más decadentes, en la que no presente la Iglesia a ejemplares eximios de santidad a las miradas de los hombres, teniendo siempre en cuenta que a los que así presenta a la imitación y admiración de sus semejantes, los presenta precisamente por haber seguido en su vida práctica, y haber hecho norma de su conducta los consejos altísimos de perfección que están en los evangelios. Es decir, la santidad eximia que presenta la Iglesia en algunos de esos ejemplares, es la santidad producida natural y espontáneamente por los principios morales que profesa. Encontraréis ejemplares de todos los tiempos, de todas las edades, de todos los caracteres, de todas las virtudes. Desde el africano que va a buscar en medio de todos los errores la luz de la verdad, y con la capacidad inaudita de su ingenio viene a quietar su corazón inquieto en el cristianismo y a ser martillo de herejes y modelo de pastores; hasta la simple y sencilla doncella que sin saber más que su catecismo, escondida en una celda, vive una vida, prodigio de elevación: desde el carácter indómito del reformador social que abarca en su mirada y en sus anhelos la reconquista de medio continente arrastrado a la ruina por la revolución protestante; hasta el sencillo y tierno místico que en deliquios de amor se convierte en víctima inocente, a ejemplo de su Maestro: desde el hombre o la mujer que en medio de sus esplendores de la corte y de las altezas de los tronos es pobre y caritativo y manso y fuerte y justo; hasta el humilde labriego que en medio de las faenas del campo y en el retiro de la vida de Labrador, imita en su vida la inocencia y el esplendor de la vida de Jesucristo. Los hallaréis héroes en la castidad, héroes en la paciencia, héroes en la humildad, héroes en el desprecio del mundo, héroes en el apostolado, héroes en la vida recogida. No hay virtud en que no encontréis un héroe ha llegado siempre a esas alturas de santidad precisamente por haberse amoldado a las normas que le enseña la Iglesia.

Y en medio del mundo, y de su civilización, y de su cultura, y de su impiedad, y de su materialismo, en nuestros mismos años, la Iglesia está presentando a las miradas atónitas de los hombres a los héroes de su santidad.

¡Ella es, diréis, juez en propia causa! El caso es que los que ella declara modelos de elevación moral, se imponen aun a los impíos: pensad en un Francisco de Asís, pensad en una Teresa de Jesús, pensad en un Francisco Javier, pensad en un Ambrosio, pensad en una Teresita, pensad en mil y mil más, y echaos a buscar por el mundo a uno siquiera que con razón y con justicia pueda poner tacha en las vidas de los que la Iglesia juzga santos. Es indudable, la Iglesia es fecunda en la santidad heroica, y a medida que sus hijos se acomodan más a los principios morales que ella les enseña, suben hasta perderse de vista a las alturas del heroísmo moral.

Descendamos, descendamos de esas alturas. La Iglesia exige de sus hijos y muchas veces sus hijos lo hacen, muchísimas más de lo que puede parecer a los que no tratan con las almas, sacrificios heroicos únicamente para no dejar de cumplir el minimum del deber religioso. Pensad en todos aquellos que se ven precisados a renunciar a los bienes de la tierra para no negar su fe, pensad en los esposos y esposas que se ven precisados a negaciones sin cuento para no olvidar la santidad del matrimonio, pensad en todos esos héroes ocultos de la unidad y de la fidelidad matrimonial, pensad en todos esos luchadores desconocidos por la integridad de su pureza en medio de un mundo que todo él es ocasión de lujuria, pensad en todos esos héroes del ministerio sacerdotal... La vida cristiana trae aparejada para los cristianos el heroísmo moral o el pecado, esa terrible disyuntiva, y en ella, legión son los que prefieren el heroísmo al pecado. ¿Para qué insistir en la vida y santidad que pudiéramos llamar ordinaria? Si hay justicia, si hay honradez, si hay sujeción a las autoridades, si hay verdad, se debe, lo debe la sociedad, a la influencia benéfica del cristianismo, y ya en nuestros días, cuando la crisis social alarma aún a los peores, los que saben pensar comienzan a ver que el remedio está en que los hombres se dejen influenciar en su vida práctica por los principios morales de la Iglesia.

Pasemos, pasemos, porque seríamos eternos si nos estuviéramos en lo que dejamos indicado, pasemos al aspecto familiar de la santificación que produce el catolicismo. La familia, la familia que nosotros conocemos, la que quieren destruir los reformadores modernos, la que es hogar y fuente de vida, la que puede ser expresión constante de dicha para el hombre, es obra del cristianismo.

Sería necesario, como decía al principio revestirse de una mentalidad pagana, para poder entender lo que significa la obra santificadora de la Iglesia en el terreno familiar. En la familia pagana, no había unidad, no había estabilidad, no había fidelidad: había el brutal rejuego de lujurias que se encontraban, de opresión del débil, que en este caso era la desdichada mujer, capricho de pasiones y egoísmos indecibles. Para que el matrimonio fuera no una manifestación de lujuria pasajera en la que el débil, la mujer, daba todo sin tener derecho a nada; para que el matrimonio tuviera esposa, y el hogar tuviera reina, y los hijos tuvieran madre, y el hombre sintiera un freno de su lujuria, y obligaciones iguales a las de su cónyuge, y sintiera que la mujer tenía derechos, y la familia fuera lo que debe ser: una, estable, fija, fuente de fidelidad; fué preciso

que Jesucristo viniera al mundo, y que la Iglesia urgiera los terribles preceptos del divino Maestro, preceptos que encierran la negación de la vida de los sentidos, la existencia de un mundo superior al de la carne, la elevación de ese contrato natural a la dignidad de sacramento, y la dignificación plena y total de la mujer. Leed las historias antiguas, estudiad lo que era la familia en las sociedades paganas, comparad con lo que nosotros entendemos bajo el nombre de familia, y esto sólo os puede dar una idea de la influencia santificadora del cristianismo en la vida familiar. Y los cristianos que observan, a lo menos lo esencial, que les impone su religión en esta materia son todavía legión. La Iglesia muestra la aureola de la santidad familiar.

Y ¿los hijos? ¡Oh, es preciso conocer la abyección que en el paganismo tenían los frutos del matrimonio para ver todo lo que la Iglesia ha hecho por el niño! El infanticidio, la falta de obligaciones, la carencia de derechos, cosas eran sancionadas y en pleno uso en las sociedades paganas. Ese respeto al niño, esa obligación de educar al niño, esa vigilancia por el niño, esa transcendencia del ser padre: obra es de la moral y de la ideología de la Iglesia. Es menester aquí también comparar la ideología ajena al cristianismo y a sus influencias, es decir la ideología pagana, con la nuestra para ver la influencia bienhechora de la Iglesia. Y en nuestros tiempos, aun cuando están quebrándose en muchos los principios cristianos, todavía el niño vive, y se siente protegido por la influencia que siglos de cristianismo han depositado en las conciencias, aun de los que se creen y se proclaman incrédulos y ajenos al cristianismo. ¡Desdichado del niño, en la sociedad, en la que cese la influencia santificadora de la Iglesia en la familia! El tristísimo cuadro y el vergonzoso oprobio de la Rusia bolchevique, sus legiones de niños abandonados, hambrientos, haraposos, pervertidos, presas de la lujuria, es el porvenir de los niños, cuando cesen las influencias santificadoras del cristianismo. La Iglesia tiene una florecencia de santidad familiar, que es imposible valorizar en toda su extensión, porque en toda su extensión es la rehabilitación secular de la mujer y del niño, y la represión de la lujuria y del egoísmo del hombre, y esa degradación antigua y ese egoísmo perenne no tienen medida.

Pasemos, pasemos, porque es imposible detenernos más, pasemos a ver la influencia santificadora del cristianismo en el orden social. Mente de pagano, ideas de pagano, sociedad de paganos se necesitaría tener y vivir para ver el sublime contraste. Dos o tres rasgos que abran un sendero de luz. Dignificación del pobre: desde la esclavitud hasta la igualdad, es más, hasta la dignificación, después de que Jesucristo puso en ellos las mejores ternuras de su corazón, después de que los hombres saben que lo que hagan con uno de ellos, lo hacen con su Redentor. Libertad de conciencia con relación a los gobernantes, sanción a los gobernantes, limitación del poder de los gobernantes, justicia social, caridad social. Cada una de estas frases abre horizontes sin medida, cada una de ellas exige una obra, una obra para hacer ver el punto de partida, el paganismo, y el punto en que estamos, y el principio que ha obrado el maravilloso cambio, y la institución que lo ha producido.

De nada valen ante la historia y la realidad los desahogos de los malvados. La dignificación del pobre, la liberación del hombre, el orden social digno, es la obra del cristianismo. Su santidad social es cosa que no puede valuarse, porque para valuarla se necesita una comprensión plena y total de toda la historia humana, y yo no puedo ni barruntar la grandiosa síntesis. Lo que puedo hacer, lo que debo hacer es presentar el grandioso cuadro, descubrir el admirable panorama sin más que ver la obra de la Iglesia y el resultado espontáneo de sus principios morales; sacar de la realidad, que habla muy alto a todo el que sabe entender lo que quiere decir transformar no a una sociedad, sino al género humano, y transformarlo de malo a bueno, y de bueno a mejor, la persuasión indestructible de que la Iglesia católica es santa y sin ella el mundo no conocería lo que es la santidad social emanada de los principios religiosos.

El catolicismo, pues, tiene en grado eminente y en todos los órdenes esa nota y propiedad esencial de la verdadera Iglesia, es "*santa*."

Pasemos al estudio de las otras tres notas o propiedades esenciales de la verdadera Iglesia.

La "CATOLICIDAD" del "REINO"

XI.—El Evangelio nos ha enseñado que la Iglesia de Jesucristo debe ser una sociedad religiosa visible y exterior, una sociedad que vive su vida sujeta a las circunstancias y condiciones de este mundo, y que está destinada a establecerse y conservarse en todo el mundo. La misión que Jesucristo dió a sus discípulos es esencial, primordialmente ésta: "*Id y enseñad a toda criatura*."

Una sociedad destinada a extenderse y propagarse por todos los pueblos y en todas las naciones, clara y evidentemente es una sociedad destinada a ser universal, o lo que es lo mismo "*católica*."

Conviene, pues, examinar en primer término qué universalidad o catolicidad entendió Jesucristo debía ser propiedad inconfundible de su Iglesia. ¿Se trata sólo de una catolicidad, por decirlo así de derecho, o la catolicidad de la Iglesia debe ser una catolicidad de hecho?

Hay innumerables pasajes en los Evangelios, así en las parábolas sobre el "*reino de Dios*," como en las profecías de Jesucristo sobre su "*reino*," en sus enseñanzas, lo mismo que en los encargos y misión que a los suyos da; en los que la Iglesia aparece como una sociedad religiosa de hecho establecida y propagada en el mundo entero. Trátase, pues, en sentir del Redentor, de una catolicidad de hecho.

Y quisiera llamar en este punto la atención de mis oyentes: al puntualizar de esta manera las enseñanzas de nuestros evangelios, lejos de aminorar la dificultad la estamos acrecentando, porque es mucho más difícil encontrar una sociedad, de hecho universal, que una sociedad destinada a ser universal, aun cuando no esté extendida por todo el mundo. Pero la sinceridad de un estudio pleno, debe buscar la verdad y estudiar el conte-

nido real de las palabras de Jesucristo, aun cuando se tropiece con mayores dificultades de las que pudiera presentar una concepción más fácil.

Los hombres usamos en diversos sentidos las palabras "*universal*," "*total*," "*todos*," *católico*.' Unas veces designamos con ellas una totalidad física y absolutamente matemática, por decirlo así; otras significamos con esas mismas palabras una mayoría absoluta, que es una totalidad moralmente hablando; y otras el significado de nuestras afirmaciones es mucho más profundo, y lejos de reducirse a una mera cuestión de mayoría, va al fondo de la importancia decisiva que tiene en la pluralidad una idea o una actividad determinada. ¿Qué significado tiene en la mente y enseñanza de Jesucristo esa catolicidad de hecho de su Iglesia? ¿Es una totalidad física, es una cuestión de mayoría, tiene ese otro sentido mucho más profundo e importante?

Abro los Evangelios y en ellos me encuentro estas dos enseñanzas: Jesucristo predice clara y terminantemente que no todos los hombres pertenecerán de hecho a su Iglesia, sino que siempre habrá un grupo más o menos numeroso que no sólo permanecerá fuera de ella, sino que se constituirá en el enemigo irreconciliable de su obra: (cf. Marc. 13, 9-13; 16, 16; Mat., 10, 17-31; Luc., 10, 10-16; Juan, 17, 9-23; etc.). No encuentro ni una sola alusión en los Evangelios, en la que se insinúe la idea de que el caso de la Iglesia debe ser un caso de mayoría numérica.

Según las enseñanzas del Evangelio la verdadera Iglesia debe ser católica, y al mismo tiempo esta catolicidad ni debe medirse por el sólo número de las estadísticas, ni jamás realizará la totalidad física: la catolicidad, pues, de la Iglesia es una catolicidad relativa a los individuos que hay en el mundo; y una catolicidad que incluyendo lo que en la realidad se exige para que no se usen indebidamente las palabras "*católica*," "*universal*," no se mida exclusivamente con la medida de una mayoría puramente física. Basta, pues, para satisfacer las enseñanzas del Evangelio que la Iglesia de Jesucristo en la sucesión de los tiempos esté de tal manera extendida entre los diversos hombres de los diversos pueblos, que con propiedad pueda designársela con la palabra "*universal*." Debe existir en todas partes, debe ser conocida en todas partes, debe tener influencia e importancia en todas partes, debe tener súbditos en todas partes.

Jesucristo nos enseña, y así lo declara abiertamente a los suyos (cf. v. g., Luc. 24, 47-49; Actos, 1, 8), que esta catolicidad ha de ser un fenómeno histórico, sujeto a las condiciones históricas, en que se encuentre la Iglesia. Así por ejemplo, durante la vida del Divino Maestro la predicación del Evangelio se limita a Judea, y cuando encomienda a sus discípulos que sean sus testigos, les impone por decirlo así el programa creciente de la catolicidad de su obra: primero Jerusalén, después Samaria, después todas las Naciones. La actividad de los apóstoles nos muestra a la Iglesia naciente propagándose y organizándose y extendiéndose, como una mancha de aceite por los pueblos conocidos. Es decir, nuestros documentos históricos nos hacen ver que el fenómeno de la catolicidad real de la Iglesia de Jesucristo, debe ser un fenómeno que esté sujeto a las condiciones his-

tóricas y geográficas que limitarían el desarrollo de cualquier sociedad humana. No se opone, pues, a la catolicidad enseñada por Jesús, el que haya en la tierra pueblos y naciones de tal manera apartadas del comercio de los demás hombres, a las que no haya llegado el "*reino de Dios*," basta, que para cada momento histórico, moralmente, dado el conocimiento, la geografía, las comunicaciones, la posibilidad de extenderse de una sociedad, en el ancho campo de las naciones y pueblos conocidos; no sea desconocida la religión de Jesús conforme al grado de su desenvolvimiento, de sus circunstancias y de su vida.

La Iglesia, pues, debe ser "*católica*" con una universalidad de hecho y realizada en la historia, pero relativa, si se tiene en cuenta el número de individuos que a ella pertenecen, y con una extensión universal, moralmente hablando, si se tiene en cuenta no a los individuos, sino a los pueblos y naciones en medio de los cuales vive.

La "UNIDAD" y la "APOSTOLICIDAD" del "REINO."

Para que de una sociedad se pueda decir que es católica y universal, es absolutamente necesario que la sociedad extendida y propagada, viva y existente en diversas naciones y en multitud de individuos, sea la misma: si no fuera la misma sociedad la que a muchos se extiende, no podría llamarsela sociedad católica. De lo cual se deduce que para que la sociedad religiosa extendida por todos los pueblos pueda llamarse con propiedad *católica*, además de la extensión que acabamos de precisar debe tener unidad, debe ser *una*. El concepto, pues, de catolicidad se completa y aclara con el de unidad. La unidad que nos enseñan los evangelios debe tener la Iglesia de Jesucristo, es la unidad de jurisdicción en su gobierno y de magisterio en sus enseñanzas. Por tanto la Iglesia de Jesucristo, extendida por todas las naciones y por todos los hombres, debe tener la misma autoridad de jurisdicción y de magisterio.

Para que esa sociedad, así católica, y así una, sea en realidad la misma que fundó Jesucristo, es absolutamente necesario que su principio de autoridad sea el mismo, que Jesucristo depositó en manos de sus primeros testigos. Como en las demás sociedades humanas a través de la historia para que se pueda decir que son la misma, es necesario que no haya variación esencial en su régimen, o en el título de acceso al poder. Así por ejemplo, para usar una comparación clara y contemporánea, nadie se atrevería a decir que Alcalá Zamora representa y tiene la misma autoridad que tenía y representaba Alfonso XIII, porque el régimen español ha cambiado esencialmente, porque lo mismo ha sucedido con el título de acceso al poder. En cambio todos dirán con precisión que Roosevelt es el sucesor de los anteriores presidentes de los Estados Unidos. Por tanto, para que la religión de Jesucristo sea la misma, se requiere que no haya habido cambio esencial en el régimen, ni en el título de acceso al poder es decir se necesita que sea apostólica.

Las tres propiedades "*catolicidad*," "*unidad*," "*apostolicidad*," se completan y se compenetran mutuamente, y aunque cada una de ellas expresa

una propiedad distinta, ya que la catolicidad connota la universalidad de sus miembros, la unidad connota el reconocimiento y sujeción a la misma autoridad, y la apostolicidad connota la legitimidad de los sucesivos gobernantes; las tres juntas forman a manera de un solo argumento mucho más claro y eficaz. Por esto mi plan, fundado en los Evangelios, de tratar simultáneamente estas tres propiedades esenciales de la Iglesia de Jesucristo.

Las consideraciones hechas, nos han llevado a las siguientes conclusiones: la Iglesia de Jesucristo debe ser católica, es decir debe estar extendida entre todos los pueblos de una manera correlativa al progreso y expansión de la cultura humana, debe estar extendida entre todos los hombres, de una manera relativa, que sufra la coexistencia de grupos de entre los hombres, que de hecho no pertenezcan a la Iglesia.

La Iglesia de Jesucristo debe ser una, es decir en todas partes en las que esté extendida, los fieles que a ella pertenezcan deben reconocer y sujetarse a la misma autoridad de jurisdicción eclesiástica y de magisterio eclesiástico.

La Iglesia de Jesucristo debe ser apostólica, es decir esa autoridad reconocida, debe ser la legítima sucesora de la autoridad depositada por el Salvador en sus apóstoles.

La confesión religiosa que carezca de cualquiera de estas propiedades no puede ser la verdadera Iglesia: de este modo la carencia de cualquiera de estas propiedades, en una confesión religiosa, demuestra que esa confesión religiosa no es la verdadera Iglesia. La confesión religiosa que las tenga, es la única y verdadera Iglesia fundada por Jesucristo.

Aclarados los conceptos, debemos pasar al examen histórico de las confesiones religiosas denominadas cristianas, para ver cuál o cuales de ellas tienen o carecen de estas propiedades.

La Iglesia, "CATOLICA," "UNA" y "APOSTOLICA."

XI.—En el estudio del hecho histórico se pueden emprender diversos caminos. Yo voy a tomar el que me parece ofrecer mayores garantías de brevedad y claridad, junto con una solidez capaz de desafiar prejuicios y vencer dificultades. Hélo aquí.

Comenzaré por estudiar el aspecto más exterior y visible de estas propiedades; a saber la universalidad. Pero como a la catolicidad propiamente dicha requiere la unidad de gobierno y la unidad de magisterio; para reconocer la catolicidad de una confesión religiosa, además del hecho de su extensión en todos los pueblos y en todos los hombres, deberemos atender al hecho del reconocimiento de la misma autoridad. El reconocimiento de la misma autoridad por todos los cristianos, presupone la legitimidad de ella; de aquí el que tengamos que fijarnos en la legitimidad de la sucesión, o lo que es lo mismo en la apostolicidad.

Diversos caminos pueden tomarse para la demostración histórica de la legitimidad en la sucesión, y uno de ellos sería simple y sencillamente el examen de toda la historia eclesiástica y de todos los cismas: camino

como véis imposible de ser abordado en el ciclo de nuestras conferencias; por esto, tomaremos una ley histórica como fundamento de dicha demostración, y la ley histórica es ésta: cuando se trata del gobierno no de un solo pueblo, sino de muchos pueblos, no en una época determinada, sino de todos los tiempos, es históricamente imposible que todos esos pueblos en un lapso de tiempo reconozcan y se sujeten a una autoridad ilegítima. El hecho visible y claro del reconocimiento universal, aun a pesar de los esfuerzos de los cismáticos, en un lapso de tiempo notablemente grande; será un argumento histórico que demuestre suficientemente la legitimidad del gobierno, y de esta manera el concepto de apostolicidad adquirirá todo su fulgor, completándolo con los hechos de la unidad y de la catolicidad. Comencemos nuestro estudio histórico, conforme al plan que acabo de indicar.

¿Cuál o cuáles de las confesiones religiosas cristianas tiene la nota de catolicidad? Y la respuesta histórica es clara y patente. Las confesiones cristianas, como hemos ya indicado son las religiones de los cismáticos orientales, el protestantismo y el catolicismo. Entre ellas a no ser la Iglesia romana, están clara y fijamente limitadas a una Nación, a una raza o a circunstancias particulares, que les quitan toda posibilidad de ser una sociedad religiosa universal, en el sentido que debe ser universal la Iglesia de Jesucristo.

En efecto, las iglesias armenias, jacobita, nestoriana, copta, y de Etiopía, son iglesias nacionales o étnicas, que corresponden a grupos netamente limitados del pueblo cristiano. El mismo juicio impone la realidad sobre cada una de las iglesias autocéfalas de la comunión grecoeslava que corresponden a Rusia o a estados independientes, o a grupos étnicos del Bajo Danubio y los Balkanes. Aun cuando ficticiamente quisiera alguno considerar a todas las iglesias orientales, como una sola iglesia, aun así no tendría la nota de ser universal. Imposible decir con propiedad que se extiende moralmente en todas las naciones conocidas y que tenga súbditos en todas las partes conocidas del mundo, con relación a los conocimientos geográficos y a los medios de comunicación de la época actual. Desde que se consumó la obra de sus fundadores, se mantienen invariablemente circunscritas a una sola región del globo, como si el aliento de vida para creer y propagarse les hubiera faltado desde entonces. En los nueve siglos de su existencia no han conocido otro progreso de extensión que los progresos políticos del antiguo imperio ruso y de la influencia rusa, actualmente totalmente cambiada. Esa primera rama de las confesiones cristianas evidentemente no es una religión católica, como evidentemente no era una religión que ostentara el fulgor de la santidad. Carecen también de esta segunda nota de la verdadera Iglesia.

En cuanto a las confesiones conocidas con el nombre general de Protestantismo, la nota característica de todas ellas, por confesión aun de los mismos jefes de las distintas confesiones, es esa división continua entre ellas independiente de las demás y aun rivales, ese reducirse no pocas veces a un grupo encabezado por su pastor; y si alguien quisiera tomar el protestantismo, sin fijarse en cada una de las organizaciones distintas que superaban con mucho la enorme cifra de 200,000 según la estadística

de 1916 considerándolo ficticiamente como un todo; todavía ese todo, sería a lo más una confederación no una sola y misma sociedad, y esa confederación meramente nominal, ni reconoce a la misma autoridad de jurisdicción, ni a la misma autoridad de magisterio, condición como indicábamos antes, necesaria para que se dé en realidad de verdad la catolicidad que según la mente e institución de Jesucristo debe tener su Iglesia.

Estas confesiones religiosas no tienen, pues, la nota de la catolicidad.

XIII.—Si de la catolicidad pasamos a la unidad, fácilmente el espectáculo real e histórico de las confesiones cristianas no católicas, nos llevará a la misma conclusión. Cosa evidente es que las diversas confesiones protestantes no tiene una unidad de gobierno ni de magisterio: es más, el principio fundamental del protestantismo, más o menos conservado como norma externa de la fe; es la negación de todo principio de autoridad de magisterio. Carecen, pues, las confesiones protestantes de la nota distintiva que marcan los evangelios, como fundamento de la unidad religiosa que debe tener la Iglesia de Jesucristo.

En cuanto a las confesiones orientales, es verdad que éstas no han negado el principio de la autoridad de magisterio, pero en la práctica y en la realidad histórica de su vida, desde que se separaron de la Iglesia romana, ni lo tienen, ni lo pueden tener. En efecto, conforme a la doctrina de los orientales, la única autoridad de magisterio obligatoria para todos los fieles en todos los tiempos, se reduce a la autoridad de magisterio del colegio apostólico reunido o de sus legítimos sucesores, es a saber a la reunión de todos los obispos legítimamente ordenados. El último concilio reconocido como órgano auténtico del magisterio eclesiástico por los orientales, es el segundo Concilio niceno, séptimo universal tenido el año 787, es decir hace más de once siglos. Una confesión religiosa que hace más de once siglos no tiene autoridad de magisterio, a lo menos en el sentido de que no ha ejercido su autoridad, es evidentemente una confesión religiosa que prácticamente no tiene autoridad de magisterio, y por tanto prácticamente, a lo menos, no tiene el principio de unidad que debe tener la Iglesia de Jesucristo. De la misma manera que su fuerza y vitalidad de expansión para ser universal, la Iglesia oriental ha perdido desde que se separó de Roma, su principio interno de unidad.

XIV.—Unas cuantas reflexiones breves y claras nos darán luz para juzgar de la última propiedad de la verdadera Iglesia: la apostolicidad.

En todas las confesiones protestantes, no episcopalianas, no existe ni el menor rastro de una sucesión legítima de la autoridad depositada por Jesucristo en sus apóstoles. Hemos demostrado ya que los sucesores legítimos de los apóstoles son los obispos: donde no hay obispos no hay ni sombra de una autoridad que sea la actual y legítima poseedora de la autoridad apostólica.

En las confesiones episcopalianas, para prescindir en esta conferencia de otra clase de argumentos históricos o dogmáticos, nos va a bastar apelar al criterio que nos da la ley histórica que poco antes recordábamos: las autoridades religiosas reconocidas por los episcopalianos, no son autoridades

que hagan a las confesiones episcopalianas, una, es decir no están reconocidas por todos. Los obispos de una confesión episcopaliana están muy lejos de ser reconocidos por todos los episcopalianos. A lo más, son reconocidos por un grupo pequeño, regional y nacional: señal clara como indicábamos antes de que no ostentan el título de una sucesión legítima.

Notad además lo que insinuábamos antes, para que haya verdadera y legítima sucesión se necesita que en el régimen y en el título de acceso al poder, no haya habido un cambio esencial: ahora bien en todas las confesiones episcopalianas, después de su ruptura con Roma, ha habido o cambio esencial en el título de acceso al poder, como en innumerables confesiones episcopalianas; o las dos cosas a la vez. Por tanto, de la misma manera que nadie puede decir con razón y justicia, con verdad científica, que Alcalá Zamora es el sucesor de la autoridad real en España; nadie puede decir que las actuales autoridades episcopales de las confesiones episcopalianas, sean los sucesores de la autoridad apostólica, de la cual se han apartado o por cambio de régimen, o por cambio del título de acceso al poder. No tiene pues el protestantismo la nota de la apostolicidad.

En cuanto a las confesiones orientales, es preciso reconocer y confesar con toda sinceridad, que el origen de sus sedes episcopales es directa o indirectamente apostólico; que perseverado en ellas la sucesión material de los obispos, que las funciones episcopales se conservan en su integridad, que aun la reforma de Pedro el Grande nada modificó ni de derecho, ni de hecho en este punto. Se da en las confesiones orientales el caso de una sucesión material de la misma autoridad apostólica.

¿Esta sucesión material, es legítima? Para dilucidar este punto histórico, apelaremos al criterio histórico que antes exponíamos: para que luzca evidentemente la legitimidad de la sucesión apostólica se necesita que esa autoridad sea principio eficaz de unidad, y que sea reconocida universalmente, es decir debe ir acompañado el fenómeno de la unidad y de la catolicidad. Ahora bien las confesiones orientales, lo acabamos de demostrar, no pueden ser llamadas ni la Iglesia una, ni Iglesia católica. No es, pues, legítima esa sucesión material que conservan, y no siendo legítima esa sucesión material, no tienen la autoridad apostólica, y no teniendo la autoridad apostólica, no tienen la nota de la apostolicidad.

Antes de pasar adelante, para facilitar aun más la comprensión de lo que vamos diciendo y dejar establecidas las verdades que vamos encontrando, sin que quede duda de ellas; quiero haceros una reflexión: suponed que las iglesias orientales tuvieran la nota de la apostolicidad. ¿Qué se deduciría de aquí? Absolutamente nada. Dejamos explicado y demostrado que seres esencialmente distintos, pueden tener alguna o algunas propiedades comunes. Se deduciría que las iglesias orientales tienen una de las propiedades señaladas por Cristo, pero no se deduciría que fueran la Iglesia de Cristo, desde el momento en que esas mismas confesiones carecieran evidentemente de las demás propiedades esenciales de la verdadera Iglesia. Ahora bien, hemos demostrado que no tienen la propiedad esencial de la santidad, que no tienen la propiedad esencial de la unidad, que no tienen la propie-

dad esencial de la catolicidad. Aun cuando tuvieran la nota de la apostolicidad, aparentemente, con ella sola no se puede deducir en buena lógica que sean la verdadera Iglesia, y conociendo que carecen de las demás propiedades esenciales, en buena lógica lo que es necesario deducir es que no son la verdadera Iglesia.

La Unidad, catolicidad y apostolicidad en la Iglesia católica.

XVI.—Réstanos examinar si la Iglesia católica tiene o no tiene esas tres notas que estamos ahora estudiando. Si algo hay evidente en la historia del catolicismo es que uno de sus aspectos históricos más esenciales y evidentes es el aspecto que le ha dado su nombre propio: todo el mundo la conoce y la llama "*la Iglesia católica*" "*el catolicismo*". Cuando en todos los centros, en todos los tiempos, en todas las naciones, aun entre sus mismos adversarios el nombre propio que a la Iglesia de Roma se le da, es el nombre de católica; señal evidente de que una propiedad esencial e inseparable de ella es esa universalidad que basta para distinguirla de las demás confesiones cristianas. Y este epíteto, convertido en nombre propio de la Iglesia romana, no es sino una realidad histórica innegable. La Iglesia romana, no es la Iglesia de una provincia o de una Nación, de una raza o de una civilización. Existe y vive y prospera en los pueblos latinos, y en los pueblos sajones, en los pueblos germánicos y en los pueblos eslavos, en los pueblos orientales lo mismo que en los occidentales. Poco a poco, es verdad, por las diversas y difícilísimas circunstancias internas y externas, pero se extiende, se propaga, se aclimata y vive en los pueblos del Asia, de Africa y de Oceanía. Esta Iglesia extendida moralmente en todas las naciones conocidas, conforme a la expansión de la cultura humana, y de los medios de comunicación, cuenta con súbditos en todas las naciones. Es en todas partes una sociedad visible y exterior. No es una sociedad completa y cerrada en Estados Unidos, y otra sociedad distinta pero confederada a la primera en Inglaterra: en todas partes es la misma sociedad, reconociendo en todas partes a la misma autoridad y admitiendo y profesando la misma doctrina y la misma moral. El catolicismo, pues, ostenta evidente y admirablemente el carácter distintivo que le ha dado su nombre, es con toda propiedad una sociedad religiosa universal o católica.

El fenómeno maravilloso del catolicismo, y exclusivo, como hecho histórico en la historia de las religiones, es su sorprendente unidad, en medio de las más acres dificultades, de las más turbulentas circunstancias de la historia, a pesar de su admirable extensión en el mundo, y durante el curso de todos los siglos. En conferencias pasadas hacíamos ver que desde diez días después de la ascensión de Cristo la Iglesia naciente tiene y ostenta a la faz del mundo una autoridad de jurisdicción y una autoridad de magisterio. Toda la historia de la propagación del cristianismo es la historia de esa doble autoridad actuando en la fundación de las iglesias particulares, en su organización y en la imposición de la misma doctrina. La sujeción a una misma autoridad, es hecho incontrovertible en el catolicismo, la actuación constante de esa autoridad es hecho público y notorio, que llega hasta las prácticas más menudas del culto y de la religión. El magisterio,

continuamente ejercitado por los obispos con sujeción al Papa, es hecho notable y sabido, patente y público, y amigos y enemigos están de ello tan persuadidos, que los unos ven en ello la norma segura de su conducta y de su vida religiosa, y al que se aparta de esa sujeción y subordinación lo creen y con razón apartado de la unidad de la Iglesia, aun cuando el que se aparte sea, como no pocas veces ha sucedido en la historia, un jerarca de la misma autoridad; para los otros es un pretexto para atacarla, para presentarla como una fuerza política mundialmente organizada, como una fuerza que constituye un Estado dentro de otro Estado, como un apego a los dogmatismos de un Maestro, que agarrado desesperadamente a la tradición y a la antigüedad, no ve, no quiere ver el progreso de la ciencia y de la vida humana. La unidad de la Iglesia es cosa patente para todos: motivo de confianza, norma de juicio, pretexto de ataques: amigos y enemigos reconocen que la Iglesia católica es una, en toda la extensión de la palabra.

Con la historia en la mano, aun cuando nos encontremos con sucesos tan difíciles de estudiar y resolver como el cisma de Occidente; con la historia en la mano se podría demostrar la sucesión legítima de la autoridad eclesiástica que conocemos. El Papa es el sucesor de Pedro, los obispos son los sucesores de los apóstoles. El criterio histórico que antes indicábamos, nos va a llevar más rápidamente, más evidentemente, a la misma conclusión. No un pueblo, todos los pueblos, aun cuando haya habido circunstancias históricas en que se atravesaban para éllo el patriotismo y los intereses políticos, reconocen al Papa como sucesor de Pedro, y a los obispos como sucesores de los apóstoles. Esto ha pasado en todos los pueblos en que el catolicismo se ha establecido, no durante un tiempo corto, sino durante la continua sucesión de diecinueve siglos. Ha habido épocas, en las que grandes regiones han disputado este título y este reconocimiento, al Papa y a los obispos. La lucha ha sido empedernida y larga, han entrado en ella todas las pasiones humanas, y todas las fuerzas de que puede disponer quien se decide a desconocer una autoridad constituida; y el resultado ha sido siempre que la mayoría de la cristiandad ha reconocido y conservado su autoridad legítima, y que de la lucha ha salido más esplendorosa la verdad de sus títulos legítimos para gobernar las iglesias y llamarse los sucesores de los apóstoles: es decir la historia de los diecinueve siglos de cristianismo, a pesar de las luchas por destruir el título del Papa y el título de los obispos, mejor dicho precisamente por esas luchas y por sus resultados históricos innegables e incontrovertibles, son un argumento que marca dónde ha estado, dónde está, dónde se conserva la autoridad dada por el Hijo de Dios a los testigos que El se escogió para que fundaran y propagaran su reino. El catolicismo, así como evidentemente es una religión visible y católica, una religión extendida por todo el mundo pero una; así mismo es una religión apostólica. Así como no se puede dudar de su santidad social; así no se puede dudar de su admirable catolicidad, de su constante y harmónica unidad, de su durable y extraordinaria apostolicidad.

El catolicismo tiene todas las notas de la verdadera Iglesia y así como basta un estudio histórico serio, aun cuando no sea completo, para ver con luz meridiana que ninguna de las otras confesiones cristianas tienen las pro-

piedades esenciales de la Iglesia fundada por Jesucristo; así basta una ho-
jeada a la historia de los diecinueve siglos que lleva de vida la Iglesia, para
persuadirse, que lo primero que en la confesión religiosa llamada catolicismo
se ve, el fulgor de su santidad emanada de sus principios, el hecho de
su catolicidad, el admirable espectáculo de su unidad, la maravilla de su
apostolicidad.

La historia muestra a ésta, y sólo a esta confesión religiosa, como
realizando y ostentando las características y los rasgos esenciales que Jesu-
cristo concibió como las notas de su "reino;" es como nos enseñaba el Evan-
gelio que debía ser el "reino de Jesucristo" santa, una, católica y apostólica.
La comparación entre el catolicismo y las demás confesiones cristianas, aca-
ba de iluminar los indicios, de completar los argumentos negativos, de ro-
bustecer y manifestar el argumento positivo. Ella tiene las propiedades de
la verdadera Iglesia; las demás carecen de esas propiedades. ¡Ella, por
tanto, es la verdadera Iglesia, las demás no son la verdadera Iglesia!

Eduardo Iglesias, S. J.

PURISIMA

ALTAR

ABEJA

Las Velas de Cera que
consumen todos los
principales Tem-
plos del País.

WILL & BAUMER S. A:

"La Moderna"

SAN COSME 111 MEXICO D. F.



Portugal República Modelo

Magnífico estudio que hace el mismo Presidente de Portugal el exelente CATOLICO Oliveira Salazar, sobre los distintos regímenes y sistemas políticos.

ESPIRITU DE LA CONSTITUCION PORTUGUESA

Para poder examinar la Constitución portuguesa es necesario saber distinguir las apariencias de las realidades profundas. ¿Qué notamos al leer superficialmente esta Constitución? Pues nada especial; más o menos lo mismo que se lee en las de muchos otros países: un Jefe de Estado elegido por sufragio directo; dos cámaras, una de las cuales es electa también por sufragio directo; un gobierno nombrado por el Presidente de la República y que no depende de los votos de la Asamblea Nacional; unos tribunales que tienen garantizada una independencia completa. Pero, detrás de esta fachada, existe un ESPIRITU constitucional, que da a las instituciones y órganos del Estado un aspecto distinto del que se acostumbra atribuirles.

Nosotros somos antiparlamentarios, antidemócratas, antiliberales, y queremos formar un Estado corporativo. Tales afirmaciones son capaces de hacer temblar a ciertos pueblos —y aún causar horror a algunos acostumbrados a querer corregir los defectos de su sistema político por las virtudes de su formación social, en vez de enfrentarse a los daños causados por estas mismas instituciones en países que tienen una formación distinta.

Sin embargo, sinceramente, no hay por qué temblar, puesto que, al fin y al cabo, nosotros —lo mismo que ellos— buscamos los mismos objetivos pero por medio de procedimientos QUE SE ADAPTAN MEJOR A NUESTRA MANERA DE SER. Deseamos que EL MAYOR MERITO DE NUESTRAS INSTITUCIONES SEA LLEVAR SU MARCA DE ORIGEN PORTUGUESA.

EL MITO DE LA DEMOCACIA LIBERAL

“Uno de los errores más grandes del siglo XIX fue el considerar que el parlamentarismo y la democracia inglesa constituían un régimen capaz de ser adoptado por todos los países europeos. Veamos el resultado:

La democracia parlamentaria ha concluido en todas partes en la inestabilidad y en el desorden, o se ha transformado en una especie de dominación absoluta de los partidos de la nación, salvo, tal vez, en Suiza y en algunos países del Norte, en donde las condiciones especiales de la vida y de la historia permitieron a las instituciones demócratas aclimatarse y por eso poder funcionar normalmente. Gobiernos dictatoriales surgieron en uno y otro cuando el mal se hizo insoportable; restablecerían el orden, reorganizaban la vida, reparaban los daños, pero... había que empezar de nuevo.

En general, las democracias del Continente no han hecho por el pueblo de los regímenes no democráticos hubieran podido realizar. No es verdad que los regímenes calificados como liberales hayan salvaguardado las libertades públicas. Nosotros somos radicalmente anti-liberales porque queremos garantizar estas libertades; mientras que el liberalismo nos ha privado de algunas que poseíamos y se ha demostrado incapaz de asegurarnos las que deberíamos haber obtenido. Nosotros somos anti-demócratas porque esa democracia —que aparentemente radica en el pueblo y pretendía representarlo— no se acordaba de él más que cuando llegaba el momento de las elecciones.

Nosotros, en cambio, queremos levantar al pueblo, educarlo, protegerlo y arrancarlo de la esclavitud de la plutocracia. Por otra parte, imaginarse que las libertades públicas estén unidas a la democracia liberal y al parlamentarismo, es no darse cuenta de la realidad.

El desasosiego del pueblo nos llega a las entrañas y nosotros somos los defensores de su ascenso continuo en el orden moral y material. Pero esto no implica de ninguna manera, la necesidad de creer que en la masa se encuentra el origen del poder y que el gobierno puede ser obra de la multitud y no de una "élite" a la cual incumbe el deber de dirigir la colectividad y de sacrificarse por ella. El hecho de querer garantizar las libertades reputadas como esenciales para la vida social y para la misma dignidad humana no implica la obligación de considerar a la libertad como el elemento sobre el cual debe levantarse toda la construcción política. El liberalismo ha concluido por caer al fin en el sofisma siguiente: "No hay libertad contra la libertad". Pero en armonía con la esencia del hombre de las realidades de la vida, nosotros diremos: "la libertad no puede admitirse cuando va contra el bien común".

CORPORATIVISMO Y DEMOCRACIA

Se comprende fácilmente la sorpresa de un observador extranjero al darse cuenta de que algunas de nuestras leyes o instituciones niegan la legitimidad de ciertas prerrogativas nocivas, en lugar de contentarse —como es costumbre— con formular sanciones, siempre fáciles de eludir, contra las faltas o abusos. Es que nosotros no olvidamos que la EFICACIA de las medidas preventivas o represivas y la utilidad de su empleo en el gobierno, dependen más que todo de la formación social de los pueblos, de

su cultura y su manera de ser. Medidas que serían inútiles en países de formación individualista como Inglaterra, se vuelven indispensables cuando se trata de pueblos comunitarios como el nuestro. Si queremos hacer una obra constructiva debemos creer en la acción educativa de las instituciones políticas, esperando que el hombre pueda enmendarse negándole la satisfacción de ciertos vicios que lleva en sí mismo.

Después de lo expuesto anteriormente, sería difícil calificar al régimen portugués como una "Democracia autoritaria", así como el jefe del gobierno italiano designa al régimen fascista (sobre todo, si la misma palabra democracia no está todavía desacreditada, su sentido ha sido ya suficientemente alterado para que nosotros renunciemos a usarla). La característica fundamental de nuestro régimen proviene de su organización corporativa, controlada por un estado provisto de una autoridad que, en lugar de proceder por la fuerza, se apoya efectivamente y sobre todo en la razón, la bondad, el bien público y la conciencia general de las virtudes del sistema. La moderación en los procedimientos gubernativos no paralizará ni las decisiones ni los esfuerzos necesarios para alcanzar nuestros diversos objetivos; nunca nos sacrificamos por los "principios sagrados", salvo cuando los reconocemos impresos con la verdad y de una utilidad práctica; nuestros únicos límites son los principios superiores que rigen la vida, la justicia y la caridad, debidos a los hombres y al bien de la Nación.

Cuando la organización corporativa se extienda a todos los dominios — económico, intelectual y moral — el Estado será, por vía de sus diferentes órganos, de una manera mucho más completa y perfecta, la emanación o el reflejo de la vida nacional, esto sin que su carácter de Estado fuerte, circunscrito por la moral y el derecho, sea modificado en lo más mínimo.

EL REGIMEN PORTUGUÉS COMPARADO CON LAS DICTADURAS Y EL PARLAMENTARISMO INGLÉS

He expuesto en lo que precede algunas de las nociones características del nuevo Estado Portugués. Sin embargo, para poderlo comprender mejor habría que confrontarlo, por una parte, con los regimenes que se tiene la costumbre de confundir con el nuestro, —dictaduras o Estados autoritarios europeos— y, por otra parte, con el parlamentarismo inglés que parece serle netamente opuesto.

Un juicio exacto necesitaría una permanencia prolongada en cada país para observar allí mismo el funcionamiento de las instituciones, y para conocer a los hombres encargados de ponerlas en movimiento y cuya ideología ha presidido a su elaboración. En política sucede que las mismas palabras significan realidades distintas y que cosas parecidas tienen nombres contrarios.

Sin embargo, me parece que se puede esbozar a grandes rasgos esta comparación de la siguiente manera:

EL COMUNISMO SOVIETICO

Desde luego podemos dejar a un lado el sovietismo ruso, el cual me parece que no tiene ningún punto de contacto con cualquier otro sistema político. Mucha gente cree que el comunismo representa un progreso en el estado actual de la humanidad; a mi parecer se trata nada menos que de un gran retroceso. En diversas épocas el mundo ha conocido varias experiencias comunistas y en cierto sentido se puede decir que las órdenes religiosas lo son aún.

La historia ha demostrado que el comunismo es sólo compatible con una economía poco desarrollada y poco diferenciada, y que necesita, ya sea una autoridad fuerte y absoluta como en Rusia, en donde podrá mantenerse así por algún tiempo, o esas grandes virtudes que le han permitido durar en las órdenes monásticas. He aquí cómo se puede lograr el comunismo; pero no se puede tener el comunismo y la libertad al mismo tiempo. Esta no existe en Rusia; pero al menos si por esa falta de libertad se hubiera mejorado el estado de las clases obreras, esta pérdida de libertad hubiera tenido siquiera su compensación. Pero éste no es el caso: del hecho de la opresión, del igualitarismo, de la falta de iniciativa y de entrenamiento, el régimen económico es de un rendimiento muy bajo.

A decir verdad, el comunismo ruso no representa hoy ni un régimen político ni un sistema económico: es una doctrina, una filosofía, una moral, una religión. Por medio de sus apóstoles y de sus agentes revolucionarios, tiene la pretensión de reemplazar por otros en el mundo moderno, los conceptos que la mayoría de los países civilizados han recibido, más o menos, de Roma y del Cristianismo. Pero parece que son muy pocos los que se dan cuenta de que los principios de unos no pueden conciliarse con los de los otros; en efecto, fuera de Alemania e Italia, netamente anti-comunistas, los otros Estados nos quieren hacer creer que su tolerancia hacia una propaganda subversiva —o su tácito consentimiento— se debe solamente al respeto a las instituciones políticas de otros pueblos.

Aunque el comunismo haya fracasado en Rusia, hay todavía algunos que quieren establecerlo en su país, bajo el pretexto de salvar la democracia, la libertad, la paz y la justicia social, y esto nos lleva a la conclusión de que el espíritu de los hombres es, o muy tenebroso, o que sus declaraciones son MUY CINICAS.

FASCISMO Y NACIONAL-SOCIALISMO

Por su lado, el fascismo y el nacional-socialismo, que difiere del comunismo por sus conceptos económicos y por sus exigencias espirituales, se le parecen por su concepto de Estado totalitario. Tanto para el uno como para el otro, el partido es el Estado, bajo el cual se encuentra subyugada toda la actividad de los ciudadanos; los hombres mismos no existen más que para la grandeza y la gloria del Estado. Si el Estado posee en sí mismo su fin y su razón de ser, no puede existir ni pauta exterior que pueda limitar la

actividad, ni derecho alguno fuera de él. Los derechos que el Estado define o acuerda, son aquéllos que convienen al éxito de sus propios fines. Si en la práctica y en la mayoría de los casos, tal régimen se comporta con los individuos como cualquier otro régimen, es porque no existe entre ellos concordancia de intereses, pero esto de ninguna manera significa que los principios puestos no conduzcan algunas veces a conclusiones bien distintas.

El que observe de lejos al nacional-socialismo, se dará cuenta de que el lado nacionalista del movimiento tiene mucho más relieve que el lado socialista. Sean lo que fueren la actividad y el cuidado con que se haya tratado las reformas sociales, éstas no llevan ningún sello de socialismo ortodoxo —al menos, por ahora—. No sucede lo mismo con el nacionalismo que se expresa tan claramente en la exaltación sentimental del pueblo entero, que se extiende a través de todo el país, consciente de su grandeza y de su fuerza, y sobresale en la obra de unificación política, la más grande y completa que se pueda imaginar. Es posible que se lamente también —sin duda a consecuencia de la actitud especial que puede ser necesaria llevar adelante en el interior del país— que este nacionalismo esté marcado con características raciales tan señaladas, hasta el grado de imponerse, desde el punto de vista jurídico, la diferencia entre el ciudadano y el sujeto, con peligro de graves consecuencias.

Es natural que en los Estados tan absorbentes, teniendo todas las actividades un interés político directo o un interés en la formación de la conciencia nacional, se encuentren en manos del Estado o estén dominadas por él: educación, prensa, reuniones públicas, organizaciones deportivas o de simple diversión y a veces, hasta las de carácter religioso no pueden quedar fuera del Estado, admitiéndose todavía menos que estén en contra de él.

En caso de necesidad, un Estado tan fuerte no vacilará en emplear la violencia más desmesurada, y, en la lógica de su sistema, en lugar de considerar esta violencia como un atentado contra el derecho, se la tendrá como manifestación de un derecho más elevado.

EL PARLAMENTARISMO INGLES

Parece como si el parlamentarismo inglés se encontrara en las antipodas de los sistemas antes mencionados; pero esto es debido a tres condiciones que se han mantenido hasta nuestros días: la institución real, la formación social del pueblo inglés y la existencia de dos grandes partidos que poseen cada uno fuerza y tradiciones llegue a faltar, —las circunstancias han permitido que la última ya no sea la misma— las instituciones inglesas deberán evolucionar, lentamente, como siempre sucede en la vida inglesa, pero fatalmente tendrán que evolucionar. No hay duda de que ha sido posible conceder al pueblo inglés —porque tiene plena conciencia de su responsabilidad y del interés colectivo— libertades que en otras naciones han tenido que ser reducidas o acondicionadas estrictamente. Es igualmente cierto que el tradicional buen sentido del pueblo, su calma, su confianza en sí mismo y en sus dirigentes, han sido la causa del papel importante que ha tenido la opi-

nión pública en la dirección de los asuntos del Estado. Dada la lentitud con que reaccionan estas opiniones, un observador extraño bien puede preguntarse si una subordinación pública —por importante que sea este elemento en el régimen inglés y aún suponiéndose bien constituido— no quita a los dirigentes una gran parte de su iniciativa en la acción, tan necesaria a veces para los intereses vitales de un gran país, especialmente cuando éste desempeña un papel predominante en la dirección de la política mundial.

Los grandes esfuerzos de que el país es capaz, se manifiestan con un atraso que se constata en el dominio de la administración pública, de la política o de la economía. Hay lugar a investigar si a pesar de sus gloriosas tradiciones, el régimen parlamentario no tendría en esto alguna responsabilidad. Nosotros sabemos que el parlamento no gobierna en Inglaterra, pero ¿impide esto acaso que el gobierno actúe eficazmente?

CARACTERISTICAS ESENCIALES DEL REGIMEN PORTUGUES. POLITICA DE LA VIDA REAL

Es posible que los juicios antes expuestos pequen de exagerada exactitud. Pero si los regimenes políticos que acabamos de revisar corresponden al cuadro que he dibujado, el nuevo Estado Portugués se destaca clara y netamente distinto de los demás, aunque cierto parecido le acerca a los regimenes autoritarios, con los cuales muchos los confunden.

Sin embargo, la propia estructura filosófica del sistema no permite ninguna confusión: el concepto de la limitación del Estado por la moral y el derecho en el orden interior y por tratados y convenciones libremente aceptados en el orden internacional; la moderación de los procedimientos políticos; un nacionalismo sano y sin agresión; una base moral en todas las manifestaciones de la vida pública y privada; el respeto a la persona humana y hacia la realización de sus fines superiores; la exaltación de la vocación civilizadora de la nación, que, para esto mismo, se dedica a una colaboración intensamente humana; el espíritu y la tendencia educativa de las instituciones públicas: he aquí rasgos que, aún antes de la Constitución de 1933, han permitido distinguir de las dictaduras militares o de partidos, la dictadura a la cual yo daré —si me es permitido— el nombre de "DICTADURA DE LA RAZON O DE LA INTELIGENCIA." En su libro, *Bien ville*, la ha definido como "DICTADURA DE LOS PROFESORES," después de haber afirmado que la dictadura portuguesa era:

"La más honrada, la más sabia, la más comedida de Europa, al mismo tiempo que una de las más firmes y perseverantes en sus aplicaciones."

En el dominio de las instituciones políticas, la organización corporativa es fundamental. Al lado de la Asamblea Nacional, que se reparte con el gobierno las funciones legislativas, el gobierno, libre y exclusivamente escogido por el Jefe del Estado —sin depender de ninguna indicación ni de ningún voto parlamentario— es, de hecho y por derecho, el órgano que pone en movimiento toda la máquina política, el que dispone de más iniciativa, el más enteramente responsable de la cosa pública, la garantía más sólida

de la autoridad; no hay Estado fuerte cuando el gobierno no lo es. La estabilidad de la más alta magistratura del Estado está asegurada por la duración del mandato presidencial y por la independencia absoluta de que goza en relación a los otros órganos de soberanía. Las corporaciones y los representantes de los intereses organizados de toda clase que existen en el seno de la nación, tienen una influencia directa sobre la constitución de las autarquías locales y forman la Cámara Corporativa. A medida que progrese esta organización, el Estado deberá reflejar más fielmente que hoy a la nación misma, como un todo orgánico; y la intervención de los individuos en la formación de los órganos de la soberanía, dependerá siempre más de lo que ellos mismos son en la vida nacional como jefes de familia, como productores, como partidarios de tal o cual credo, como interesados en tal o cual obra de educación, de asistencia, de recreo o de deporte: es "LA POLITICA DE LA VIDA REAL." La familia, debidamente constituida, posee un valor político en la Constitución portuguesa, y sobre su "solidez moral" se basa la estructura de la nación.

Sin querer decir que el régimen político de Portugal vale más o menos que otro, es un hecho que, contrastando con el pasado, el régimen actual procura al país: orden, estabilidad, progreso, fuerza, renacimiento de la conciencia nacional, prestigio entre las naciones. Y es así cómo, sin querer recomendar su régimen a nadie, Portugal no obtendría ninguna ventaja en cambiar el suyo por el de otro país.

UN POCO DE LUZ EN LAS TINIEBLAS

En medio de la inquietud contemporánea, en este momento en que se procede a la revisión de institutos económicos, sociales y políticos, y cuando se buscan nuevas fórmulas de prosperidad, de poder o simplemente de paz, sería por lo menos imprudente poner a un lado las enseñanzas que ofrecen las experiencias realizadas en países que se parecen al nuestro por formación mental o por su tipo o grado de civilización: ¿Por qué rechazar la ráfaga de luz que podemos dar para iluminar este trágico debate? El que pase puede mirar y ver sin tener necesidad de admirar."

LIBRERIA DE J. AGUIRRE B.

AV. I. LA CATOLICA 20

ERIC. 3-01-55

MEXICO, D. F.

Estampas con oración en el reverso 7½ x 11 cm., 15 modelos, propias para recoger la limosna, y para catecismos, \$ 4.00 el millar. El más bonito surtido de libros de devociones, libros de meditaciones, estampitas para cantar Misa y Profesiones religiosas, medallas, Cristos, recordatorios de difuntos, etc.

La Casa Donde Equipará Usted a sus Niños para Primera Comunión.

ASCETICA

El Cuerpo Místico, el Sagrado Corazón y Cristo Rey

Por el P. Jorge E. Ganss, S. J.,

Creemos que el interesante artículo que hoy publicamos y el que insertaremos en el próximo número del mes de diciembre, agradarán a nuestros lectores. Por eso omitimos el material que aparece en esta sección ordinariamente.

La Redacción.

Tres nombres, expresión de tres grandiosas ideas, se presentan actualmente a los católicos y parecen disputarse la supremacía en sus inteligencias y en sus corazones: el Sagrado Corazón, Cristo Rey y el Cuerpo Místico. Mientras unos concentran su devoción en el Corazón de Jesús y otros rinden sus homenajes a Cristo Rey, no pocos estudian al presente con entusiasmo y meditan con pasión la doctrina de San Pablo, que les abre nuevos horizontes en la vida espiritual y en la acción social; mientras que otros, en número no menor, van de uno a otro concepto un tanto inquietos y desorientados, por creer que, practicando una devoción, desprecian la otra o dejan de recibir su benéfica influencia.

Creemos que para calmar esta inquietud y desorientación, mucho ayudará fomentar la discusión de las relaciones entre la doctrina del Cuerpo Místico y la devoción al Sagrado Corazón. Esta discusión sería uno de los mejores frutos de la oportuna intención que para Noviembre recomienda el Sumo Pontífice a los socios del Apostolado de la Oración: Que nos penetremos más íntimamente de que somos miembros de Cristo.

I. — EL PROGRAMA DE LA IGLESIA

Durante los últimos setenta años, poco más o menos, la doctrina del Cuerpo Místico y la devoción al Sagrado Corazón han ocupado un lugar prominente y de importancia cada vez mayor en la mente de la Iglesia. El 21 de Enero de 1870, fué presentada a los Obispos reunidos en el Concilio Vaticano una proposición en que se daba a la Iglesia el nombre de Cuerpo Místico, y al dar su opinión por escrito sobre tal proposición

* El autor quiere agradecer a la *American Ecclesiastical Review* el permiso para usar el material de estos artículos, que aparecerán en inglés en un número próximo de dicha Revista. Se debe la traducción al P. Enrique M. Cárdenas, S. J.

sólo cuatro rechazaron este nombre ¹. La gran mayoría de estos mismos Obispos pidieron al Papa Pío IX, que con el fin de curar las llagas de la sociedad aplicando el remedio preparado por la Divina Bondad, se dignara conceder a la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús el mayor esplendor litúrgico, y que Él personalmente, asistido por todos los Padres del Concilio, consagrara en dicha fiesta la Iglesia Universal al mismo amantísimo Corazón. ² La proposición del 21 de Enero no llegó a discutirse por haberse suspendido el Concilio; la petición de los Obispos pareció prematura al Santo Padre; pero con todo, no deja de aparecer bien claro el pensamiento de los Prelados de la Iglesia reunidos en el Concilio con respecto a la importancia y oportunidad de la devoción al Sagrado Corazón y de la doctrina del Cuerpo Místico.

Estos dos tópicos han sido objeto de especial y creciente atención en los Breves y Encíclicas de los cuatro últimos papas, fervientes apóstoles que con notable constancia y unidad de miras han seguido desarrollando el plan que con clara visión trazara León XIII en sus encíclicas. Esta insistencia de los Sumos Pontífices en volver una y otra vez sobre los mismos temas, ha atraído la atención de Obispos, sacerdotes y fieles hacia el Divino Corazón y recientemente también hacia la doctrina del Cuerpo Místico, fuente fecunda de ideas en el campo de la Acción Católica-social, de la liturgia y de la vida entera de la Iglesia. León XIII llama a la Iglesia Cuerpo Místico de Cristo en su Encíclica "*Satis Cognitum*," sobre la unidad de la Iglesia, y en la "*Divinum Illud*" describió la actividad del Espíritu Santo como alma del Cuerpo Místico. Su sucesor, Pío X, habló tan frecuentemente y con tanto cariño de la doctrina de San Pablo, que bien se le puede llamar el Papa del Cuerpo Místico; cuánto más si recordamos el lema de su pontificado: "*Instaurare omnia in Christo*," que él entendió con San Pablo que significaba "*el restaurar en Cristo todas las cosas de los cielos y de la tierra, reuniéndolas todas por Él mismo en un cuerpo o Iglesia*." En su Encíclica sobre la Acción Católica relaciona admirablemente el apostolado de los seglares con la doctrina del Cuerpo Místico. Pío XI ha escrito también frecuentemente sobre el Cuerpo Místico. Un ejemplo de sus ideas en este punto, lo tenemos en su carta al Cardenal Cerejeira sobre la Acción Católica, donde dice que "*los fieles deben ayudarse mutuamente, porque entre los miembros del Cuerpo Místico debe haber solidaridad de intereses, y recíproca comunicación de vida*."

En las encíclicas sobre el Sacerdocio y el Comunismo, y en otras ocasiones ha escrito párrafos llenos de inspiración sobre la que él llama "*la hermosa doctrina del Cuerpo Místico*."

La devoción al Sagrado Corazón mencionada ya en numerosos documentos pontificios, es objeto exclusivo de dos encíclicas. En la "*Humani Sacrum*" (del 28 de mayo de 1899), León XIII ordenó la consagración de todo el género humano al Sagrado Corazón, "*en quien debemos poner todas nuestras esperanzas*." Pío X mostró frecuentemente su interés por propagar el reinado social del Sagrado Corazón y concedió indulgencias a las familias que se consagren al mismo Corazón divino. Benedicto XV siguió

las huellas de su antecesor dando todo su apoyo a la propagación de tan excelente práctica. El 8 de mayo de 1928 Pío XI publicó la encíclica "*Miserentissimus Redemptor*", sobre la reparación. En ella explica cómo nuestros actos de reparación tienen gran valor debido precisamente a nuestra unión con Cristo, como miembros de su Cuerpo Místico.

Basta esta ligera enumeración para indicar cómo la doctrina del Cuerpo Místico y la devoción al Sagrado Corazón han venido creciendo en importancia y siguen creciendo aún más actualmente, hasta llegar a ser uno de los más importantes factores en el desarrollo del catolicismo en nuestros días. Parece llegado el momento de que conozcamos las íntimas relaciones que unen estos dos factores.

II. — RELACIONES DOGMATICAS

¿Qué relación tienen entre sí estos dos conceptos a la luz de la Teología? Permitásenos, ante todo, reducir los elementos, cuyas relaciones estudiamos, a su más simple expresión. Así se verán más fácilmente sus puntos de contacto y al mismo tiempo evitaremos el caer en la tentación de confundir ciertas metáforas, como las de la Cabeza y Corazón del Cuerpo Místico, confusión que nos llevaría inconscientemente a inexactitudes biológicas y aun teológicas.

Jesucristo, el Rey anunciado por los Profetas, fundó su Iglesia dándole la forma y constitución de un reino. Los súbditos de este reino deben estar íntimamente unidos a El ante todo: El es la vid, ellos los sarmientos; deben además estar unidos entre sí: El tiene por hecho a su Persona lo que unos hagan por los otros. Esta sociedad sobrenatural es la que San Pablo describe con una serie de metáforas. Explicando a los gentiles la naturaleza de la Iglesia, vió que ésta era *semejante* a un cuerpo vivo. Entonces empleó una metáfora y escribió: "*La Iglesia ES el Cuerpo de Cristo.*"

La Cabeza de este Cuerpo Místico es Cristo. El es el miembro principal con autoridad sobre todos los demás; El los santifica, puesto que les ha merecido todas las gracias que reciben e incesantemente intercede por ellos.

El Espíritu Santo es el alma del Cuerpo Místico. Al mismo Espíritu se le atribuye esa constante comunicación de vida sobrenatural, la gracia santificante que hace a los hombres miembros vivos del Cuerpo Místico.

Los verdaderos miembros de dicho cuerpo aquí en la tierra, son aquellos que cumplen las tres condiciones necesarias para pertenecer a la Iglesia de Cristo: incorporación a ella por medio del bautismo, fidelidad a sus enseñanzas y sujeción a su autoridad. El hombre es incorporado al Cuerpo Místico por medio de su nacimiento a la vida sobrenatural, cuando la gracia santificante se infunde en su alma, y es, por lo mismo, capaz de nuevas actividades en el orden sobrenatural. Esta misma vida sobrenatural lo hará capaz de ver algún día a Dios cara a cara: vida verdadera cuyo vigor se irá aumentando por medio de cada uno de los actos meritorios que practicare.

El miembro vigoroso del Cuerpo Místico anhelará aumentar su vida sobrenatural con los actos de las virtudes cristianas. Entre todas estas virtudes, hay tres a que San Pablo da especial importancia con respecto al Cuerpo Místico: un amor intenso y personal a Jesucristo; consagración, como consecuencia de lo anterior, de nosotros al mismo Cristo, con la implícita promesa de servirle; y reparación por las ofensas que recibe.

La importancia del amor personal a Jesucristo, la encontramos indicada frecuentemente en las epístolas de San Pablo. Escribiendo a los Romanos, a quienes explica el concepto del Cuerpo Místico, exclama con pasión: “¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿Será la tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, los peligros, la persecución o la espada?”³ Resultado natural de este amor es, en la mente del Apóstol, la consagración a Cristo. “Si vivimos, para el Señor vivimos; si morimos, para el Señor morimos. Ora, pues, vivamos, ora muramos, del Señor somos.”⁴ Si pues pertenecemos al Señor, El puede disponer de nosotros a su beneplácito. Si somo para el Señor, debemos dedicar todas nuestras energías a promover su gloria. El mismo santo Apóstol exhorta a los miembros del Cuerpo Místico, ya como individuos, ya también como sociedades a la reparación, cuando nos dice cómo la mujer cristiana santifica a su marido infiel,⁵ y cuando declara a la Iglesia de Corinto que por medio de sus enfermedades y penas, expía las irreverencias de algunos de sus miembros para con la Sagrada Eucaristía.⁶

San Pablo nos dice escribiendo a los de Efeso, que así como el marido es la cabeza de su mujer, de la misma manera Cristo es la cabeza de su Iglesia, siendo el Salvador de su propio cuerpo.⁷ En otros términos, este texto nos declara que Jesucristo, como Cabeza del Cuerpo Místico, ejerce sobre él su autoridad y su amorosa providencia. Ahora bien, en estos últimos tiempos, el Salvador ha manifestado su providencia para con su Cuerpo Místico al inaugurar la devoción hacia su Sagrado Corazón: y ha ejercitado también su autoridad usando como instrumentos a sus Vicarios en la tierra, por medio de los cuales Cristo ha aprobado oficialmente esta devoción y ha guiado su evolución doctrinal.

El afirmar que Jesucristo mismo instituyó esta reciente devoción a su Corazón Sagrado, no se basa en consideraciones piadosas, sino en hechos irrecusables. Que Jesucristo haya dado a esta devoción como su principal aspecto el amor manifestado a través de la doble práctica de la reparación y consagración, aparece bien claro en las revelaciones a Sta. Margarita, cuya autenticidad, prescindiendo de otras pruebas, se da por admitida en un documento de tanta autoridad como la Encíclica “*Miserentissimus Redemptor*.” Durante la “*gran aparición*,” dentro de la Octava del Corpus (probablemente del año 1675), el mismo Señor manifestó sus deseos de que en la liturgia oficial de su Cuerpo Místico se dedicara una fiesta especial a su Corazón Santísimo.⁸

Santa Margarita comunicó estas revelaciones a sus directores y amigos, por medio de cuyos esfuerzos la devoción comenzó a propagarse por to-

da la Iglesia. Bien pronto llegó a ser popular, aunque siempre acompañada de la contradicción de opiniones desfavorables que sirvieron para estudiar mejor y poner bien claro la verdadera naturaleza de la misma. Actualmente, por lo que hace a nuestro propósito, expondremos el concepto verdadero de dicha devoción en breves líneas.

Cuando Cristo nos muestra su Corazón, símbolo tan natural del amor como lo es el humo del fuego, desea que caigamos en la cuenta del inmenso amor que nos tiene y de sus ansias de que sea correspondido con el nuestro. Desea que contrastemos la ingratitud tan ordinaria de los hombres, con el amor que nos mostró en toda su vida, especialmente en su Pasión y en la Institución de la Eucaristía. La continua memoria del amor de Cristo nos tiene, será un acicate para que le correspondamos con el nuestro. Por tanto, al adorar su Corazón de carne, lo adoramos en cuanto que es el símbolo vivo y palpitante y natural de su amor; amor tan inmenso e insondable que nos convida a consagrarnos enteramente a El; amor tan mal correspondido que nos impele a ofrecerle todas nuestras oraciones, sufrimientos y trabajos para reparar esa ingratitud de los hombres. El Corazón Divino, cuyo simbolismo el mismo Jesucristo se dignó explicar, lleva naturalmente a sus devotos a practicar las virtudes que San Pablo recomienda a los miembros del Cuerpo Místico: amar y consolar a Cristo y consagrarse enteramente a El.

Nos encontramos ya capacitados para considerar las relaciones que existen entre estos dos elementos importantes del Catolicismo moderno. El culto al Sagrado Corazón, precisamente porque es una devoción, complementa admirablemente la doctrina del Cuerpo Místico, pues toda doctrina se refuerza con una devoción. En efecto: una doctrina es una proposición, o una serie de proposiciones que exigen el sentimiento del entendimiento, en tanto que una devoción es un conjunto de ideas, sentimientos y acciones por medio de las cuales percibimos en la práctica las grandes ventajas de la doctrina que admitimos. Muchos no se sentirán atraídos por la proposición abstracta de una noble causa, pero sus corazones sí se llenarán de entusiasmo ante un hombre que sepa encarnar esos mismos ideales.

Cristo reveló la devoción a su Corazón para fomentar en cada miembro de su Cuerpo Místico un amor acendrado a la adorable Persona del Hombre-Dios, cabeza de ese Cuerpo Místico; y ese amor intenso tendrá por feliz desenlace el llevar a aquellos de quienes se ha apoderado, a la guarda fiel, no sólo de los mandamientos, sino también, según su estado, del sinnúmero de Consejos que El nos dió de palabra y ejemplo durante su vida. Los que así amen, serán fieles a sus obligaciones religiosas, y, cuando se presente la ocasión, alargarán al sediento, en nombre de Jesucristo, el agua refrigerante que sacie su sed.

Vemos, pues, claramente el importante papel que desempeña la devoción al Sagrado Corazón en la vida del Cuerpo Místico. Es el gran recurso de nuestros tiempos, proporcionado por el mismo Cristo y recomendado tantas veces por sus Vicarios para conducir a los miembros de su Cuerpo místico a practicar, por el amor al mismo Cristo, aquellas acciones que les ayuden primeramente, a adelantar en su vida espiritual privada; después, a pro-

curar el mayor beneficio posible a todo el Cuerpo Místico, y por último, a extender estos beneficios a toda la Humanidad. Valiéndonos de una metáfora: esta devoción los hará poner en práctica todo lo que contribuya a ser miembros sanos y a mantener todo el cuerpo rebosando vigor y vida.

Esta importantísima práctica llevada a cabo asiduamente, producirá efectos trascendentales no sólo en la vida espiritual del individuo, sino también en la vida de todo el Cuerpo Místico. Cada miembro de dicho cuerpo anhela desarrollar su vida espiritual, lo cual puede procurar por medio de la recepción de los Sacramentos y por la práctica de buenas obras con la ayuda de la gracia. La verdadera devoción al Sagrado Corazón, convida a frecuentar los Sacramentos, especialmente la Sagrada Comunión, con una disposición más esmerada. Por el solo hecho de darse a esta devoción, el cristiano practicará muchos actos que serán sobrenaturales bajo la influencia de la gracia actual.

Puesto que la devoción al Sagrado Corazón es un medio tan apto para la santificación de cada uno de los miembros, fácil es de entender el provecho espiritual que de ella recibirá todo el cuerpo Místico. Fomentando y estrechando la intimidad entre los miembros y la Cabeza, esta misma devoción fomenta a la par, el espíritu de oración individual y consiguientemente el de la oración litúrgica, por la cual el Cuerpo Místico cumple su obligación de ofrecer a Dios el culto social que le es debido. A menos que el espíritu de intimidad con Dios por la oración se extienda a muchos, nuestra hermosa liturgia correrá el peligro de degenerar en mero formulismo: los miembros del Cuerpo Místico honrarán a Dios con sus labios, mientras que su corazón andará vagando lejos de El.

Por último, este progreso en la vida espiritual de los miembros y del cuerpo, llevará a los miembros a la acción social, y consiguientemente a todo el Cuerpo Místico, ya que un cuerpo sano y robusto no es sino el resultado de la salud y vigor de sus miembros. Como el Cuerpo Místico es una sociedad, al incorporarse a él, cada miembro contrae obligaciones para con todo el cuerpo. El individuo tiene que alcanzar su fin último en la otra vida mediante la consecución en ésta de un doble fin inmediato. Primeramente, tiene que desarrollar completamente su propia personalidad en el plano sobrenatural; en segundo lugar debe hacer cuanto pueda para cooperar al bienestar de la sociedad sobrenatural a que pertenece, pues Dios ha creado al hombre eminentemente sociable, y así no podrá encontrar su bienestar sin la ayuda de los demás. La devoción al Sagrado Corazón lo llevará a cumplir estas obligaciones sociales; el amor a Cristo lo espolpeará a imitar sus virtudes, especialmente su ardiente celo y caridad.

En fin, puesto que el corolario natural de la fidelidad personal a Jesucristo es la lealtad a su Vicario en la tierra, esta devoción es un medio excelente para asegurar aquella solidaridad cristiana, tan necesaria para la vigorosa acción social del Cuerpo Místico. Si esta devoción se practica conforme a las direcciones y exhortaciones de los últimos Sumos Pontífices, el Cuerpo Místico desarrollará su actividad como una fuerza pode-

rosísima para el mejoramiento de la sociedad.

Trataremos de estos aspectos sociales de nuestro tema, en un artículo posterior.

¹ Mersch, Emile, S. J., *Le Corps Mystique du Christ*, 2 vols., Louvain. 1936 (2nd edition), p. 356 ff. — ² Nix, H. J., S. J., *Cultus Sacratissimi Cordis Jesu et Purissimi Cordis B. V. Mariæ*, editio tertia, St. Louis, Mo., Herder. 1895. pp. 30-32. — ³ Rom. 8. 35. — ⁴ Rom. 14, 7-8. — ⁵ I Cor. 7, 14. — ⁶ I. Cor. 11, 30. — ⁷ Eph. 5. 23. — ⁸ Gauthey, Monseigneur, *Vie et Oeuvres de la Bienheureuse Marguerite-Marie Alacoque*, Tome Deuxième, Oeuvres, Paris, Poussielgue. 1915. pp. 102- 103.

VINO PARA CONSAGRAR "Marqués de la Barra" Importadores: ROZADA HNOS.

Calidad extra. - Con la debida autorizacion eclesiástica.
Garantiza y vigila la pureza indispensable de dicho vino el

R. P. Joaquín Cardoso S. J.

Caja de doce botellas \$ 25.00

Botella de $\frac{3}{4}$ „ 2.50

Por litro: barricas de 16, 32 y 74 litros a „ 2.50

No se cobran los envases.- Se bonifican sus devoluciones.- Se hace envíos C.O.D.

Pedidos a "Buena Prensa"

Donceles 99-A. Apartado. 2181

SEÑORES SACERDOTES:

Atentamente recomendamos a ustedes la excelente sastrería

"El Mexicano Elegante"

Av República de Chile No. 4

en donde encontrará la atención que merece y el estilo propio para vestir de acuerdo con su personalidad. Siempre con positiva economía y estricta puntualidad.

Extenso surtido de casimires de actualidad.

Especialidad en estilo inglés, español y americano.

La Iniciación Cristiana

(Véase "Christus" Agosto Pág. 751)

Todos los sacramentos están ordenados a reparar algún defecto de la vida humana, dice Santo Tomás: "*El Bautismo se ordena a remediar la carencia de vida espiritual*" (Sum. III, q. 65, a. 1). Por esto el Bautismo se llama sacramento de regeneración. El Bautismo no sólo da la vida, hace más: imprime carácter: es decir, nos marca espiritualmente con el sello de los hijos de Dios. Por el Bautismo pertenecemos ya al reino de Cristo, que es su Iglesia, y entramos en las funciones jerárquicas de la misma: esto es, formamos parte de la sociedad cultural o litúrgica y entramos en la esfera de la acción sacerdotal de Cristo (Gomá, Valor educ. pág. 370). De ello hablamos en el artículo anterior.

La liturgia bautismal responde maravillosamente a la eficacia íntima del sacramento. Es el Bautismo la obra profunda de la regeneración humana, sacramento de luz, mediante el cual, Dios llama al hombre de las tinieblas a su maravillosa luz, como dice el apóstol San Pedro (1 Pet. 2-9); luz de fe que orienta todo el movimiento de su nueva vida. Por eso su liturgia "*es la más solemne y magnífica y la más significativa de las ceremonias que hayan instituido los hombres, la página más bella de ese libro maravilloso llamado Liturgia católica.*" (Cabrol, Orígenes lit. pág. 158). Cuando decimos ceremonias instituidas por los hombres sólo entendemos la parte ceremonial variable en la administración del sacramento, que puede reducirse a su mínima expresión, como en el del eunuco de la reina de Candace, por el diácono San Felipe, junto a una fuente a la vera del camino, el administrado en las catacumbas en tiempo de las persecuciones y nuestro bautismo de socorro, en el que las ceremonias no pueden ser más sencillas; o revestir toda la pompa litúrgica del bautismo romano en los siglos IV y V, tal como lo describe Duchesne en sus "Orígenes litúrgiques."

Pero cuando, pasadas las persecuciones, el tiempo y las circunstancias lo permitieron, el genio cristiano supo penetrar en los profundos misterios de la regeneración cristiana y concretarlos en ceremonias vivas, fastuosas, de tal fuerza simbólica, que marcaron una divisoria entre el hombre viejo y el nuevo y un cambio radical en la manera de ser y de vivir en los adultos que lo recibían." (Gomá, pág. 371).

Para tener del Bautismo la noción grandiosa que de él nos da la Liturgia, es preciso reconquistarlo en su ambiente y remontarnos a los siglos IV y V, época en que logra lo que podríamos llamar todo su apogeo y en la que la mayoría de los que se presentaban a recibirlo eran adultos y convertidos del paganismo. Preciso era dar a los ritos bautismales el desarrollo y la solemnidad que les hiciesen comprender mejor su alcance e importancia y la superioridad sobre los ritos gentílicos. Era necesaria igualmente una preparación esmerada para recibir ese sacramento admirable de la iniciación cristiana, que, sacando al hombre de las tinieblas de la esclavitud del pecado, le abría las puertas de la Iglesia y le hacía hijo de Dios y heredero del cielo, dándole una vida completamente nueva. Para ésto era el Catecumenado, llamado por Tertuliano "*el noviciado de la vida cristiana*," con sus ritos y ejercicios religiosos para adoctrinar a los convertidos en las principales verdades de la fe y que, si no fué establecido por los Apóstoles con toda su minuciosa reglamentación, tiene su fundamento en las palabras del Evangelio: *Ite, docete, ... baptizantes... "Id, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo."*

El Catecumenado. — Aunque idéntico en sus elementos fundamentales, no siempre, ni en todas partes, fué igual el Catecumenado. El de Roma, que es como el prototipo de los demás y al que nos atenemos en nuestra explicación, comprendía tres etapas o divisiones: antes de llegar al Bautismo:

a) Rito de admisión en el Catecumenado: b) Ritos de preparación próxima para el Bautismo: c) El Bautismo solemne.

a). — *Admisión.* — El adulto que se convertía y deseaba entrar al Catecumenado debía presentarse acompañado de uno o varios cristianos, que respondían de su buen deseo, ante el arcediano, quien después de haber tomado su nombre le presentaba al obispo. Este a su vez, después de un interrogatorio acerca de su condición, género de vida y de las intenciones que le movían a ingresar, le amonestaba diciéndole que, si verdaderamente buscaba a Dios y la vida eterna, debía renunciar a sus antiguos errores y costumbres. Cerciorado de su recta intención y buenas disposiciones, admitiéndole a ser catecúmeno, mediante ciertas ceremonias simbólicas que sobre él hacía un sacerdote. Eran estas: la insuflación en el rostro con una fórmula de exorcismo; la imposición de la señal de la cruz en la frente y en el pecho; la imposición de las manos en la cabeza y la degustación de la sal; todo ello a las puertas del templo como se practica ahora con los niños que se llevan a bautizar. Después de ésto ya era contado en la categoría de *catecúmenos* u *oyentes* y se le admitía a participar en las asambleas religiosas, para oír el canto de la Misa, guardando en el templo lugar separado y retirándose antes de la ofrenda, luego de haber recibido la imposición de las manos. Era ésta la preparación remota y duraba un año aproximadamente, tiempo que podía abreviarse o alargarse, si el obispo lo juzgaba oportuno, según que el aspirante observaba conducta intachable o cometía alguna falta.

b. — *Preparación para el Bautismo.* — Del obispo debía solicitar también el catecúmeno la admisión en la categoría de los *elegidos* o *competentes*. Tenía lugar al principio de cuaresma. Se examinaba entonces su vida y

costumbres y, si ofrecía garantías serias, se anotaba su nombre en los registros de la iglesia en el número de los competentes o aptos para recibir el bautismo en la Vigilia de Pascua. Estaba obligado a una preparación más seria, preparación que duraba toda la Cuaresma y consistía en instrucciones, exorcismos, oraciones, genuflexiones, señal de la Cruz, imposición de manos, etc., que se repetían en cada escrutinio. En estas instrucciones, a cargo del obispo o de un sacerdote, a más de las nociones elementales de doctrina o de un sacerdote, a más de las nociones elementales de doctrina cristiana, se les explicaba los principales episodios del antiguo Testamento que más directamente hacen alusión al Bautismo y a la Eucaristía y de los que da memoria en algunos frescos de las catacumbas de Roma.

Los escrutinios o exámenes eran siete. En el primero se les inscribía en el registro y se les separaba en dos grupos, hombres a la derecha y mujeres a la izquierda. Así colocados empezaba la Misa. Después de la colecta y antes de las lecturas, un diácono los llamaba y los invitaba a postrarse y orar. La plegaria terminaba con el Amen en voz alta. Todos hacían la señal de la Cruz diciendo las palabras rituales y sus padrinos les signaban también. Seguían los exorcismos que hacían tres exorcistas, uno en pos de otro, primero a los hombres, después a las mujeres. Luego se postraban y hacían de nuevo la señal de la Cruz y un sacerdote les imponía las manos. Volvían a postrarse, se retiraban a sus lugares y la Misa continuaba hasta evangelio antes del cual eran despedidos. Estos exorcismos se repetían en la misma forma los otros días de escrutinio.

El Miércoles de la cuarta semana de Cuaresma se verificaba el segundo, que merece especial mención. Tenía lugar en la grandiosa basilica de San Pablo. Se le llamaba *in aurium aperitione*, (de la apertura de los oídos), porque en ese día y mediante una ceremonia simbólica, abríanse por vez primera los oídos de los catecúmenos para escuchar públicamente las lecturas y explicaciones del Evangelio, del Símbolo de la Fe y de la Oración Dominical, que el Pontífice comentaba uno tras otro. Esta ceremonia en conjunto se llamaba *traditio symboli* o entrega del símbolo a diferencia de la *redditio symboli* (recitación del símbolo por los catecúmenos, que se verificaba el Jueves Santo. Era imponente. En este día los candidatos eran oficialmente iniciados en el Evangelio, en el Símbolo y en la Oración del Padre Nuestro, y no se les despedía ni aun después del gradual. Una vez terminado éste, cuatro diáconos salían con gran pompa de la sacristía, llevando cada uno de ellos uno de los cuatro Evangelios. Se acercaban al altar y colocaban el libro sagrado sobre un cojín o almohada en la mesa del mismo altar, uno en cada esquina. El sacerdote explicaba lo que era el Evangelio, y los diáconos leían o cantaban las primeras páginas (dos en latín y dos en griego que comentaba el celebrante.

A la entrega del *Evangelio* seguía la del *Símbolo* precedida de una alocución a los catecúmenos agrupados según la lengua a que pertenecían, latina o griega, y en ella se les daba a conocer. Seguía la *traditio* o entrega del Padre Nuestro con alocución después de cada petición, rito sencillo, pero imponente, que debía producir viva impresión en los que se prepara-

ban al Bautismo y del que todavía queda recuerdo en el Credo y Padre Nuestro que actualmente rezan los padrinos al entrar en la iglesia, después de los exorcismos, para el bautismo de los niños.

El séptimo y último escrutinio se verificaba el Sábado Santo a la hora de Tercia o al mediodía. El sacerdote signaba por última vez y uno por uno a los catecúmenos, les imponía las manos y pronunciaba sobre ellos el último exorcismo contra Satanás. Hacía luego el rito del *effeta* tocando con el dedo mojado en su saliva la lengua y los oídos de cada uno de los candidatos, a imitación de lo que Jesús hizo con el sordomudo del Evangelio, manera expresiva de significarles que en adelante deberían tener los oídos siempre abiertos a las enseñanzas del Evangelio y expedita la lengua para confesar con libertad las verdades de la Fe.

A continuación, desnudos de pecho y espalda, recibían en ellos la unción con el Oleo santo de los Catecúmenos, ceremonia de profundo significado, pues, acercándose ya el momento decisivo de renunciar a Satanás la Iglesia los ungía a semejanza de lo que hacían los atletas antes de entrar en combate. Contestaban a las tres preguntas del sacerdote con la triple renuncia a Satanás, a sus pompas y a sus obras y hacían pública profesión de fe rezando el texto del Símbolo. Postrados de nuevo y rezada una oración, el arcediano los despedía y se retiraban a sus casas hasta la hora del lucernario, momento en que comenzaba la gran Vigilia pascual después de ponerse el sol.

Con estos ritos, asambleas, escrutinios, etc., la Iglesia hablaba a la mente y a los sentidos de los catecúmenos y los preparaba gradualmente a la escena última que se verificaba durante la noche de Sábado Santo.

c). — *La administración del santo Bautismo o Regeneración.* — En aquella noche memorable la Iglesia desplegaba, toda su pompa, toda su grandeza y suntuosidad en la más grandiosa y significativa de las ceremonias, la del Bautismo solemnemente administrado a los catecúmenos *electos* e *competentes*. Iba a derramarse ya sobre ellos el agua regeneradora. La ceremonia era imponente. La Vigilia de Pascua era lo que hoy es el Oficio de Sábado Santo, cuya liturgia sólo es comprensible a la luz de estas ceremonias de los pasados siglos. Comenzaba en la tarde del Sábado y se prolongaba durante toda la noche con el rito del lucernario o bendición del fuego nuevo y el canto del *Praconium paschale* o "*Angelica*," reservado al diácono, quien subía al ambón y a medida que cantaba iba desenrollando el largo pergamino en cuyo reverso el pueblo, en pie junto al ambón, podía ver pintadas diversas escenas que representaban el mistrio del Cordero inmolado, el paso del Mar Rojo, etc., y otras muchas en las que el catecúmeno veía la figura del Bautismo. Finalmente recordaba también el diácono la resurrección de Jesucristo en este inmortal día de Pascua. Lecturas y cánticos, entreverados con alocuciones y explicaciones sobre cada pasaje del Antiguo Testamento, (lo que hoy son las doce profesías), hacían revivir las sublimes páginas de la historia del pueblo de Dios, creación, caída, diluvio, promesas de la redención. Era la última catequesis que disponía a

los catecúmenos a recibir el Bautismo y a los fieles a celebrar dignamente el gran misterio de la Pascua.

La regeneración. — Así pasaba la noche, bien empleada por cierto. Antes del amanecer se organizaba la procesión al Bautisterio, edificio contiguo a la iglesia, como se ve aún en Roma en la basílica de Letrán. El Pontífice, parte del clero y los electos con sus respectivos padrinos y precedidos de dos grandes cirios se dirigían *ad fontes*, a las fuentes o piscinas, cantando el *Sicut cervus...*! (Salm. 41) Como el ciervo sediento ansía las fuentes de las aguas, así ¡oh! Dios, suspira por Tí el alma mía. La bendición del agua es de un lirismo y una unción incomparable. Renunciamos a describirla porque puede verse en el misal el día de Sábado Santo.

Santificada el agua y consagrada con el Oleo de los Catecúmenos, y el santo Crisma, se procedía al bautismo, previa la triple confesión de la fe, conforme a las preguntas que aun perseveran en el Ritual, del mismo modo que tres veces habían renunciado a Satanás. En atención a esta triple respuesta, los catecúmenos eran sumergidos tres veces en la piscina, mientras el Pontífice ayudado por otros sacerdotes y clérigos, pronunciaba las palabras rituales: "*Yo te bautizo, etc...*" y salían de ella con el alma enteramente renovada, revestidos de Cristo e inundados de claridad y celestiales resplandores. Inmediatamente eran ungidos por un sacerdote con el santo Crisma y, ayudados por sus padrinos, se ponían las blancas vestiduras que llevaban durante toda la octava de Pascua y eran símbolo de la inocencia y blancura de sus almas.

La confirmación. — Del Bautisterio pasaban al consignatorium o capilla donde se les administraba el sacramento de la confirmación en el que el Espíritu Santo venía de un modo especial sobre los recién bautizados, para poner en ellos el sello de su amo santo, infundirles sus dones y fortalecerlos y armarlos para combatir como buenos soldados de Cristo.

En estas santas ocupaciones había transcurrido esta noche bendita, y al apuntar la aurora, todos regresaban procesionalmente a la iglesia. El espectáculo era bellissimo. Los neófitos vestidos con sus blancas túnicas y llevando cirios encendidos en las manos, iban cantando salmos, preludio de las armonías celestiales, y al entrar en la Basílica, espléndidamente iluminada, todavía resonaban en los artonados los ecos suplicantes de las letanías, cuyas invocaciones se repetían siete, cinco y por fin tres veces cada una. (Rojo, Sac. Pág. 107).

La comunión. — Al rayar el alba del día de Pascua, para poner digno remate a los ritos de la gran Vigilia, celebrábase la Santa Misa a la cual asistían íntegramente por vez primera los recién bautizados y, también por vez primera, recibían todos la Sagrada Comunión, aun los niños, y cambiaban con los fieles el ósculo de paz. Acababan de entregarse a Cristo por el bautismo, ahora era Cristo quien se entregaba a ellos, Cristo resucitado, vida de su alma y prenda de su resurrección.

Bautismo, Confirmación, primera Comunión, qué día tan dichoso y de

cuán saludable influencia debía ser en el transcurso de la vida de aquellos cristianos!

Para terminar diremos con D. Cabrol: "*Lástima que por la frivolidad de los tiempos sea hoy el bautismo una ceremonia sin prestigio, realizada en un rincón del templo, con escasa solemnidad y sobre de urgencia. Pero a los ojos de la Iglesia el Bautismo no es un acto transitorio, sino, que ejerce su influencia en toda nuestra vida. No es inútil para los que ya hace mucho que recibimos este Sacramento estudiar estos ritos, ratificar los compromisos allí contraídos, revivir esos grandes momentos que nos hicieron cristianos, renovar nuestra fe y nuestra adhesión a esas eternas verdades que la liturgia bautismal, aun hoy día imponente, nos recuerda. Al entrar en la iglesia y ver a un lado la pila bautismal, debiéramos recordar la inscripción que se lee aún en el hermoso Bautisterio de S. Juan le Letrán, grabada por Sixto III en el siglo V: "Aquí nace de semilla augusta la raza consagrada para el cielo, que el Espíritu Santo engendra de estas aguas por él fecundadas."*

V. González, O. S. B.

ATENTO RUEGO

Cuando visite usted a la Virgen Santísima de Guadalupe en su I. y N. Basílica, no deje de adquirir sus "recuerdos" en esta su casa, donde hallará el más completo surtido en ARTICULOS GUADALUPANOS, así como en Rosarios, Medallas, Cadenitas, Crucifijos, Escapularios, Velas de cera, Opúsculos, Esculturas, Devocionarios, Libros y otros primorosos articulitos especiales para recuerdo y regalo a sus familiares y amigos. Si no puede usted venir, le enviaremos lo que desee por Correo Reembolso o Express C. O. D.; todo al menor precio posible y cuidadosamente empacado.

Colecturía General de la Basílica

JOSE ALVAREZ B.

Plaza Hidalgo, 5
(Junto al atrio del Templo)

Apartado Postal
Núm. 7.

GUSTAVO A. MADERO, D. F. (Antes Guadalupe Hidalgo)

Libros y Juicios

● *EN ESPAÑA HA AMANECIDO.*
Angel de Toledo. — *Revista Católica;*
El Paso, Tex. U. S. A. 1937 (18 x
12½ cms.) 152 pgs. — *De venta en*
"BUENA PRENSA." — *Donceles* 99 A.
— *Apartado* 2181.

Aquí, donde tan desorientados andamos en lo relativo a la guerra de España, viene de perlas este librito, que en forma sencilla y emocionante, pone de manifiesto cómo la lucha que en estos días ensangrienta el noble suelo español no es una mera guerra civil, como tantas que aquí han ensangrentado nuestro suelo por ambiciones personales de candidatos al gobierno de la nación y que, en resumidas cuentas han dado por resultado lo que expresa de manera gráfica el refrán popular: *sale el pinto y entra el pinto*; sino que se trata de una lucha de vida o muerte entre el poder de Dios y el de las tinieblas, el cual ha pretendido, por medio de sus satélites y por decirlo con frase del cardenal primado de España, *"aniquilar a Dios si pudieran."*

La lectura de este libro, que tiene páginas que crispan los nervios, pone de manifiesto esta verdad y servirá para que abran los ojos muchos que, gracias a la intensa y activísima propaganda en pro del gobierno español y al estudiado silencio relativo a la verdad de los fines de quienes contra él se han levantado en armas, viven egañados a este respecto.

A los que quieran ahondar en el estudio de este problema, ya que es una verdad que ni en biología, ni en sociología hay *"generación espontánea,"* sino que cada uno es hijo de sus padres, les recomiendo estudiar los antecedentes remotos de esta lucha en los artículos que vengo publicando sobre la historia de nuestra persecución religiosa, y sobre todo en los libros que cito a cada pa-

so, y para los antecedentes próximos entre otros libros, *"La revolución de julio en Barcelona"* de D. Modesto Villaescusa, Barcelona, 1909 y *"La escuela Moderna"* de Francisco Ferrer Guardia, y verá cómo tres y dos son cinco, que de los horrores que hoy se cometen en España son lodos de aquellos polvos.

Y si tienen ojos y oídos dirán para su capote: *"Cuando veas la barba de tu vecino rasurar..."*

Jesús García Gutiérrez.

● *"GRANDEURS ET VERTUS DE LA TRES SAINTE VIERGE."* — *Por*
Le Chanoine J. Millot. 19 x 12 Cms. —
262 Págs. 10 Francos. — *De venta en*
Pierre Tequi Libraire Editeur. — 82 Rue
Bonaparte 82. París. 1931.

Contiene esta obra, una exposición histórica y dogmática de la Maternidad divina de María, contra la herejía nestoriana.

Una vez proclamado el dogma en los Concilios de Constantinopla y Efeso, el autor construye sobre esta base firme, la incomparable figura de la Santísima Virgen, adornada con todas las virtudes cristianas.

Apoyado, como siempre en los más célebres teólogos, Millot vulgariza los argumentos más difíciles, y los expone de una manera clara y atractiva. Los devotos de María encontrarán, puestos a su alcance lo más elevado de la teología Mariana, y los predicadores una valiosa ayuda en sus trabajos.

Escrita en forma de *"Mes de María,"* no faltan las historias piadosas que manifiesta las bondades de la Madre celestial.

Alfonso M. Gordejuela SS. CC.

● **LA SANTA MISA ALMA DE LA ACCION CATOLICA.** — *Participación activa en el S. Sacrificio de Cristo.* — 2ª Edición. — Por Fr. Odorico A. Laurisa, O. Cap. — 17.1 x 12.3 Cms. — 40 Págs. — Edición de VICTORIA, — Chile. — \$ 1.00 (moneda chilena). — De venta con el autor: Casilla 117. — Victoria, Chile.

● **PARTICIPACION ACTIVA EN EL SACRIFICIO DE CRISTO Y ORDINARIO DE LA S. MISA.** — Por Fr. Odorico A. Laurisa, O. Cap. — 11.7 x 8.8 Cms. — 114 Págs. — \$ 0.05 (moneda colombiana). — De venta en "Librería Nueva". — Bogotá, Colombia.

Tenemos ante la vista estas dos ediciones, y ambas por todos conceptos son muy recomendables. El R. P. Mauro Ruiz, O. S. B., que es verdadera autoridad en la materia, decía en la "*Revista Católica*" (Santiago, Chile), del 29 de mayo próximo pasado, que entre los diversos manuales que han llegado a nuestras manos para instrucción de los fieles (sea cual sea el grado de cultura que tengan), sobre la forma de asistir al sacrificio de la Misa, el que más nos ha satisfecho tratándose de breves folletos, es el titulado "LA SANTA MISA ALMA DE LA ACCION CATOLICA."

Huelga por consiguiente nuestro encomio a tan precioso folleto que recomendamos sin reservas, deseando que se difunda por toda nuestra Patria.

José A. Romero, S. J.

● **"A LOS PIES DEL MAESTRO"** Por A. Hounder, S. J. — 17 x 12 Cms. — 359 Págs. — Herder and Cia. Libreros-Editores Pontificios. — Friburgo de Brisgovia, Alemania.

El sacerdote debe en todo lo posible reemplazar a Jesucristo ante los fieles, dice el P. Antonio Hounder en las primeras páginas de su bellissimo libro "*A los pies del Maestro*," ¿de qué manera?, asistiendo a la escuela práctica del Maestro; y ¿las lecciones?, las facilita el mismo esclarecido autor descubriendo en brevísimas escenas la vida entera de nuestro divino Salvador con tan acertadas reflexiones y adecuadas aplicaciones al sacerdote de los tiempos modernos, que éste, al recorrerlas se siente suavemente atraído a amoldar toda su vida y apostolado a la vida y apostolado del Maestro divino.

Mons. Gregorio Aguilar.

● **"EL PRISMA DE HORACIO."** — Octaviano Valdés. — Ediciones de la Universidad Nacional. — México; 1937. — (69 Págs. 24 x 17 Cms.)

Este opúsculo, obra de un sacerdote joven y ya bien conocido en el campo de las letras, es de escaso número de páginas, pero fruto de una labor intensa y larga, porque sin un estudio largo y profundo de la obra de Horacio no es posible conocer y dar a conocer los múltiples aspectos de esa obra.

Otro mérito tiene, y es de servir de guía fácil y seguro a quienes quieran emprender el estudio tan interesante y necesario para una sólida y verdadera cultura, del viejo Horacio, aunque es muy de temer que sean bien pocos los que lo emprendan, sobre todo después que un alto funcionario, en ocasión pública y solemne, declaró *Urbi et orbi* que la Revolución Mexicana ha proscrito de sus aulas la enseñanza de los clásicos por perjudicial a la juventud.

Por eso es mayor el mérito de la Universidad Nacional Autónoma, que con mejor comprensión de lo que es y significa para la juventud el estudio de los clásicos y con amplio criterio, no restringido por miopes sectarismos, presta su valiosa ayuda para la publicación de libros como éste y el "*Horacio en México*" que están destinados a dar gloria a nuestra patria, aunque sean obra de dos sacerdotes.

Jesús García Gutiérrez.

● **"HORACIO EN MEXICO."** — Gabriel Méndez Plancarte. — Ediciones de la Universidad Nacional. — 1937. — (333 Págs. de 25 x 18 Cms.)

Preciso es saludar con íbulo el advenimiento de este libro, obra de un sacerdote inteligente y joven que promete muchos días de gloria a nuestra Iglesia y a nuestra patria, que a gritos reclama-ba nuestra cultura.

En efecto, desde que apareció el *Horacio en España* de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, venía yo suspirando por un libro similar, que pusiera de manifiesto como ha sido estudiado, traducido e imitado entre nosotros el viejo padre de la lírica, y doy gracias a Dios que he visto cumplidos mis deseos.

El libro en cuestión es obra de inteligente y paciente investigación histórica, pero antes que nada de un estudio profundo del padre Horacio, porque sin tenerlo bien estudiado no es posible seguir

sus huellas a través de nuestros libros y encontrar en ellos, no solamente las traducciones, sino las imitaciones y las reminiscencias.

Y esto es lo que ha hecho el joven autor de este libro, quien dando muestras de una erudición vasta y profunda, que parece no debía esperarse de sus pocos años, las ha encontrado no solamente en obras de literatura, donde es lógico y natural que se encuentren sino también en obras de teología, como en las del P. Francisco Xavier Alegre, S. J., de las que tiene publicado un estudio muy bien hecho.

Reciba, pues el joven autor mis calurosas y sinceras felicitaciones, juntamente con mis ardientes votos de que no deje el camino que ha emprendido y que va pisando con pié firme y seguro.

Jesús García Gutiérrez.

● MARIE-PAULINE JARICOT. — Por el P. David Lathoud, A. A. — Segunda Parte: *Victima por Francia y por la clase obrera*. 20 x 13 Cms. 270 Págs. Precio: 10.85 fr. — Casa de la Buena Prensa, 5, rue Bayard, Paris 8e Francia.

Libro rebosante de interés para todo lector católico, y cuajado de ejemplos admirables en la práctica de las virtudes más heroicas. Lo mismo en la parte primera, que descubre de modo maravilloso, "el secreto del origen de la Propagación de la Fe," que en la segunda, donde descuella todo su heroísmo "la víctima por la Francia y por la clase obrera," encontrará el lector sorpresas, enseñanzas, rasgos de verdadera santidad, pruebas patentes de la eficacia de la divina gracia en el perfeccionamiento de un alma escogida.

Con razón se hace notar en el prefacio del segundo volumen, que al considerar los diferentes grupos que en nuestros días constituyen el movimiento social católico, parece que en el Jocismo es donde más exactamente se ve reproducido el pensamiento de María Paulina Jaricot. Y si llega a ser canonizada, los Jocistas podrán muy bien tomarla por Patrona.

I. Sam.

● MANUAL DE PARROCOS. — Por el Excmo. Sr. Obispo de Aguascalientes, Dr. D. José de Jesús López. — México, 1936.

Hemos leído con verdadero gusto el "Manual de Párrocos" que se dignó enviar a la Redacción de "CHRISTUS" el Excmo. Señor Obispo de Aguascalientes y que será el que deba usarse en la Provincia de Guadalajara. Tiene dicho Manual cuanto pueda ser necesario o útil a los Sacerdotes en el ejercicio de su ministerio; ajustándose escrupulosamente al Ritual Romano, cuyas rúbricas trae muy bien traducidas al castellano, señala las modificaciones que en él hay que hacer conforme a los ritos del Manual Toledano en uso entre nosotros; la impresión a dos tintas es muy correcta y clara; el tamaño y espesor del libro son comodísimos y bien puede llamarse "edición de bolsillo."

La Redacción de "CHRISTUS" envía al Excmo. Señor Obispo de Aguascalientes sus más sinceras congratulaciones por su magnífico trabajo y le agradece la delicadeza que tuvo al enviarnos un ejemplar.

L. F. R.

● SA SAINTETE PIE XI — Mgr. R. Fontenelle. — 432 págs. 15 frs. Editions "Spes." — 17 rue Soufflot, Paris (V) Francia.

Con ocasión del 80 aniversario de Pío XI, Mgr. R. Fontenelle ha publicado una biografía del gran Papa. "Biografía" dice muy poco, porque este libro no se limita a narrar la historia de un hombre, eminente entre los grandes, sino que también desarrolla a nuestros ojos el vasto panorama de las vicisitudes de la Iglesia en esta época atormentada y gloriosa.

Mgr. Fontenelle, francés por su estilo lleno de color, de vida, de armonía, de sentimiento y entusiasmo, es romano por su larga permanencia en la Ciudad Eterna, y así nadie mejor que él, en esos capítulos que parecen frescos de Miguel Ángel dibujados a la pluma, podía condensar tanta actividad, tantos dramas, tantos triunfos.

Después de una pintoresca y animada biografía de S. S. Pío XI el autor recorre las diferentes fases de su pontificado tan rico en iniciativas y obras, que dejará luminosa y profunda huella en la historia. Todas las cuestiones son tratadas aquí con perfecta objetividad. Nunca hasta ahora los grandes problemas que ha resuelto con deslumbradora claridad el gran Papa Pío XI, habían sido expuestos con más competencia: Acción

Francesa, Fascismo, Hitlerismo, Comunismo, etc.

Pero al lado de los estudios doctrinales y de juiciosas citaciones, que dan a este libro el valor de una antología, cuántas descripciones palpitantes, cuánto colorido y movimiento, cuántos cuadros que resucitan el fausto de la Corte Romana con ocasión de los Jubileos y las Canonizaciones! ¡Cuántas páginas sugestivas sobre la Acción Católica, las Misiones, los pactos de Letrán, los Concordatos, las grandes Encíclicas de Pío XI!

El Santo Padre, al leerlo dijo de este libro: "*Nimis bene.*" El Card. Verdier que hizo el prólogo no ha tenido reparo en escribir: "*El hermoso homenaje que Ud. tributa al alma, a la obra, a la vida de este gran Pontífice, será —estoy seguro de ello— confirmado por las generaciones venideras.*" Los lectores que lo han empezado dicen que no han podido dejarlo hasta llegar a la última página.

Hector Secondo, S. J.

● *MEDITATIONS DANS LE CADRE LITURGIQUE.* — Por Mgr. Emmanuel Chaptal. — 19.3 x 12.5 Cms. — 290 Págs. — De venta en *Desclee de Brouwer et Cie. Service Etranger. 22, Quai aux Bois, Bruges, Belgique.* — Precio: 19 frs. belgas.

Contiene este libro en sus 300 páginas una serie de 56 meditaciones encuadradas en el ciclo litúrgico de los domingos y principales fiestas del año y tienen como tema algún texto de la Misa, del Oficio del día o del Evangelio alrededor del cual el autor borda una serie de consideraciones muy atinadas y adaptadas en forma de examen a la vida y ministerios del sacerdote.

El mundo se debate hoy en un caos de acontecimientos y de ideas en medio del cual vemos operarse una renovación espiritual en una porción grande de almas. A este movimiento no son ajenas las almas de los sacerdotes muchos de los cuales suspiran por una vida divina más llena de Dios, un predominio más dinámico sobre las almas. Sienten que en muchas partes ha surgido una juventud fogosa y ardiente y que esos jóvenes necesitan sacerdotes que no sólo vivan de fe y acendrada caridad, sino que a la vez estén dispuestos a discernir y darse cuenta cabal de sus aspiraciones. La intención del autor, hombre de edad y ex-

periencia, es ayudar a los que, ya en el clero, ya entre los fieles, tienen alguna experiencia de las necesidades intelectuales, sociales y religiosas de las almas contemporáneas, suministrándoles meditaciones sobre cierto número de temas que más pueden preocuparles y que pueden utilizar a lo largo del año, según los propone la liturgia. Muchos de los temas pueden servir también para meditaciones de ejercicios anuales o de retiro mensual.

Aparte de las meditaciones que tienen por objeto la reforma de alma o el encarrilarla hacia una vida más conforme a su vocación hay otras enderezadas a un apostolado espiritual, intelectual o social mejor orientado y comprendido. El autor las ha señalado en el índice de materias con una "A" para encontrarlas con mayor facilidad.

V. González, O. S. B.

● *EVOLUCION DE LA LITERATURA CENTROAMERICANA.* — Por Marcos Gordo, S. J. — 24 x 17 Cms. — 34 Págs. San Salvador, Rep. del Salvador. — C. A. — 1936.

En su conferencia el autor, sacerdote jesuita y compatriota, profesor de literatura en la vecina República del Salvador, reconila con talento, expresa con laconismo, y vierte con donosura las principales figuras y los preciosos datos para la historia de la literatura centroamericana, entre nosotros casi inédita. En los países que abarca su estudio: Guatemala, el Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, selecciona lo mejor entre autores y géneros literarios cultivados por ellos.

Pone de manifiesto con valor cristiano y criterio imparcial el elenco de literatos eclesiásticos, tan vejados por el desdén en los cenáculos literarios y en las crónicas de nuestras revistas modernas.

Verdaderos hallazgos muéstranos de escritores de fuste, por la riqueza del fondo y lo atildado de la forma, que nos hace revivir la estuela clásica.

La sustancia de sus producciones literarias en los citados escritores, raras veces se ve superada por la literatura, ya que aquella es un resultado de la clásica preparación del seminario.

Entre los géneros literarios en prosa que se estudian, hallamos la historia, el periodismo y la oratoria. En verso: el teatro, la poesía épica y la lírica.

A. Nieto.